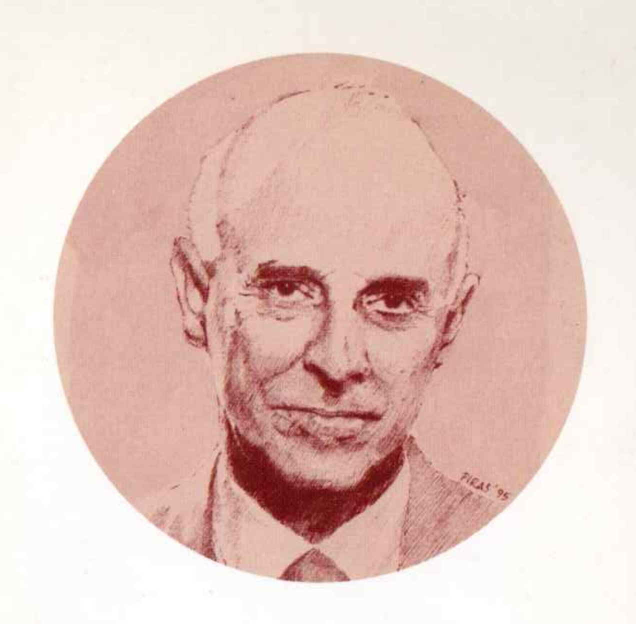


Jaime Eyzaguirre

Historia y pensamiento

Walter Hanisch Espíndola, S.J., Óscar Dávila Campusano, Ricardo Krebs Wilckens, Antonio Dougnac Rodríguez, Bernardino Bravo Lira, Osvaldo Lira Pérez, SS.CC., Gonzalo Larios Mengotti, José Miguel Lecaros Sánchez, Enrique Pérez Silva.



Colección
GENIO Y FIGURA

EDITORIAL UNIVERSITARIA

María Luisa Santander 0447. Fax: 56-2-2099455
Santiago de Chile

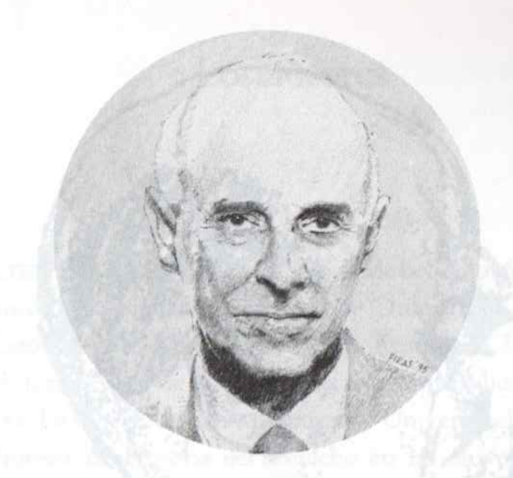
ISBN 956-11-1164-0
Código interno: 012661-6

Texto compuesto con matrices *Goudy 11/14*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
de 1.000 ejemplares
en los talleres de Editorial Universitaria,
San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de agosto de 1995.

CUBIERTA
Ilustración de *Cristián Pérez Navarro*

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



Jaime Eyzaguirre

Historia y pensamiento

Walter Hanisch Espíndola, S.J., Óscar Dávila Campusano, Ricardo Krebs Wilckens, Antonio Dougnac Rodríguez, Bernardino Bravo Lira, Osvaldo Lira Pérez, SS.CC., Gonzalo Larios Mengotti, José Miguel Lecaros Sánchez, Enrique Pérez Silva.





EDITORIAL
UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD
ALONSO DE OVALLE



Jaime Eyzaguirre, visto por Jorge Délano, *Coke*.

Los autores

WALTER HANISCH ESPÍNDOLA, sacerdote de la Compañía de Jesús; historiador, profesor de Historia de Chile en la Universidad Católica, miembro de número de la Academia Chilena de la Historia. Autor de diversas obras en su especialidad.

ÓSCAR DÁVILA CAMPUSANO, abogado, Universidad de Chile. Profesor de Historia del Derecho en las universidades de Chile, Central, Gabriela Mistral, Bernardo O'Higgins y Alonso de Ovalle. Miembro de la Junta de Administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y miembro de número del Instituto de Conmemoración Histórica de Chile.

RICARDO KREBS WILCKENS, doctor en Filosofía por la Universidad de Leipzig, Alemania. Profesor de Historia Moderna y Contemporánea en la Universidad Católica de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia; Premio Nacional de Historia, 1982.

ANTONIO DOUGNAC RODRÍGUEZ, abogado por la Universidad de Chile, magister en Derecho por la misma Universidad. Realizó estudios de postgrado en la Universidad de Madrid. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia, es profesor de Historia del Derecho en la Universidad de Chile y director de la Escuela de Derecho de la Universidad Alonso de Ovalle.

BERNARDINO BRAVO LIRA, licenciado en Derecho por la Universidad Católica de Chile, es profesor de Historia del Derecho

en la Universidad de Chile. Miembro de número de la Academia Chilena de la Historia y correspondiente de la Española. Autor de destacadas publicaciones en su especialidad.

OSVALDO LIRA PÉREZ, sacerdote de los Sagrados Corazones. Destacado filósofo y maestro. Recibió del gobierno español, en 1974, la Orden de Isabel la Católica por su trayectoria de hispanista. Doctor Honoris Causa de la Universidad Católica de Chile. Autor de destacadas obras en temas de filosofía política y estética.

GONZALO LARIOS MENGOTTI, licenciado en Historia por la Universidad Católica de Chile; doctor en Filosofía y Letras, mención Historia, por la Universidad de Navarra. Vicerrector Académico de la Universidad Alonso de Ovalle, y profesor en las universidades Adolfo Ibáñez, Gabriela Mistral y Alonso de Ovalle.

JOSÉ MIGUEL LECAROS SÁNCHEZ, abogado, Universidad de Chile. Profesor de Derecho Civil en las universidades Central y Alonso de Ovalle. Autor de variados artículos en diarios y revistas nacionales y extranjeros.

ENRIQUE PÉREZ SILVA, abogado, Universidad de Chile. Estudios de Ciencia Política en la Universidad Católica de Chile. Profesor de Introducción al Derecho en la Universidad Alonso de Ovalle. Ejerce su profesión en el estudio de abogados Bruna & Cía.

Índice

Presentación

Con motivo de cumplirse 25 años del fallecimiento de Jaime Eyzaguirre, la Universidad Alonso de Ovalle ha querido rendirle un homenaje con el objeto de destacar lo que fue su brillante labor como historiador y su no menos notable desempeño como maestro y académico.

Mucho le debe el desarrollo de los estudios históricos en nuestro país a Jaime Eyzaguirre. Su valioso aporte ha producido, sin dudas, un vuelco importante en la enseñanza de la historia política, social y del derecho en Chile. Asimismo, y como rector de la Universidad Alonso de Ovalle, creo también esencial destacar su indiscutible condición de maestro y su profundo sentido de compromiso con la actividad universitaria. Analizar la vida de Jaime Eyzaguirre, desde esa perspectiva, constituye un desafío y un valioso estímulo para todos aquellos que estamos vinculados a la actividad académica y a la enorme tarea de dar a la universidad su verdadero sentido.

El mensaje de Eyzaguirre fue en definitiva un llamado entusiasta a estudiar y hurgar en nuestras raíces, reconocer nuestro pasado para así poder orientar nuestro futuro. Esta pasión por Chile y por su destino lo llevó a través de una fructífera y acuciosa labor

como historiador, investigador y escritor a reivindicar nuestra historia, específicamente nuestros siglos hispánicos, superando la oscuridad a la que habían sido condenados por los historiadores del siglo XIX.

En esta tarea que se impuso, consideró indispensable reconocer el valor de la tradición, pero no de esa tradición —como él mismo aclaraba— entendida como culto estéril a una cosa irremediablemente pasada y muerta. Para el historiador "tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso; no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y modas definitivamente sobrepasadas. Tradición es transmisión y sólo se transmite lo perdurable, lo que supera a la fugaz circunstancia, lo que no es epidermis, sino entraña, lo que no es detención, sino dinamismo. Porque la tradición no es nostalgia, sino esperanza".

El impacto que este enfoque provocó en su momento sigue tan vigente como entonces, especialmente hoy, cuando tantos sectores, en Chile como en el resto de América Latina y en la misma España, persisten en asignar a nuestro pasado hispánico la raíz y la causa de todos los problemas que nos aquejan como naciones. Por la fidelidad a la esperanza, es la contraproposición que sustenta su posición.

Jaime Eyzaguirre fue un universitario y un maestro nato. Creía profundamente en lo que hacía, amaba su trabajo y buscaba traspasar eso mismo a sus discípulos. Su personalidad brillante, aguda e inteligente, tanto

como su valentía para plantear posiciones, lo transformaron en un activo académico y en un profesor que sabía llegar y conmover verdaderamente a sus alumnos. Ello queda en evidencia en el testimonio caluroso de los que fueron sus discípulos.

El secreto de una vocación tan decidida y tan bien ejercida, no sólo se cimentó en sus condiciones naturales y en su sólida formación intelectual. Se necesitan convicciones muy profundas, compromisos muy asumidos, bases muy firmes para ser verdaderamente un maestro. Jaime Eyzaguirre fue ciertamente eso: un hombre de grandes convicciones.

Fue, ante todo, un católico convencido, un católico militante. Su fe y la forma como él entendió que tenía que vivirla, fueron el gran motor de su vida, la base, la piedra angular de toda su acción. Acción que canalizó a través de su amor a la historia y a su país, vocación surgida ya en su etapa escolar y en la que puso todas sus capacidades. Se lanzó así a la tarea de dar a conocer lo que había sido Chile, a costa de cuánto sacrificio se había logrado organizar, cuáles eran sus rasgos esenciales y constantes. Hacer ver cómo entre otros aspectos, "un necio complejo de inferioridad nos hizo desdeñar lo propio y desear en cambio el trasplante de utopías extranjeras contrapuestas al sentido de nuestra historia, y de ademanes y tendencias en antítesis con las costumbres espartanas que labraron nuestra grandeza".

Basado en una ardua y seria labor de investigación,

revirtió la tendencia de los historiadores chilenos del siglo XIX y comenzó a reivindicar y replantear la etapa colonial, considerada hasta la fecha como un lastre. Emprendió así la tarea de revalorar el patrimonio cultural de los chilenos, que entendió como una proyección —con todas las modificaciones necesarias— de la tradición española que heredamos.

El otro puntal de su acción deriva ciertamente del primero. Jaime Eyzaguirre fue un hombre profundamente humano, característica que se le reconoció en el trato con sus alumnos, como también en el enfoque con que analizó los personajes históricos que estudió. Esa condición lo llevó a interesarse vivamente por la juventud con la que tuvo contacto a través de sus clases, tanto en el colegio como en la universidad. Una juventud que veía sola, sin maestro, abandonada ante el proceso de una cultura individualista e inhumana, pero a la vez con una infinita capacidad para entusiasmarse con ideales. Asume entonces como su responsabilidad la pesada carga de mostrar caminos, de despertar de la modorra a tantos, de transmitir gozoso la única verdad sobre la cual creía posible intentar la organización de un mundo mejor. Tuvo la cualidad de abrirles horizontes a sus alumnos, de hacerles ver el mundo con sus mil facetas, lleno de vida y de colorido, de contradicciones y de luchas. No un mundo de buenos y malos, sino de hombres llenos de rasgos heroicos, pero igualmente de bajezas infinitas.

Así entendía la historia, así estudió nuestra historia. Más allá de los procesos históricos, le interesó el ser humano que hay tras el valor de los hombres singulares. No por casualidad fue autor de notables biografías, abarcando personajes de las diversas etapas de nuestra historia. Desde esa perspectiva redime y enaltece la imagen del hidalgo español, tan vilipendiada hasta entonces.

Este maestro, brillante escritor, investigador tenaz y acucioso, conversador infatigable, que abría generosamente su corazón y su casa a sus discípulos, fue, además, un incansable organizador y realizador. Formador y director de importantísimas publicaciones, tuvo una actividad académica y docente intensísima. Clases, seminarios e investigaciones llenaban su tiempo y el de los que lo rodeaban. Formó así, casi sin proponérselo, una verdadera escuela a su alrededor, caracterizada por una férrea unidad en torno a unos pocos pero vitales ideales, dentro de la más absoluta disparidad de criterios, tendencias y especialidades.

Como verdadero maestro, lo trasciende una escuela que sigue aportando y conformando su tesis; y, por qué no decirlo, asimismo persisten sus detractores, que lo siguen combatiendo después de su muerte, prueba evidente de la influencia y proyección de su obra.

Los artículos que conforman la presente publicación son el resultado de dos ciclos de conferencias dictadas en torno a la persona, pensamiento y obras

de Jaime Eyzaguirre. El primero, titulado "Por la fidelidad a la esperanza", se llevó a cabo entre los días 17 de septiembre y 3 de octubre de 1985; fue organizado por el Frente Universitario de Historia y patrocinado por el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el Campus Oriente de esta casa de estudios. El segundo, titulado "Jaime Eyzaguirre: historia y pensamiento. A veinticinco años de su muerte", se realizó entre los días 7, 8 y 9 de septiembre de 1993, y contó con el patrocinio y la organización de la Universidad Alonso de Ovalle. Las conferencias se dictaron en el salón de actos de esta universidad.

ALBERTO NAUDON DEL RÍO
Rector
Universidad Alonso de Ovalle

WALTER HANISCH ESPÍNDOLA, S.J.

Jaime Eyzaguirre (1908-1968). A los 17 años de su muerte

"...la muerte, misteriosa e incomprensiva, paralizó para siempre su mano de maestro"[1] escribió Jaime Eyzaguirre en 1943, sin sospechar que veinticinco años más tarde se iba a pensar lo mismo de su inesperado desenlace.

Al morir tuvo un homenaje casi unánime, que se prolongó algún tiempo en diversos escritos. Y periódicamente regresa a la memoria por sus obras, que no se marchitan, por sus artículos, por sus discípulos que no lo olvidan.

Su vida fue múltiple, activa, apasionada y paradojal. Digo paradojal, porque siendo de carácter alegre y cordial, tenía al mismo tiempo algo de profético y apocalíptico, que le ensombrecía el horizonte del futuro como una misteriosa tempestad.

El recuerdo de Jaime Eyzaguirre a los diecisiete años de su muerte se nos presenta fragmentario en su vida y en su obra.

La biografía de Jaime Eyzaguirre hace falta, tomando al hombre entero en todos sus aspectos, que muestran todas las facetas de su rica personalidad, aun aquellos polémicos, porque el no contentar a todos indica personalidad de

acentuados perfiles y de pensamiento sereno y formado. Las muchas actividades que tuvo darían variedad a la narración, sus libros y artículos nos asomarían al pensamiento rector de su actividad y de su cátedra. Su relación con la imprenta es de una riqueza abismante, porque iba desde el artículo, la revista, el periódico, al libro y finalmente a la librería, porque tuvo una, que se llamó *El Árbol*, en el rincón suroriente de la iglesia de las Agustinas de la calle Moneda. Hugo Montes, que ha consagrado bellas páginas a Jaime Eyzaguirre, en publicación de la centenaria Academia Chilena de la Lengua, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, nos obsequia tres cartas de Jaime Eyzaguirre[2], que nos abren una nueva perspectiva biográfica: la del hombre interior e íntimo. Si se juntaran todos estos materiales se podría armar una vida colocada en un momento generacional y polémico de Chile. No sé si el apoliticismo de Jaime sea un *handicap* en contra, pero el escenario en que se mueve, las ideas que maneja, las instituciones que promueve, las publicaciones que dirige y los discípulos que forma servirían para recordar tantas cosas, que no sólo están en los papeles, sino en la memoria de los que las vivieron.

Profesor y escritor carece por el momento de unas obras completas, que al decir de Hugo Montes "sus discípulos y amigos añoramos"[3]. Esas obras recordarían los ideales por los cuales batalló incansable. Disiparían algunas polvaredas levantadas sin un conocimiento integral, se estudiarían los vericuetos de polémicas, a veces más verbales que sangrientas, y se haría luz en muchas cosas, que no la

temen. Esas obras si fueren completadas por sus cartas cobrarían nueva vida.

Toda persona que muere se detiene. Su pensamiento también deja de avanzar. Su voz queda muda y la época, como un monumento antiguo, lo cubre con su lápida.

En este momento lo que queda es la herencia, la riqueza que acumuló en su vida y que exige a los herederos que la cultiven y perfeccionen. Ésta es la obligación de los que reciben el legado, convertirlo en nueva riqueza con trabajo y perseverancia.

Las herencias de Jaime son innumerables. Si miramos al hombre deambulante y peripatético, lleno de preguntas, de respuestas y de agudezas, que animaba y alegraba con su magisterio breve y cordial, era Jaime en la conversación, en el diálogo, en el chispazo ingenioso un educador alegre. Si se ha de hablar de la alegría de Jaime, ella se encontraba en el hombre oral. Allí brillaba su espontaneidad, su ironía, el lado cómico de las cosas, que se le presentaba como un relámpago y respondía con un flechazo en el centro del blanco.

Los intelectuales cuando dan clases, conferencias, escapan al rápido intercambio para dar el monólogo interior de sus ideas; lo que van pensando sobre los temas que les interesan, lo dan remansado como un lago, lento y sereno como un río, bullicioso como un torrente y sonoro como una cascada. Los oyentes reciben con el mismo tono esa entrega de sabiduría, esa cuidada palabra magisterial, el gesto de las manos y la luz de las ideas. Jaime preparaba

cada clase, porque se sentía responsable de ella, y aquilataba esa responsabilidad.

Le encantaba la palabra escrita. La palabra hablada es de huella rápida que se diluye y esfuma, como la quilla en el mar, el vuelo en el aire o un canto en la tarde. La palabra escrita persevera, no se diluye. Se la puede leer una y mil veces. Su huella queda esculpida y no se borra fácilmente. Libros propios y ajenos, revistas, diarios, artículos los difundía. Enseñaba a hacerlos, estimulaba a escribirlos. Recordaba unas palabras del P. Fernando Vives Solar, al que llamó "maestro de una generación", que por algo se le quedaron grabadas: "No deseche jamás a nadie, pues siempre hay dentro de cada cual alguna hermosa veta que explotar"[4]. Tenía fe en que *siempre* existía una hermosa veta que explotar en los demás. Bello ideal de maestro, buscar como el minero la veta sin perder nunca la esperanza. Como en la poesía de Thompson *El lebrel del cielo*, perseguía incansable a través de las noches y los días, a través de los arcos oscuros de los años. Implacable, hasta alcanzar. No era egoísta, ponía todo al servicio de los demás. Un ejemplo: cuando me citó en su *Historia de Chile*, después que me había colocado, me dijo: "Te va a servir".

Sus libros están ahí. Macizos, variados, como sus estilos (porque tenía mil, como decía el P. Drathen: "¿Con qué estilo vienes Jaime?") que van desde lo expositivo hasta lo interpretativo como si en lo que narrara hubiera que dejar la huella inconfundible de su paso. Llamar a Ercilla "caballero del amor y del desengaño"[5] es un acierto crítico que exige audacia. Porque cada artículo, cada libro es una

lección de historia, de método, de verdad. Mientras tuvo en sus manos la revista "Estudios", cada año escribía un editorial de aniversario, de carácter singular porque presenta sus luchas e ilusiones con un estilo que hace pensar que para conocer a Jaime hay que entrar en sus revistas: "Estudios", "Finis Terrae", "Historia", "Boletín de la Academia Chilena de la Historia", etc., para dar con el devenir misterioso de Jaime. Alguien dirá: ¿Dónde está el libro religioso de Jaime? ¿No nos dejó nada sobre esta faceta de su vida, la más honda y más voluntaria? No, si no es su obra maestra el libro de su vida, que por no haber escrito Jaime sus memorias, aún en su vida pirandelescamente busca un autor.

Recojamos una página caída de su pluma, que no necesita introducción ajena, porque dijo hablando de Ramón Sotomayor Valdés: "Era el vástago de un hogar de sangre aristocrática y de menguada hacienda. Como un sino inevitable que le acompañaría en la existencia, la innata finura y dignidad de su espíritu tendría que enfrentarse con la ruda y prosaica lucha por la vida. Sus estudios debieron emprenderse en medio del trabajo de periodista al que se consagró con decisión desde los veintitrés años, en un esfuerzo por asociar la vocación literaria con las urgencias del subsistir"[6]. El 12 de febrero de 1964, escribe: "Desde los primeros días de enero he quedado incorporado a la planta definitiva del Ministerio de Relaciones y dejo mi carácter de asesor a contrata. Me ocuparé, de preferencia, en la organización de la Academia Andrés Bello, instituto para preparar a los funcionarios, con cursos de

Derecho Internacional, Historia Diplomática, etc. Quedo enmarcado en un horario burocrático y con un sueldo casi la mitad más bajo que el que percibía antes como honorarios de asesor. La ventaja es sólo seguridad: los contratos son por anualidades; y la previsión. A los 55 años me encuentro sin aterrizaje previsional, después de 30 años de profesor sin imposiciones en la Universidad Católica... ¡Qué lástima que ella nunca haya pensado en ocuparme como profesor de jornada completa en el pedagógico y en leyes! Ahora tengo que vivir y mantener a mi familia, mientras la vida sube en forma alarmante. Mi vocación universitaria pura, que es lo que más he deseado en mi existencia, no ha podido realizarse plenamente. Para escribir tengo que sacar horas al sueño y el tiempo corre y la vejez se asoma... De todos modos debo gracias a Dios por lo mucho que me ha dado y por el milagro diario de mi subsistencia. Ayer leía unas reflexiones de Karl Adam sobre el *Padre Nuestro*, que me parecieron muy oportunas para mí: El Señor dice que pidamos el pan nuestro *de cada día*, es decir, estemos minuto a minuto entregados a su providencia, sin pensar siquiera en el mañana, y recibiéndolo todo de Él. Sin duda, lo que Dios quiere es que mi vida —lo que queda aún de ella— sea un continuo acto de fe, de entrega a su voluntad, con alegría, sin inquietudes temporales ni preocupaciones por lo que va a venir. El programa es grande, pero difícil. Le pido que me ayude con sus oraciones para sobrellevarlo"[7].

Este fragmento de una carta es de una santidad impresionante. Una persona que es capaz de pensar así, merece que en

silencio meditemos en la validez de nuestros Padre Nuestros. Y también en la realidad económica ascética que en otros tiempos ofrecía la universidad a los que no tenían apoyo económico extrínseco, por si lo hemos olvidado.

El ciclo que ahora comienza con una misa, seguirá con su pensamiento histórico, su catolicidad, su idea de la tradición y su pensamiento social. El haber puesto la oración litúrgica como pórtico de entrada para pensar en Jaime Eyzaguirre, nos hace volver a la razón de ser de su vida expresada en el *Opus Dei* benedictino, en el *Ora et labora*: oración y trabajo que nacen de la Biblia y la Liturgia, las dos alas que lo llevan continuamente hacia Dios.

N O T A S

1. Eduardo Solar Correa, *Las tres colonias*, Santiago, 1943. Prólogo de Jaime Eyzaguirre, p. 8.
2. Hugo Montes, *Evocación de Jaime Eyzaguirre*, Academia Chilena de la Lengua, Santiago, 1985, pp. 18-25.
3. Íd. Ibíd. p. 26.
4. Revista "Estudios", Nº 35 (1935), p. 55.
5. Jaime Eyzaguirre, *Ercilla, caballero del amor y del desengaño*, "Finis Terrae" Nº 15 (1957), pp. 1-24.
6. Ramón Sotomayor Valdés, *Historia de Chile bajo el gobierno del general Prieto*, Santiago, 1962, tomo i. Prólogo de Jaime Eyzaguirre, p. 3.
7. Hugo Montes, *op. cit.*, pp. 24-25.

Eyzaguirre, la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y la Academia Chilena de la Historia

En este mes de la patria, en el que se funden las almas de los héroes y emancipadores, y recobran vigencia tradiciones de nacionalidad y nobleza, estamos próximos a conmemorar los 25 años del fallecimiento de uno de los intelectuales e historiadores chilenos de mayor trascendencia en nuestro siglo. En esta exposición intentaré mostrar la relación entre el historiador y las instituciones en las que desarrolló su vocación.

Jaime Eyzaguirre fue hijo y miembro de familias patriarcales. A mediados del siglo XVIII llegó a Chile el vizcaíno Domingo de Eyzaguirre y Escutasolo, quien ocupó el cargo de ensayador de la recién creada Casa de Moneda. Contrajo matrimonio con la criolla Rosa de Arechavala Alday, sobrina del obispo Manuel de Alday, fundando con ella una familia que daría lustre y brillo a su apellido. Su hijo, Agustín Eyzaguirre y Arechavala, fue figura destacada en los primeros pasos de Chile en su vida independiente como diputado del Primer Congreso Nacional de 1811, del que fue su vicepresidente; senador por Santiago en

1818 y luego en 1823; presidente del Senado; vicepresidente de la República en 1826 y presidente interino de 1826 a 1827. Tataranieto de don Domingo fue Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, quien nació el 21 de diciembre de 1908, segundo hijo del matrimonio de Ramón Eyzaguirre Herlz con Amelia Gutiérrez León.

El niño se crió en un hogar profundamente católico, donde recibió desde su infancia una sólida formación religiosa. Ésta se vio fortalecida con su paso por el Liceo Alemán de Santiago, regentado por los sacerdotes de la congregación del Verbo Divino, al que ingresó en 1916. Diez años estuvo Jaime Eyzaguirre en dicho colegio, durante los cuales sobresalió como estudiante de clara inteligencia, vocación por el estudio y acendrado catolicismo, cualidades que lo distinguirían a lo largo de toda su vida. Allí también se despertó su interés por la historia, bajo el influjo de su profesor Eduardo Ludemann; su profesor de castellano, Eduardo Solar Correa, le inculcó el amor por los clásicos españoles del Siglo de Oro y a la obra de España.

Al quedar huérfano de padre en 1916, un tío, monseñor Miguel León Prado, se hizo cargo de su educación hasta obtener su título de Bachiller en Humanidades en 1925. En 1932 regresó a su colegio, el Liceo Alemán de Santiago, desempeñándose ininterrumpidamente hasta 1952 como profesor de Educación Cívica, Economía Política e Historia, en el segundo ciclo de humanidades.

En 1926 ingresó a la Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales de la Universidad Católica de Chile

para cursar los estudios de Derecho. En 1931 recibió el grado de Licenciado en Derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile con dos votos de distinción. La tesis versó sobre privilegios diplomáticos, síntesis histórica y de legislación comparada. Fue publicada por la Universidad de Chile y utilizada por el Ministerio de Relaciones Exteriores como texto de estudio y consulta en todas las legaciones y embajadas de Chile acreditadas en el exterior. Ese mismo año la Corte Suprema le expidió el título de Abogado. No mucho después se demostró que no era ésa su vocación; no ejerció la profesión ni fue diplomático, a pesar de que mientras fue estudiante universitario ingresó a trabajar en el Ministerio de Relaciones Exteriores. En su memoria de prueba de 1931 demostraba ya su naciente interés por la historia.

Mientras los más de su generación buscaron y encontraron en la política un camino para dar vida y expresión a sus ambiciones renovadoras, Jaime Eyzaguirre y algunos otros buscaron su ruta al margen del partidismo, haciendo del apoliticismo su política.

Así, mientras unos ingresaron al Partido Conservador, para dar su lucha en la política, Eyzaguirre se unió a aquellos que buscaban otros caminos. Uno de éstos, con cierta connotación política, fue la Liga Social, donde participó con entusiasmo junto a otros como Clotario Blest, Jaime Larraín, su cuñado Julio Philippi, Alfredo Bowen, Ignacio Matte, Clemente Pérez, Santiago Brurón y muchos más. La Liga desarrolló una intensa acción destinada a formar conciencia social en torno a la doctrina

de la Iglesia. Su actividad no dejó de crear conflictos tanto con los católicos del Partido Conservador, como con autoridades de la Iglesia que no veían con buenos ojos esta división y pugna entre cristianos.

Al mismo tiempo, para Jaime Eyzaguirre se abrían otros caminos. El historiador original y fecundo que había en él, no tardó en expresarse para alcanzar temprana consagración. Libros, artículos, conferencias, la cátedra y una incansable actividad como creador, inspirador e impulsor de instituciones de trascendencia, hicieron pronto de Eyzaguirre una de las notables figuras en la intelectualidad católica en el campo de la historiografía. Fue miembro honorario del Instituto Chileno de Cultura Hispánica, creado oficialmente en 1948 en gran medida gracias a su inspiración. Fue miembro correspondiente de la Real Academia Española de la Historia desde 1933, del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas, de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica, de la Sociedad de Historia Argentina, del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, del Instituto Peruano de Investigaciones Genealógicas, del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, del Instituto Histórico del Perú, del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene de la Universidad de Buenos Aires y del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas. Su pensamiento lo expresó a través de la revista "Estudios", fundada en 1932, de la que fue su secretario de redacción y director por 25 años. Pero no fue sólo en "Estudios" donde brindó su inspiración; también

lo hizo en la revista "Finis Terrae" órgano de extensión cultural de la Universidad Católica, y además en la revista "Historia" del Departamento de Historia de la Universidad Católica.

Sus primeros pasos como historiador los dio en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, a la que ingresó en 1928, desempeñando los cargos de miembro de la Junta de Administración y de secretario general. Entre las actividades realizadas por la sociedad durante la permanencia en ella de don Jaime Eyzaguirre, en septiembre de 1929, se verificó con gran éxito en el Palacio de Bellas Artes y bajo los auspicios de la sociedad, una exposición sobre el período hispánico, cuya organización estuvo a cargo de una comisión compuesta por los miembros de la sociedad, don Luis Roa Urzúa, don Fernando Márquez de la Plata y don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez; de dicha exposición nos ha quedado como recuerdo un buen catálogo ilustrado preparado por dicha comisión organizadora. En las páginas de la "Revista Chilena de Historia y Geografía", órgano de la sociedad, vieron la luz pública sus primeros trabajos; ellos fueron: *El maestre de campo don Domingo de Eyzaguirre* (1930) y luego: *Andrés de Barahona y sus descendientes* (1932).

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía es actualmente la institución histórica más antigua de Chile; fue fundada el 21 de septiembre de 1911 y está pronta a cumplir 82 años de ininterrumpida labor de investigación y divulgación, encaminadas a alcanzar un mejor conocimiento de la potencialidad espiritual y física de la patria y

a reforzar en la ciudadanía los sentimientos de la chilenidad. A través de los 159 números y más de 1.900 artículos de su prestigiosa revista, ha contribuido a enriquecer el conocimiento de aspectos muy interesantes del pasado de Chile y de su vasto territorio. Esos más de 1.900 trabajos publicados en la revista de la sociedad, están cargados de historia política, económica, social, militar, eclesiástica, geográfica, cultural, genealógica, heráldica, numismática, arqueológica y, en general, de cuanto concierne a la actividad humana. La Sociedad Chilena de Historia y Geografía es una de las más grandes instituciones dedicada a la historia de nuestro país y permite que se desarrolle en su seno la sana convivencia de expertos, profesionales y aficionados, contribuyendo todos en mayor o menor grado al esclarecimiento de nuestra historia.

La sociedad ha sido fecundo gabinete de investigación y prestigiosa cátedra. Además de la "Revista Chilena de Historia y Geografía", ha publicado numerosos libros que constituyen un magnífico aporte a la cultura nacional. Entre estas obras y sólo por citar algunas, debo mencionar la *Colección de historiadores de Chile*, iniciada por el prestigioso investigador don Diego Barros Arana. En los volúmenes publicados por la sociedad se encuentran las actas del Cabildo de Santiago desde el año 1700 a 1809. Otro libro especialmente destacable es la *Geografía descriptiva de Chile* y el interesantísimo trabajo sobre *La mensura general de tierras de Gines de Lillo*, correspondiente a los años 1602 a 1605; este último del mayor interés para el estudio de la constitución de la propiedad territorial en Chile. La ine-

vitable tiranía del tiempo me impide seguir enumerando la larga lista de volúmenes que ha publicado la Sociedad Chilena de Historia y Geografía en sus casi ya 82 años de vida; baste señalar que actualmente se encuentra empeñada en la publicación del *Archivo de don José Miguel Carrera Verdugo*, obra que contendrá más de 9.000 documentos, casi todos inéditos, y cuyo primer volumen correspondiente al período 1649 a 1811 ya apareció en el año 1992.

La junta de administración de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en sus sesiones de 6 de septiembre de 1918 y de 5 de diciembre de 1924, se ocupó de un proyecto presentado por uno de sus miembros, don Miguel Luis Amunátegui Reyes, "sobre creación de una Academia Chilena de la Historia" que, en su concepto, debía ser un complemento y órgano de la sociedad, y aunque en esas oportunidades se designaron sendas comisiones para el estudio del tema, nunca se tomó un acuerdo definitivo al respecto hasta que la idea se hizo realidad por iniciativa particular de varios miembros de la sociedad, algunos de los cuales continuaron como socios y otros se retiraron de la sociedad. La sesión preparatoria de la Academia Chilena de la Historia tuvo lugar el 4 de enero de 1933, bajo los auspicios de la Universidad Católica de Chile; fue designado presidente de la misma don Agustín Edwards Mac-Clure, a quien también se eligió el mismo año para igual cargo en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Entre los fundadores de la Academia Chilena de la Historia figuran 8 miembros de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía: don Agustín Edwards Mac-Clure (primer

presidente de la academia entre 1933 y 1935); don Juan Luis Espejo Tapia; don Ernesto Greve Schleger; don Fernando Márquez de la Plata Echeñique; don Tomás Thayer Ojeda; don Miguel Varas Velázquez; don Julio Vicuña Cifuentes y don Jaime Eyzaguirre Gutiérrez, que fue el secretario general de la academia desde 1935 y hasta su muerte ocurrida en 1968. Jaime Eyzaguirre fue piedra angular de la Academia Chilena de la Historia y al impulsar su fundación tenía sólo 24 años de edad. Creo que al rendir homenaje a don Jaime Eyzaguirre es indispensable destacar que la academia logró crecer y desarrollarse, en gran medida, gracias al tesón de este gran historiador, quien fue su infatigable sostenedor material e intelectual desde su fundación. Su obra como historiador suma unos 150 trabajos entre libros, folletos y artículos, publicados entre 1929 y 1973; 40 de ellos aparecieron en el "Boletín de la Academia Chilena de Historia", desde donde proyectó los pilares de lo que sería su obra historiográfica. De esta larga lista de trabajos destacan: *Ventura de don Pedro de Valdivia*; *O'Higgins*, con la que obtuvo el primer premio en el concurso auspiciado por el gobierno y destinado a contar con una biografía de nuestro máximo prócer; *Elementos de la ciencia económica*, *Viejas imágenes*, *Fisonomía histórica de Chile*, *El conde de la Conquista*, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, *Centenario de Errázuriz Echaurren* (artículo por el cual obtuvo el premio Camilo Henríquez), *Chile durante el gobierno de Errázuriz*, *Archivo epistolar de la familia Eyzaguirre*, *Breve historia de las fronteras de Chile*, *Hispanoamérica del dolor*, *Historia constitucional de Chile*,

Historia del derecho, *Historia de Chile*, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile* y muchas otras.

A través de sus numerosos libros y trabajos, Eyzaguirre realiza una revisión de la historia de Hispanoamérica y de Chile, logrando rehacer la historia nacional y superando los conceptos de los historiadores del siglo XIX influidos por un fuerte sentimiento antiespañol y extranjerizante. La obra histórica de Eyzaguirre se articula en torno a dos conceptos que iluminan el proceso de formación de Hispanoamérica: *cristianismo* e *hispanidad*, es decir la valoración de la obra conquistadora y poblacional de España en Indias, la que a través de las instituciones políticas, sociales y culturales que nacen en el siglo XVI da origen a nuevas nacionalidades y a un nuevo mundo; así como destaca la importancia de la acción evangelizadora y misional de España en América. En sus obras *Hispanoamérica del dolor* y *Fisonomía histórica de Chile* desarrolla este replanteamiento histórico. Este movimiento que rehace la historia de Hispanoamérica tuvo también como representantes en México a Carlos Pereira y Toribio Esquivel hacia 1920 y en Argentina, a don Ricardo Levene, a partir de 1940.

En este sentido Eyzaguirre es el iniciador de una nueva visión de la historia de Hispanoamérica y de Chile, destacando que en la América española durante el período indiano no hubo colonias sino reinos, es decir estados con personalidad política propia vinculados entre sí por el Rey, cuya fundación la realizó la Corona de Castilla dotándolos de territorio, fronteras, autoridades, súbditos y derecho propio, llamado indiano, es decir, dictado para las

Indias. Este proceso fundacional llevado a cabo por España forjó estados y nacionalidades; por ello don Jaime Eyzaguirre en su *Historia de Chile* denominó al período hispánico "La génesis de la nacionalidad". Las colonias, en cambio, son el resultado de otro proceso histórico llevado a cabo en Norteamérica y África; las colonias eran enclaves en los que se asentaba una minoría europea en suelo extraño, aislada de la población aborigen y dependiente culturalmente de la metrópoli europea de donde procede. Sobre este punto debe destacarse la obra del argentino Ricardo Levene publicada en 1951, titulada *Las Indias no eran colonias*.

Estos nuevos enfoques los plantea Eyzaguirre claramente a partir de la década de 1930, época en la que tal postura ideológica era una novedad en Chile. Veníamos saliendo del siglo XIX, el de las luces, el siglo del positivismo y del racionalismo, esto es, de un sistema filosófico cuya base es la razón humana independiente, que funda sobre la sola razón las creencias religiosas. Era la herencia europea de la filosofía enciclopedista y de la revolución francesa. Los grandes historiadores chilenos del siglo XIX no comprendieron la obra fundacional, cultural y espiritual de España en América; probablemente influyó en ellos el efecto de la cercana guerra de la Independencia y de la aún reciente guerra con España de 1866. Chile salió de esta última guerra, económica y moralmente, maltrecho; en el bombardeo de Valparaíso perdió su marina mercante; el alma nacional pasó del optimismo creador a una profunda depresión que se prolongó hasta la guerra del Pacífico. Toda

la intelectualidad nacional de 1870 a 1920 tomó un tinte antihispánico y se volcó a lo francés; ya no se habló de la Hispanoamérica sino de América latina: todo llevaba el signo de Francia. Era una visión que deprimía la propia patria y exaltaba lo extranjero. Se acuñó un lema que decía "Progresar es desespañolizar". Una excepción la constituyó en Chile el escritor Alberto Edwards, quien desde 1913, en obras como *La fronda aristocrática*, destacaba las raíces hispánicas.

La forma de estudiar y hacer historia de América y de Chile estuvo hasta 1930 profundamente imbuida por el positivismo y el racionalismo, y si bien no era una tendencia decididamente anticristiana o antihispana, en todo caso no era proclive a ellas.

En este ambiente, allá por 1929 comenzaron los estudios históricos de Jaime Eyzaguirre: una de sus metas fue apoyarse en documentos irredargüibles e irrefutables para librar de injustas interpretaciones la labor fundacional, cultural y evangelizadora de España en América y particularmente en Chile. Fueron muchos los caminos que recorrió su pluma para conseguir este fin, pero al fin lo consiguió. Uno de sus logros más notables fue sin duda dar luz definitiva al tema de los antecedentes y causas de la independencia de América. Aquí comienza a separarse de los historiadores chilenos del siglo XIX y de las primeras décadas del presente siglo, quienes habían repetido incansablemente que ella era simplemente consecuencia del despotismo del gobierno español, del monopolio comercial de España, del control sobre las ideas, de la incultura

de los reinos de Indias, y de la mala administración de justicia, causas llamadas tradicionales y contra las cuales disparó sus dardos don Jaime Eyzaguirre hasta precisar los verdaderos antecedentes del proceso.

Comprendió mejor que nadie lo que significaba la independencia de Hispanoamérica, esto es, la culminación del proceso iniciado por España de fundar los estados de Indias y que se separan de la Corona a principios del siglo XIX, pero que se desarrollan sobre la raíz hispánica. En la persona de don Jaime Eyzaguirre se fundían desde dentro dos sentimientos complementarios: el amor a Chile y a su destino, con el amor a España y a su misión universal de ser creadora de estados y nacionalidades; estos sentimientos se pueden resumir en una de sus frases: "Al producirse la emancipación dejamos de ser españoles pero seguimos siendo hispanos".

Estos estudios sobre la Independencia están contenidos en su ensayo publicado en 1957, titulado *Ideario y ruta de la emancipación chilena*. Esta obra aclara totalmente el punto, destacando que en los acontecimientos de 1810 tuvo escasa influencia la literatura prerrevolucionaria francesa y que el movimiento juntista americano se inspiró en la "filosofía política tradicional española" contenida en el *Código de las siete partidas* de Alfonso X el Sabio. Al cumplirse 25 años de su fallecimiento este gran historiador sobrevive en su obra, la que indica el verdadero origen y destino de Hispanoamérica y de Chile. Don Jaime Eyzaguirre fue el fundador de nuevas instituciones históricas e impulsor de otras ya existentes; a través de ellas provocó

una gran revisión histórica y sembró una semilla que seguirá floreciendo y madurando a través del tiempo en busca de la justicia y la verdad.

El pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre

Es tarea a la vez fácil y difícil hablar de Jaime Eyzaguirre como persona y como historiador.

En el plano personal, se me hace fácil, porque tuve la suerte de estar muy cerca suyo, por haber compartido con él muchas experiencias intelectuales y personales, y por haber recibido de él numerosas demostraciones de afecto y de una auténtica amistad. Al igual que tantas otras personas pude apreciar su desinterés personal, su generosidad, su preocupación por el prójimo, su leal amistad, su intensa participación en las más variadas actividades, su honda preocupación por la vida intelectual del país, su profunda religiosidad.

Sin embargo, junto a estas cualidades tenía numerosos otros rasgos, facetas y actitudes, ya que la personalidad de Jaime Eyzaguirre era extraordinariamente compleja, diferenciada y hasta contradictoria. Y ello hace que sea difícil caracterizar a Jaime Eyzaguirre como persona.

Jaime Eyzaguirre era generoso, sí, pero también podía ser muy violento y agresivo. Podía ser cariñoso y afectivo, pero también podía ser sarcástico y cruelmente irónico.

No cabe duda de que era caritativo y que el mandamiento del amor al prójimo constituía para él el supremo deber moral. Pero en la polémica con algún opositor podía ser implacable y muchas veces procuraba, con pasión, no sólo refutar al otro sino destrozarlo y hundirlo. Era tan intenso en sus amores como en sus odios. Era, ciertamente, humilde pero, al mismo tiempo, era tremendamente orgulloso, orgulloso de su raza, de sus ilustres antepasados, de su propia capacidad intelectual. Era tímido frente a problemas nimios. Le asustaba cruzar una calle con intenso tráfico y le daba pavor subirse a un avión. Pero era increíblemente valiente cuando se trataba de defender una causa que él consideraba justa y sostener una tesis de cuya verdad estaba convencido.

Jaime Eyzaguirre fue un excelente organizador. Fundó y dirigió varias revistas, como "Estudios", "Finis Terrae", "Historia", "Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales". Fue durante muchos años Secretario de la Academia Chilena de la Historia siendo su alma y su motor, preocupado de la regular y puntual publicación del *Boletín* de la Academia. Como profesor estaba siempre rodeado de un grupo de alumnos a los cuales dirigía y para los cuales era un verdadero *leader*. Y, sin embargo, este hombre que tenía condiciones de organizador y conductor, nunca quiso aceptar cargos ni responsabilidades de mando. Podría haber sido ministro y embajador. Pero a él no le fascinó el poder ni le interesó la riqueza.

Repito, la personalidad de Jaime Eyzaguirre era increíblemente rica, diferenciada y contradictoria.

Él mismo tenía conciencia de sus reacciones paradojales y hacía un máximo esfuerzo por encontrar el equilibrio interno y la armonía del alma.

En más de una ocasión expresó que él se desintegraría y que él mismo no se soportaría ni podría soportar la vida, si no viviera de la gracia de la fe.

Jaime Eyzaguirre fue profundamente religioso. Como tal se sentía y se sabía criatura de Dios, criatura con todas las limitaciones del ser creado y con todos los defectos causados por el pecado original. Se sentía y se sabía pecador. Con absoluta honestidad y con la fuerza que puede conceder la fe, combatía sus debilidades. Sabía perfectamente que era apasionado, que podía ser irónico y mordaz, que podía herir y ofender al prójimo. Pero era también el primero en reconocer sus pecados y trataba de superarlos y de elevarse al plano de la gracia sobrenatural.

La fe lo sostenía, la fe le daba la fuerza para mantenerse en un mundo lleno de imperfecciones y en donde muchas veces predominaban el mal y la injusticia.

Con la misma fuerza con que luchaba contra sus propios pecados, combatía contra los males en el mundo. Se sentía llamado a defender la verdad contra el error.

"Yo no soy tolerante —declaró en una ocasión— porque es estúpido creer que la verdad y el error tienen iguales derechos. Pero mi intolerancia no es agresividad hacia el adversario. La intransigencia con el error, no sólo no es incompatible, sino que obliga al amor hacia la persona equivocada. ¿Cuántas almas habilísimas están llenas de buena fe en una postura errada? ¿Cómo darles a ellos la

verdad, si levantamos frente a ellas una muralla de rencores y prejuicios?".

Jaime Eyzaguirre distinguía, pues, claramente entre la persona y las ideas que sustentaba, y combatía las ideas cuando éstas le parecían equivocadas a la vez que procuraba respetar la dignidad del prójimo. Sin embargo, en más de una ocasión su temperamento era más fuerte que sus buenos propósitos y arremetía con pasión, no sólo contra las ideas contrarias, sino también contra la persona.

Es que era una persona llena de vida, de temperamento fogoso, convencido de que la verdad en que él creía era verdad absoluta y que tenía la obligación de dar testimonio de esta verdad. Con absoluta honestidad reconocía que muchas veces pecaba y que no cumplía con sus intenciones más nobles; pero encontraba en la misma religión la explicación de su situación de pecador y el medio para levantarse una y otra vez, para no desesperar de sí y para creer en su final redención.

La explicación religiosa de la existencia le permitía también afrontar la vida, que podía ser tan terriblemente dura e injusta.

Jaime Eyzaguirre veía con dolor y con honda preocupación los signos de descristianización en la sociedad actual y el creciente divorcio entre el mundo de la naturaleza y el mundo de la gracia.

Frente a la pérdida de los valores religiosos, el cristiano debía dar testimonio vivo de su fe. Jaime Eyzaguirre rechazaba una postura angelista que "desdeñara todo contacto con la vida y se replegara incontaminada al interior del

espíritu". A la vez insistía en que "el Reino de Dios, si bien debía realizarse en este mundo, no debía ser impuesto conforme a los métodos de este mundo... Un paso inicial para el cristiano de nuestro tiempo ha de ser hermanar la fe con la caridad, ordenando de esta manera los atributos del mundo de la gracia. Sólo así podrá llegar a dominar decisivamente el poder temporal en todas sus manifestaciones. Lo que la hora reclama no es perderse en un activismo ni reducirse en un soberbio y egoísta intelectualismo, sino soldar la acción con la contemplación, poner la fe en movimiento de caridad. Antes que políticos, sociólogos, filósofos y artistas, necesitamos santos precisamente para que el Estado, la economía, el pensamiento y la estética adquieran algún sentido. En balde se esparcirá la letra del mensaje si él no se encarna antes plenamente por sus difusores. El mundo está ahíto de ideas y programas y lo que necesita es un testimonio vivo, tan apasionado y total como el que dieron los fieles del tiempo apostólico, para creer que la levadura de entonces no ha perdido hoy su levadura salvadora. Lo que el mundo espera para convertirse es la conversión de los propios cristianos. Porque el mal que lo acosa no se cura con derroche de técnica, sino con una heroica acción de amor, que es la técnica de las técnicas".

Estas palabras, quizás, nos dan la clave para la compleja personalidad de Jaime Eyzaguirre. Él no esperaba la salvación proveniente del mundo de la técnica, de esquemas, sistemas o modelos, sino del hombre concreto, del hombre de carne y espíritu que se santificara, que se compenetrara

del amor a Dios y del amor a la criatura y que pusiera su amor al servicio del prójimo y de la sociedad.

Y Jaime Eyzaguirre, con todos los medios a su alcance, con sus debilidades, sus flaquezas, su inteligencia y su voluntad, se dedicó a la gran obra de su propia santificación con el fin de poder dar testimonio de la verdad en que él creía.

Hizo un esfuerzo permanente por superar las contradicciones que luchaban en su interior y de esta manera logró dar unidad a su persona y su vida. Esta unidad de persona, vida y acción le confirió aquella integridad y aquella fuerza que fueron respetadas y admiradas por todos, aun por aquellos que no comprendían su verdad y que militaban en campos opuestos.

Así como es fácil y a la vez difícil hablar de la persona de Jaime Eyzaguirre, así también es a la vez fácil y difícil hablar de su obra historiográfica.

Es fácil hablar de ella, porque Jaime Eyzaguirre, dotado de una extraordinaria capacidad de trabajo, dejó una obra abundantísima. Entre el año 1930, fecha de su primera publicación, *El maestre de campo don Domingo de Eyzaguirre*, y el año 1968, fecha de su muerte, publicó 347 escritos que cubren los más variados campos: historiografía, edición de fuentes, historia general chilena, historia de la época colonial, Independencia, República, historia del derecho, historia diplomática, historia de los límites, historia del arte, historia eclesiástica, historia de América, historia universal. Además de sus estudios históricos desarrolló temas de religión, doctrina social, derecho, política y literatura, y redactó numerosas reseñas bibliográficas.

La gran cantidad y variedad facilita la labor y permite hacer un análisis completo de los distintos aspectos de su obra historiográfica.

Sin embargo, al mismo tiempo es difícil hablar del historiador; tan difícil que hay quienes niegan rotundamente a Jaime Eyzaguirre la calidad de tal. Ven en él a un místico, un predicador, un propagandista, un misionero que se aprovechó de la historia para difundir su mensaje de catolicidad e hispanidad.

Todo estudio histórico presenta una peculiar combinación de subjetividad y objetividad. El historiador debe respetar la información que le proporcionan los documentos históricos, pero debe seleccionar, ordenar e interpretar esta información. La historia renace en la mente del historiador. El historiador, crea la historia. Auténtica historia nace de la interacción entre el pensamiento del historiador y el legado que ha dejado el pasado.

El problema de Jaime Eyzaguirre consiste en que él tuvo una tremenda personalidad y se sintió comprometido con una verdad religiosa que, por su esencia, es trascendente, intemporal, absoluta y eterna.

¿Cómo conciliar, entonces, las categorías intemporales de la verdad absoluta con los fenómenos concretos de la historia que, por su naturaleza temporal, son contingentes, cambiantes y relativos? ¿Cómo conjugar el inevitable subjetivismo de una personalidad tan fuerte con la necesaria objetividad que debe tener toda obra historiográfica si no

quiere ser un tratado misionero, un mensaje ideológico o un programa político?

Jaime Eyzaguirre tenía plena conciencia de que este problema era uno central, e hizo esfuerzos casi sobrehumanos para objetivar su subjetivismo y para escribir auténtica historia.

Una condición que capacitó a Jaime Eyzaguirre para escribir obras históricas fue el hecho de que le gustaba el documento histórico. Conocía a fondo los archivos nacionales y conoció también algunos archivos españoles. La búsqueda y revisión de los documentos le producía auténtico placer. Era un buen paleógrafo y sabía leer las letras de los siglos pasados. Tenía ese instinto especial que debe tener el historiador para dar con la información que busca. Jaime Eyzaguirre arrancó del olvido numerosos manuscritos inéditos y los publicó en diversas revistas. Él mismo logró formar un importante archivo cuyas piezas más importantes pertenecen a la correspondencia epistolar de sus antepasados Eyzaguirre.

El gusto por el documento y el respeto que sentía por el prójimo y por la obra realizada por otra persona, hacían que respetara también el mensaje que le llegaba desde el pasado y que se sumergiera en las condiciones propias de ese pasado.

El interés por el documento objetivo se combinó con sus intereses genealógicos, intereses que brotaban de su tradición familiar. Jaime Eyzaguirre se sentía orgulloso de su familia y sus primeros estudios estuvieron dedicados justamente a sus ilustres antepasados.

Sin embargo, no se contentó con estudiar relaciones genealógicas y hechos familiares. Se dedicó a pensar la historia y lo hizo de acuerdo con los valores en que creía y con los criterios que conformaban su pensamiento.

Entre estos valores estaban en primer lugar los valores religiosos. La visión que Jaime Eyzaguirre tuvo de la historia fue, fundamentalmente, una visión religiosa.

Para él no había ninguna duda de que Dios, el creador del mundo y del hombre, era el verdadero autor y director de la historia.

"Es Dios quien escribe la historia, pero a través de la libertad humana. El papel del hombre consiste en penetrar la Escritura para conocer la voluntad de Dios".

Jaime Eyzaguirre procuró comprender la historia como expresión acabada del poder y de la inteligencia de Dios, y trató de penetrar en su misterio y de percibir la huella del tránsito divino.

La historia, en su dimensión natural, se le presentaba como el quehacer del hombre que, como ser libre, racional y social, realiza su esencia en la existencia temporal y crea una cultura como manifestación y definición de su modo de ser y como unidad de valores. A través de la cultura, el hombre realiza su destino histórico. En la cultura se conjugan pasado, presente y futuro y de esta manera se supera, en el desarrollo cultural, el momento fugaz. Sin embargo, toda cultura está sujeta a las limitaciones del tiempo y de la existencia finita. Ninguna cultura expresa la plenitud de las posibilidades humanas. "La ley de la contingencia y

la ley de la libertad corroen de manera fatal toda cultura y la empujan al perecimiento inevitable".

Mientras que en la cultura el hombre se realiza en su dimensión natural, a través de la religión se une con Dios y orienta la existencia hacia su fin último. "La cultura es el estilo que el hombre da a la ciudad terrestre. Su misión es realizar un destino histórico y como tal nace y termina en el tiempo. El campo propio de la religión... y, concretamente, del cristianismo, es el desarrollo del Reino de Dios, paradójicamente cuajado entre las contingencias y los azares del tiempo, y que desembocará maduro y repleto en la eternidad".

Si bien la cultura no se confunde con la religión, ella será tanto más rica y plena cuanto mayor sea la intuición que el hombre tenga de Dios en la historia. Por eso se impone al cristiano la obligación de contribuir a la formación de una cultura cristiana.

En la historia de Occidente, la religión cristiana ha encontrado hasta ahora dos grandes y ricas expresiones: la cultura románico-gótica que abrazó toda la Europa occidental, y la tridentino-barroca que por espacio de dos siglos rebalsó ambas latitudes del mundo hispánico.

Jaime Eyzaguirre se sintió identificado con esta cultura barroca. Amó intensamente a la España del Siglo de Oro, la España de los Reyes Católicos y de Felipe II, la España de Santa Teresa, de Zurbarán, de Calderón de la Barca. Esa España que había luchado por crear un orden humano iluminado por el mensaje evangélico y guiado por el signo de la cruz.

En el pensamiento de Jaime Eyzaguirre se identifican su catolicismo y su hispanismo.

"La estratégica ubicación de la península ibérica que, conforme al bello decir de la griega Alejandra Evarts, es 'proa de Europa, puente hacia el África, eco de Asia, etapa de América'; la variada y multiforme serie de naciones que la han invadido y que con su policromía étnica han logrado aportar ricos matices al carácter español; en fin, la idiosincrasia personalista de este último, generadora de su elevado concepto de la dignidad humana, hacen de la raza española una rara síntesis, y de cada uno de sus miembros un tipo universal".

"Esta circunstancia debía capacitar como a ningún otro al pueblo español para recibir y asimilar en toda su magnífica integridad el dogma católico. El año 589, cuando el rey Recaredo, con todo el Estado visigodo, abjura de la herejía arriana y abraza espontáneamente la verdad católica, la materia prima universalista del español encuentra su forma substancial".

"Desde entonces, España comprende, por sobre todas las cosas, que su misión en la historia es ecuménica y que por sobre los estrechos límites del ideal nacionalista debe ella exaltar la primacía del universalismo cristiano. Si el español batalla ocho siglos contra la morisma, aplasta a los turcos en Lepanto y lleva sus huestes a las regiones de América y las Filipinas, no lo hace entonces impelido por un simple afán de guerrear ni al impulso de una burda ambición imperialista. Lo que en estas empresas obra de cerebro, motor y brújula es el deseo de mantener y acre-

centar la cristiandad, de esparcir el Evangelio, de comunicar a los hombres la buena nueva de que todos han sido creados a imagen y semejanza de Dios y han sido redimidos por la sangre de Cristo".

"Porque fue también España la que en 1546, por boca de Diego Laínez, afirmó en el Concilio de Trento, contra la herética opinión luterana, que a todos los hombres les ha sido dada la gracia necesaria para su salvación; como siglos atrás, en el Concilio de Nicea, por medio de su obispo de Córdoba había condenado el error arriano y exaltado la pureza y el universalismo del dogma católico. Y no hay que olvidar, por último, que preciosos frutos de esta arraigada convicción universalista y firme sentido de la hermandad fueron también la legislación social de Indias y el derecho internacional con que los reyes castellanos, Francisco Vitoria y Domingo de Soto supieron anticiparse a los problemas que para nuestra época anémica de ideales y de atrofiada fe resultan insolubles".

"Frente al proceso seculerizador de la cultura y al nacionalismo religioso, España opone la concepción católica de la vida y el ideal de la unidad europea bajo este signo. El pueblo que por centenares de años ha luchado contra el Islam, cree, al concluir con éxito la cruzada en casa, que ha de salir fuera de ella a campear por iguales principios. En contraste con el héroe del humanismo, afirmado en el yo, opone al caballero cristiano que hace del vivir una milicia al servicio de Cristo. La cultura reviste para él un sentido trascendente, en lo que coincide con el viejo espíritu medieval, aunque no se cierra por esto a las aportaciones valiosas del tiempo nuevo. Así, el ideal renacentista de la fama, como las nuevas formas de la poesía, de la arquitectura y la pintura, nacidas en Italia y Flandes, hallan aquí cabida, pero se subordinan a la esencia nacional que permanece inalterada. A diferencia del europeo y el humanismo, no hay ruptura histórica, sino conservación de los valores que se estimen permanentes y actualización vital de los mismos".

"Toda la política de España del siglo XVI gira en torno a estos ideales y sus monarcas, Carlos V y Felipe II, se consagran a ellos con fervor. El monumental edificio de San Lorenzo de El Escorial, que este último alza en la desolada y pedregosa llanura de Castilla, parece recoger toda la cosmovisión del español de entonces y su verdadero sentido del Estado. Su marco estilístico sigue las armónicas y serenas líneas grecorromanas gratas a la época. Pero su interior se aparta del naturalismo, culto exclusivo del goce y la belleza que presentan las grandes construcciones italianas y francesas de entonces. El Escorial es a la vez palacio, monasterio y tumba. Es el sitio donde el rey gobierna medio mundo, unido a la oración de los monjes y en la contemplación del más allá. La política resulta así una tarea que trasciende el tiempo; el monarca, un instrumento al servicio de Dios, y el recuerdo de la muerte, la advertencia continua de la limitación humana y del encuentro ineludible con la justicia eterna".

Para Jaime Eyzaguirre, la España filipina y barroca constituía la realización concreta y la comprobación de su visión de la historia. Su hispanismo católico no era una

doctrina política, no significaba un programa para restablecer el antiguo imperio español, ni implicaba la subordinación de América a España, sino que era conciencia de los valores universales que se habían encarnado en España y que a través de España y gracias a los españoles se habían introducido en América. Estos valores habían hecho nacer a América a la historia, habían configurado el ser esencial de América y habían hecho brotar en el Nuevo Mundo un alma colectiva capaz de proyectarse en una realidad cultural.

Jaime Eyzaguirre reconocía, ciertamente, el significado propio que la naturaleza y los elementos aborígenes tuvieron para la formación de la cultura americana. Mas él señalaba que sólo la conquista española había unido los diversos núcleos raciales existentes en América en un destino común y que, al introducir los españoles su Estado, su derecho, su economía y la religión cristiana, habían establecido las bases para un desarrollo coherente, de modo que, en un sentido estricto, la historia de América empezaba con la llegada de los españoles.

Aplicando esta idea al caso concreto de Chile, se refiere en los siguientes términos a la historia nacional: "Si historia es la sucesión consciente y colectiva de los hechos humanos, la de Chile sería inútil arrancarla de una vaga y fragmentaria antecedencia aborigen, carente de movilidad creadora y vacía de sentidos y horizontes. Chile se revela como cuerpo total y se introduce en el dinamismo de las naciones a través del verbo imperial de España. Por eso la primera y más de una de las siguientes de su vida

serán páginas españolas, con todas las modalidades propias que se quiera, pero sin velar en esencia la fisonomía originaria".

Habiendo comenzado la historia de América con la llegada de los españoles, es un error hacerla empezar recién con la Indepedencia. La Independencia tiene ciertamente profundo significado: la ruptura política con España y la entrega a los mismos pueblos iberoamericanos de la responsabilidad por la configuración de su destino histórico. Sin embargo, ello no debe hacer olvidar que la historia de América tuvo su origen en España.

"Iniciar automáticamente la existencia de estos pueblos con el año 1810 y poner en voluntario olvido trescientos años de su vida social en que se forjaron las bases culturales de todo el continente, es dejar sin significación el curso de los hechos, esconder el punto de convergencia familiar de veinte naciones y entregar, como consecuencia, a las generaciones futuras una visión incompleta y adulterada de la historia".

La historia de Chile y de toda América hispana se iniciaba, pues, en España, y encontraba en la tradición espiritual hispánica su base, su continuidad y su significado.

"De la hispanidad derivaron los fundamentos espirituales y culturales de nuestro presente; por la defensa y expansión de esos valores lucharon nuestros antepasados y de ellos hemos recibido una rica herencia. Nuestra tradición es hispana, y tradición es hablar la voz propia, es marcar la vida con el sello vernáculo, es escribir mil palabras con la

pluma propia, firme e inconfundible. Tradición es algo que trasciende a la mutación incesante del tiempo, es vida, es germen activador siempre fecundo, nunca agotado. Es tradición todo aquello que ha llegado a incorporarse a los pueblos como algo inherente a su propia persona y de la cual no podrán ellos prescindir sin poner en peligro su existencia misma. Es tradición la columna vertebral que cohesiona este ejercicio en marcha que es la patria o la comunidad cultural, integradas por seres hoy vivos, por los que ya son sombras venerables y pasadas, y por los que vendrán en el futuro esperado... Los pueblos latinoamericanos tenemos una tradición común, vale decir, un patriotismo genérico que nos cohesiona en la sustancia y nos orienta a altas finalidades simultáneas".

Sin embargo, la tradición hispana ha sido olvidada por sus herederos. "Ya es bastante decir que la independencia de Hispanoamérica cortó los vínculos políticos de nuestros pueblos y los precipitó en la desintegración, cuando no en la lucha a muerte de unos con otros. Pero hay todavía que agregar que a la desarticulación del cuerpo siguió el rechazo de la antigua alma colectiva y la búsqueda afanosa de la razón de vivir en fuentes exóticas. Con orgullo infantil el hispanoamericano dio de espaldas a una historia que estimó en definitiva agotada, y sin discernimiento no supo diferenciar lo que podía haber de circunstancial y pasajero, de aquello que era realmente eterno y vital en la propia cultura. El repudio lo cubrió todo y después de arrojar desdeñoso el ropaje que había cubierto las carnes de América por espacio de tres siglos comunicándoles el celo cristiano, corrió con la vergüenza que produce la desnudez, tras otras galas que hubo de mendigar a las puertas de naciones de culturas, no sólo diversas, sino a menudo antagónicas a la suya".

Esta "baja apostasía interior" ha producido sus nefastos frutos: "En más de cien años de vida libre, Iberoamérica no ha dicho al mundo una sola palabra que merezca recordarse. Su andar vegetativo y rastrero ha logrado concitarle sólo el desprecio universal".

En síntesis, Jaime Eyzaguirre tenía una visión teológica trascendente de la historia. El hombre es un peregrino hacia la eternidad. Durante su caminar por la tierra debe organizar su vida en amor y justicia. Para ello sirve a la Iglesia, organiza el Estado y crea la cultura. El pueblo que hasta ahora ha logrado crear la más perfecta cultura religiosa es España. América tiene la fortuna de haber sido incorporada a la historia por España. La cultura cristiana e hispana constituye la base de la historia americana y ha marcado el alma de los pueblos de América. Ella ha configurado la sustancia del ser histórico de los pueblos hispanoamericanos, ella constituye también el vínculo de unión de toda la América hispana.

Después de la Independencia se ha iniciado un proceso de desintegración en el curso del cual se ha perdido la unidad de Hispanoamérica y durante el cual cada pueblo hispanoamericano ha perdido, con el tiempo, su unidad interna y, finalmente, su alma y su identidad.

Estas ideas generales están presentes, con mayor o me-

nor fuerza, en forma más o menos explícita, en cada uno de los numerosos escritos de Jaime Eyzaguirre.

Jaime Eyzaguirre demostró, desde un comienzo, su predilección por la biografía. Él, que era tan vitalmente persona y que experimentaba en su propia persona el dolor y la felicidad de ser un ser humano creado a imagen y semejanza de Dios, sentía un profundo interés por el personaje histórico y deseaba saber lo que la persona había realizado en el plano providencial de la historia. De su interés y su amor por la individualidad del prójimo nacieron sus biografías: *Ventura de Pedro de Valdivia, El Alcalde del Año Diez, El Conde de la Conquista, O'Higgins*.

Ventura de Pedro de Valdivia fue una de las primeras obras de Jaime Eyzaguirre. Publicada en 1942, cuando el autor tenía 34 años, a través de ella se traslucen algunas de las categorías esenciales de su pensamiento histórico.

Describe a Pedro de Valdivia en los siguientes términos: "Tenía Pedro de Valdivia unos 35 años de edad cuando, en los primeros meses de 1537, llegó al Perú en un socorro de hombres pedido por Francisco Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo para contener un alzamiento indígena. Mediano de estatura, ancho y robusto de cuerpo, el rostro amable y los cabellos rubios, poseía un talante señorial y varonil, y una suficiente ilustración. Era originario del valle de La Serena, en Extremadura, donde su linaje, de noble abolengo, había llegado con la reconquista desde el norte para alzar casa solariega en la villa de Castuera. Siguiendo el atavismo de su sangre guerrera se alistó joven en los tercios imperiales. Sirvió en Flandes,

continuó en Italia y allí, bajo un maestro de la estrategia, el marqués de Pescara, actuó en la memorable batalla de Pavía".

A través de todas las páginas del libro, Jaime Eyzaguirre presenta al conquistador no como un aventurero en busca de riquezas, sino como un hombre de gran fuerza moral y de visión política que introdujo en Chile los elementos de una cultura superior, convirtiéndose en el fundador de la nacionalidad.

Pedro de Valdivia aparece en el libro como la personificación concreta e individual de aquel arquetipo en quien se encarnaban, para Jaime Eyzaguirre, los ideales de la España del siglo XVI: el hidalgo.

En otro de sus libros describe al hidalgo con las siguientes palabras: "Refiriéndose las Partidas al significado de hidalgo, dicen que: 'algo quiere decir, en lenguaje de España, como bien; por eso los llaman fijos dalgo, que muestran a tantos como fijos de bien'. La hidalguía importa, más que una raigambre genealógica, una herencia de bien que hay que actualizar permanentemente con los hechos. Porque la hidalguía es como un proceso moral en perpetuo movimiento, que camina de generación en generación y que se pierde con la falta de cultivo... Hidalgo es el hombre que sueña la aventura del bien y que tiene el honor muy a flor de piel, aunque apenas cubra a ésta con harapos. Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad, aunque le vaya en ello la hacienda o la vida. Hidalgo es el que tiene un ideal al que ajusta su existencia sin que las transacciones interesadas o el temor le reduzca

el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos o atildados, sino el que vuelca hacia afuera el hondo contenido del alma. Y es que el hidalgo, expresión suprema de la raza, guarda en ésta toda su filosofía de la vida, su conciencia de la igualdad esencial y alta dignidad de la especie humana. Para ella, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Sus actividades pueden ser diversas, su posición económica varia, su color de piel distinto, pero en todo hombre laten un contenido substancial idéntico y un mismo derecho a alcanzar la bienaventuranza eterna como meta suprema. De esta suerte, como el honor es una cualidad inherente a la naturaleza humana, la expresión visible de su dignidad intrínseca, de él participan todos, nobles o plebeyos, ricos o miserables. El honor, desprendido de oropeles caducos y formas insubstanciales queda así como un valor recio e intemporal, como patrimonio del alma que se debe sólo a Dios".

Un tal hidalgo fue también Pedro de Valdivia, ciertamente con todos los defectos, las limitaciones y los pecados que son propios de toda criatura, pero sí animado por los altos ideales que entonces guiaban a la sociedad hispana hacia su prototipo ideal. Estos ideales y valores confirieron a la ventura de Pedro de Valdivia un sentido trascendente e hicieron que la obra del Conquistador sobreviviera a éste, siendo base y punto de partida para la formación del Estado y de la nacionalidad chilenos.

Uno de los escritos más citados de Jaime Eyzaguirre es *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, publicado por primera vez en 1957.

En oposición a la tesis formulada por los historiadores liberales del siglo XIX, según la cual la Independencia se había originado en los ideales de la Ilustración y en la ideología de la Revolución Francesa, Jaime Eyzaguirre afirma en este escrito que la conmoción que se produjo en España a raíz de la invasión francesa y de la prisión del rey legítimo Fernando VII, habría inducido a los vecinos a instituir una Junta de Gobierno, recurriendo así a viejas prácticas de la tradición jurídica y política española, según la cual el poder tenía su origen en el pueblo por lo cual, en caso de acefalía del trono, éste recuperaba sus derechos y debía decidir sobre el nuevo gobernante.

Esta tesis tiene por trasfondo la tesis general de Jaime Eyzaguirre de que el dominio español en Indias no fue un dominio opresor y explotador, sino que representó un Estado de Derecho que resguardaba la dignidad del hombre. La historia de Chile comenzaba en la época hispánica. La historia de Chile independiente no implicaba la ruptura violenta con el pasado, sino la continuación de procesos y tendencias que tenían su origen más profundo en la tradición hispánica.

Los libros más leídos y consultados de Jaime Eyzaguirre son su *Fisonomía histórica de Chile* y su *Historia de Chile*, de la cual sólo pudo terminar y publicar el Tomo I, mientras que el Tomo II fue publicado, inconcluso, después de su muerte.

Fisonomía histórica de Chile es un ensayo, de alto vuelo literario, que condensa la imagen que Jaime Eyzaguirre tenía de la historia de Chile. Allí encontramos todas las

apreciaciones que ya se han analizado, su tesis de que la historia de Chile comienza en España y con la llegada de los españoles, su alta valoración del legado hispánico. Con respecto al período republicano, se atiene en lo fundamental a la tesis que había formulado Alberto Edwards en su *Fronda aristocrática*. El Estado de Chile en el siglo XIX fue un Estado en forma que hizo posible una evolución orgánica de las instituciones. Jaime Eyzaguirre atribuye la estabilidad y continuidad que caracterizan la historia de Chile, a diferencia de la de las otras repúblicas latinoamericanas, al hecho de que aquí, más que en los otros países, se haya mantenido la tradición del período colonial. El Estado portaliano fue una restauración y continuación de la monarquía española. Ciertamente sin el contenido religioso metafísico que había sido propio de la monarquía de Carlos V y Felipe II, sino fundado en elementos del positivismo jurídico, pero en todo caso un Estado de derecho en que el cargo era más importante que la persona y el bien común más importante que el interés de los individuos y grupos. En la medida en que, en el curso del siglo XIX, se fue perdiendo la tradición española, Chile fue perdiendo su substancia hasta quedar sumido en una profunda crisis.

En su *Historia de Chile*, Jaime Eyzaguirre alcanzó el máximo grado de objetividad que le fue posible. Obra madura, en que mantiene, ciertamente, los juicios que derivaban de sus convicciones, pero expuestos en forma más moderada y diferenciada. La obra no está limitada a las acciones políticas y a las instituciones, sino que abarca

todas las manifestaciones de la existencia histórica, tanto el desarrollo económico y social como las de la cultura superior y de la vida religiosa.

Cuando Jaime Eyzaguirre, en su tiempo, daba una conferencia pública, se llenaba la sala y un nutrido público, pendiente de sus labios, seguía con intenso interés sus elocuentes explicaciones. Su figura ascética, su ronca voz, la belleza de su lenguaje causaban profunda impresión. El público sentía que ahí hablaba un hombre para quien la palabra no era mera retórica, sino la expresión de una auténtica convicción. Detrás de cada palabra estaba el peso de su personalidad.

Sus conferencias eran aplaudidas por todos, aun por aquellos que no estaban de acuerdo con la opinión expuesta. En general suscitaban apasionadas discusiones. Frente a Jaime Eyzaguirre no había términos medios. Para muchos sus tesis eran plenamente convincentes. Otros las rechazaban categóricamente y condenaban su visión de la historia.

Las polémicas duran hasta la fecha. Los libros de Jaime Eyzaguirre siguen siendo reeditados. Periódicamente aparecen estudios que analizan, elogian o critican sus escritos. Y ello comprueba que su pensamiento sigue teniendo vigencia e importancia.

Las críticas nunca se alzan contra la persona de Jaime Eyzaguirre. Aun sus más violentos opositores reconocen la nobleza de su carácter, la pureza de su pensamiento, la calidad ética y el idealismo de sus actitudes.

Las críticas se refieren a sus obras, a su concepción de la historia y a su proceder científico.

Hay algunos que llegan incluso a negar a Jaime Eyzaguirre la calidad de historiador, como dijimos. Ven en él un místico y un ideólogo que usó la historia como un instrumento para propagar los valores de la hispanidad. Hay otros que están dispuestos a atribuir a la obra de Jaime Eyzaguirre valor histórico, pero que consideran que sus tesis son equivocadas y que no explican la verdadera realidad histórica.

Sus críticos más radicales señalan que se habría valido de criterios ahistóricos y metahistóricos y de categorías teológicas y éticas que restarían a sus afirmaciones validez científica. Toda su teoría de la hispanidad, inspirada en Menéndez y Pelayo, Donoso Cortés, Vásquez de Mella y Ramiro de Maeztu, sería una construcción apriorística que idealizaría y falsearía la realidad del pasado.

En particular, se ha señalado que la Conquista no puede ser interpretada como una cruzada emprendida por *santos e hidalgos*, que los verdaderos impulsos que empujaron a los conquistadores fueron de carácter muy humano y muy terrenal. La Conquista debe ser comprendida como empresa económica que se inserta en el contexto de los grandes cambios innovadores que se produjeron en los fines de la Edad Media y de los comienzos de la Época Moderna.

Se critica la interpretación que hace de las relaciones entre los españoles y los araucanos. La imagen de la guerra de Arauco como guerra en Flandes sería otra idealización

que desconocería la verdadera naturaleza de la vida en la Frontera, caracterizada mucho más por el intercambio comercial que por heroicas proezas de armas.

Se critica su versión del proceso de la independencia, señalando que éste no puede ser comprendido en primer lugar como un proceso político, jurídico e ideológico, sino ante todo como resultado de la creciente diferenciación entre América y España, de la creciente tensión entre la población de las colonias y los magistrados españoles, como resultado de los procesos económicos y sociales.

También se critica la visión que Jaime Eyzaguirre tenía de la historia de Chile independiente, calificándola de visión propia de un aristócrata conservador que habría idealizado el período en que la aristocracia tuvo en sus manos el destino de Chile, e identificando la crisis de la aristocracia chilena con la crisis del país.

En este estudio no quiero analizar los argumentos que se pueden esgrimir a favor o en contra de las tesis de Jaime Eyzaguirre, sino que quiero tratar de señalar aquellos aspectos de su obra que, en mi opinión, siguen siendo valiosos y fecundos con el fin de poder ubicarlo en la historia de la historiografía chilena.

La historiografía se instituyó como disciplina científica en Chile a partir del conocido debate entre Andrés Bello y Jacinto Chacón. Éste, defendiendo a José Victorino Lastarria y su obra *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución, desde 1810 hasta 1814*, sostuvo que el historiador debía

partir de una concepción global de la historia y deducir de ella el significado de los hechos particulares. Bello, en cambio, señaló que el historiador debía partir de las fuentes y de los hechos particulares para reconstruir desde ellos inductivamente el conocimiento del pasado.

El criterio de Bello se impuso y, podemos agregar, por suerte se impuso, ya que así se evitó el peligro de que los historiadores se perdieran en una especie de filosofía de la historia a la cual era tan aficionada la intelectualidad racionalista del siglo XIX. Bello obligó a los historiadores a consultar los documentos. Así nació la rica historiografía chilena del siglo XIX, sólidamente documentada, y así nacieron las grandes colecciones de fuentes, como la *Colección de los historiadores de Chile* o las *Actas del Cabildo de Santiago*. Gracias a ello disponemos de una obra realmente clásica, como la *Historia general de Chile* de Diego Barros Arana.

El criterio de que la historia científica debe basarse en las fuentes está tan incorporado a nuestra conciencia que ya no es necesario discutirlo. Nadie lo pone en duda.

Sin embargo, cabe advertir que el afán de basarse en el documento y de hacer hablar sólo y directamente al documento encierra el peligro de que se pueda caer en la mera crónica. Tratándose de personas de menos talento que un Barros Arana, la historia documentada puede convertirse en mero relato fáctico y en enumeración de fechas, hechos y nombres. Este peligro se hizo presente, efectivamente, en la historiografía chilena, cayéndose en un árido relato de corte positivista.

Tal historia, que sólo relata hechos, es la contrapartida de la historia construida filosóficamente y ninguna de las dos es auténtica historia.

Frente a la tendencia meramente narrativa, en el sentido negativo de la palabra, se alza la historiografía de Jaime Eyzaguirre que es historia de problemas, que es historia pensada y que es historia en la cual el hecho particular revela su sentido en el contexto de una concepción general.

Jaime Eyzaguirre planteó la historia como problema y formuló una tesis para resolver el problema. Él partió del presente y de sus inquietudes, e interrogó el pasado para encontrar respuestas a los problemas del presente. Justamente por este motivo las obras de Jaime Eyzaguirre tuvieron tanta actualidad y por eso apasionaron y dieron origen a discusiones y polémicas.

Jaime Eyzaguirre enseñó que la historia es vida y que tiene vitalidad. No es un asunto de coleccionistas de datos ni de recuerdos sentimentales.

Se puede discutir cada una de las tesis de Jaime Eyzaguirre, se puede estar en total desacuerdo con su visión teológica de la historia y se puede rechazar su idea de la hispanidad. Pero al discutir la validez de sus criterios, hay que pensar la historia así como él lo hizo y, si uno está en desacuerdo, hay que formular tesis más convincentes y proponer criterios que permitan llegar a una mejor explicación.

Jaime Eyzaguirre sacó el polvo de los documentos, hizo importantes aportes a la modernización de la ciencia his-

tórica chilena y contribuyó en forma decisiva a que la cultura intelectual en Chile conservara una dimensión histórica. Quizás más que en otros países, nos siguen apasionando los problemas históricos. Nos guste o no nuestro pasado, sabemos que ese pasado en Chile es nuestra realidad y que debemos definir nuestro porvenir desde nuestra realidad histórica y frente a ella. Por grande que sea la importancia que han adquirido en los últimos tiempos las ciencias sociales, como la sociología, la politología, la sicología social o la economía, en Chile sigue existiendo un vivo interés por la historia y se siguen discutiendo con fervor problemas fundamentales de nuestra existencia social en función de la historia. Jaime Eyzaguirre tuvo el don de hacer sentir a su público y a sus lectores la importancia del pensamiento histórico, como una forma esencial del conocimiento para comprender el significado del acontecer histórico en que estamos insertos.

Por este motivo, frente a aquellos que niegan a Jaime Eyzaguirre su calidad de historiador, yo expreso mi firme convicción de que ocupa un lugar importante en la historia de la historiografía chilena y que ésta le debe mucho.

Un segundo aspecto que deseo destacar es la universalidad del pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre. Él comprendió la historia de Chile en el contexto de la historia de Occidente, aquella historia que nosotros —con profundas razones— seguimos llamando historia universal.

Frente a una concepción exclusivamente americocéntrica y una concepción indigenista antieuropea, destacó las raíces occidentales de la historia americana y chilena.

Aun aquél que no comparte su hispanismo, debe reconocer que la historia de Chile sólo puede ser comprendida en el contexto de la historia universal. En la época hispánica, Chile formó parte del Imperio español y recibió de él sus principales impulsos. Después de la Independencia, cortó las relaciones políticas con España pero siguió inserto en el desarrollo institucional, económico, social y cultural de Occidente.

Chile, "Finis Terrae", quizás justamente por estar enclavado entre una cordillera difícilmente franqueable y un océano inmenso, se ha abierto siempre a las influencias extranjeras. La sociedad chilena siempre ha sido particularmente sensible a los cambios y las nuevas ideas que surgían en otras partes. Chile ha abierto sus fronteras a la inmigración europea. El gobierno chileno contrató a sabios, técnicos e instructores extranjeros, como Bello, Sazie, Domeyko, Philippi, Gorbea, Gay, Johow o Körner. Se importó la moderna tecnología. Muchos pintores chilenos se fueron a estudiar a Europa. El desarrollo político se inspiró en el modelo del parlamentarismo inglés y francés. El positivismo francés ejerció profunda influencia sobre el desarrollo intelectual. El pensamiento laico y librepensador y el ultramontanismo son variantes nacionales de las grandes corrientes que se desarrollaron entonces en los países católicos de Europa y en los demás países hispanoamericanos.

Para comprender la historia de Chile no podemos encerrarnos dentro de nuestras fronteras. Nuestra historia no ha sido nunca historia "provincial", siempre ha sido histo-

ria universal. Por eso el historiador debe pensar la historia de Chile de acuerdo con criterios universales y dentro del contexto de la historia universal.

En este plano, el pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre conserva todo su interés. Se puede discrepar de los criterios usados por él, pero, al igual que él, hay que situar los problemas específicos de Chile en un plano de universalidad.

También por este aspecto, Jaime Eyzaguirre ocupa un lugar importante en la historia de la historiografía chilena.

Ha sido calificado de historiador conservador y se dice que él, como aristócrata conservador, identificó la crisis de su propia clase con una crisis general del país y que habría confundido la decadencia de la vieja aristocracia terrateniente, conservadora y católica, con la decadencia de Chile, desconociendo todos los importantes aportes que las clases medias ascendientes habrían incorporado al ser nacional.

Sin entrar en polémica sobre esta apreciación, conviene señalar lo siguiente: así como en el siglo pasado la sociedad chilena quedó dividida en un sector conservador y católico, y otro liberal y laico, así también hubo una historiografía conservadora católica y una historiografía liberal laica.

Para los laicos, el período colonial y el período independiente se contraponían como la noche y el día, la Colonia estaba caracterizada por el régimen monárquico tiránico y por la Iglesia oscurantista, la República significaba libertad y progreso.

Para los historiadores conservadores y católicos, en cambio, la Colonia significaba cristianización y progreso cultural bajo la dirección de la Iglesia, mientras que la República significaba desintegración moral y opresión de las conciencias bajo el Estado laico y ateo.

Cada uno interpretaba la historia de Chile en función de la idea de libertad; sólo que el liberal identificaba la libertad con la libertad del individuo y con el progreso, mientras que el otro la identificaba con la libertad de la Iglesia o libre albedrío.

Quizás se pueda calificar a Jaime Eyzaguirre de conservador y tradicionalista, y de todos modos se le puede y debe identificar como católico. Sin embargo, él no continuó simplemente la línea trazada por un Luis Francisco Prieto del Río o un Carlos Silva Cotapos. Su visión es mucho más rica y diferenciada. Ciertamente destacó los aspectos ideales de la Conquista y del dominio español, y tuvo una actitud crítica frente a la progresiva liberalización y democratización de la República. Sin embargo, no estableció una simple contraposición entre Colonia y República, sino que hizo ver las líneas de continuidad que se mantuvieron a lo largo de los siglos. La así llamada Colonia no se acabó el 10 de septiembre de 1810, sino que se prolongó aun durante mucho tiempo durante el siglo XIX. El régimen portaliano sólo puede ser comprendido sobre el trasfondo histórico del período monárquico.

Se puede estar en desacuerdo con la visión hispánica "conservadora" de Jaime Eyzaguirre, pero se debe reconocer que gracias a su interpretación de la historia de Chile

nuestra visión del proceso histórico se ha enriquecido. Mejor que antes distinguimos ciertas líneas de continuidad que constituyeron, justamente, una característica fundamental de la historia de Chile y que hicieron que nuestro país independiente lograra pronto consolidarse como nación y empezara a definir su identidad.

Jaime Eyzaguirre fue un historiador y fue un hombre creyente. Y fue también un chileno que sintió un profundo y ardiente amor por Chile y por América.

En uno de sus más inspirados ensayos, *Hispanoamérica del dolor*, describió así el alma de América:

"América bárbara y cristiana. América la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la sangre noble de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América, una y doble, paradojal y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrarse, de vivir eternamente muriendo. Ésta es la América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás. Del choque de razas inconexas, de angustias dispares, ha brotado el alma de América hispana. Alma compleja y múltiple, rica como ninguna otra y apenas revelada aun en sus posibilidades".

Jaime Eyzaguirre consagró su vida a la interpretación del alma de América hispana que él tanto amó.

Jaime Eyzaguirre y la Historia del Derecho

Tras el estupor que en Chile y el extranjero causara la muerte de Jaime Eyzaguirre, vinieron los discursos y recuerdos. El "Boletín de la Academia Chilena de la Historia" número 80, de carácter extraordinario, y que lleva la fecha exacta del deceso del historiador —17 de septiembre de 1968—, fue dedicado a su memoria. Hállanse ahí los discursos fúnebres vertidos en su sepelio; diversos elogios académicos, producidos en diversas universidades y en la misma Academia (de la que había sido secretario desde 1935); artículos de prensa editados en Santiago, Concepción, Madrid, Valparaíso, Sevilla, en fin, en tantos lugares; y diversos otros acontecimientos vinculados con su desaparecimiento. También le fue dedicada la "Revista Chilena de Historia del Derecho" número 5, de 1969, en que aparece un homenaje debido a la pluma de Alamiro de Ávila Martel. La misma Universidad de Chile lo recordaba, dolida, al salir a la luz, en 1968, el número 2, correspondiente al año anterior, de "Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales", creados por el extinto. El Instituto de Historia, que él fundara en 1961 y del que fuera su primer director, publicó, en 1969, el número 8 de "Historia", que trae colaboraciones

de historiadores chilenos y extranjeros de máxima nombradía. Al reunirse en Santiago, en 1969, el Instituto Internacional de Historia del Derecho Indiano en su segundo congreso, uno de sus presidentes, Alfonso García-Gallo —el más grande historiador del derecho hispano hablante del presente siglo— le rindió cálido homenaje —extraño, por lo demás, en quien era de suyo parco soriano y poco dado a las adjetivaciones— de que quedó constancia en las actas de la 9ª sesión de 3 de octubre de ese año. Quedó también testimonio de las palabras recordatorias de Eyzaguirre que Ávila Martel pronunciara en la 8ª sesión de la mañana del mismo día. En otros ámbitos, una calle próxima al edificio central de la Universidad Católica de Chile recibió su nombre —que posteriormente le fue retirado— y una población lo recuerda hasta la fecha.

¿Quién era este personaje del que todos se hacían lenguas? Difícil resulta una definición, si se atiende a la cantidad de ámbitos que su quehacer abarcó. Sin desmerecer otros, podría decirse que lo que más impactaba de él era su claro carácter de maestro. Y lo era porque enseñaba, porque lo hacía con amor, porque su forma de transmitir conocimientos era excepcional, porque descubría cosas nuevas, porque era un ser íntegro y porque enseñaba a buscar.

Jaime Eyzaguirre enseñaba. No sólo tuvo vocación para ello, sino pasión por enseñar y a todos los niveles. Desde la fatigosa clase dada a estudiantes secundarios en el Liceo Alemán hasta la docta disertación en el aula universitaria, pasando por la capacitación de diplomáticos y la extensión en cursos de verano.

Pero enseñar se puede hacer de cualquier modo. Hay quienes apenas preparan sus clases, deshilvanado al desgaire unos saberes trasnochados. No así Eyzaguirre. Daba sus clases con bríos. Se notaba que estaba enamorado de lo que hacía y que vivía lo que decía. Este enamoramiento se traslucía en su constante alegría. Un chiste oportuno. Un llamado de atención irónico. Una vitalidad desbordante: jamás se sentaba; interrogaba sobre lo ya visto; preguntaba opiniones. Era la época de la llamada clase magistral. Y en él ciertamente era magistral. Lo recuerdo en las primeras lecciones suyas a que asistí en 1958. De impecable terno gris cruzado y corbata negra —estaba de luto por el fallecimiento de su madre—; en invierno alternaba un abrigo café, que utilizaba en días de lluvia, con otro, raglan de tweed gris, del que se despojaba con elegancia para iniciar la clase. La mano derecha descendía al bolsillo derecho de la chaqueta. La izquierda hacía el gesto de ensanchar el cuello de la camisa, un tic que alzaba su barbilla, y comenzaba a hablar. Eran sus palabras en un principio como un arroyo manso, que al ir como bajando por montuosas ondulaciones se va haciendo más vivo hasta acabar en una cascada estruendosa. Los alumnos, cautivados, no podíamos muchas veces hacer otra cosa que ovacionarlo. Había algunas clases suyas que eran clásicas. Los de otros cursos nos preguntaban en qué parte de la materia iba Eyzaguirre para saber cuándo se daría, por ejemplo, la clase sobre Portales. Se abarrotaba entonces la sala. Al término de su disertación era el delirio...

Siendo la forma de sus clases apasionante y la palabra elegante y precisa —no en vano era a la par que académico de la historia, de la lengua—, el fondo resultaba impactante. Para todos los que habíamos recibido en nuestras clases secundarias la permanente monserga del abuso de los españoles, de las clásicas causas de la Independencia y de tanta banal repetición del pensamiento histórico decimonónico, las palabras del maestro resultaban un cambio radical en la apreciación de los acontecimientos. Eyzaguirre no hablaba por boca de ganso. Lo que enseñaba lo había estudiado personalmente —era hombre de archivo— o había bebido en las fuentes más doctas y, en su momento, más al día.

Pero bien puede un hombre saber mucho, estar enamorado de lo que hace, hacerlo con brillo, y sin embargo faltarle un elemento vital: la autenticidad. Los valores que proponía: hidalguía, catolicismo, amor al prójimo, ver la vida como un lapso al más allá eterno eran vividos por él. Quizá sea la hidalguía, contrapuesta a la actitud meramente externa del *gentleman*, una de las virtudes en que más abundaba. Decía en la *Fisonomía histórica de Chile*: "Hidalgo es el hombre que sueña la aventura del bien y que tiene el honor muy a flor de piel, aunque apenas cubra ésta. Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad aunque le vaya en ello la hacienda o la vida. Hidalgo es el que tiene un ideal al que ajusta su existencia, sin que las transacciones interesadas o el temor le reduzcan el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos o atildados, sino el que vuelca hasta

afuera el hondo contenido del alma". Su vida entera no fue otra cosa que el cumplimiento cabal de esta meta. Desapegado totalmente de los cuidados terrenos, se sacrificó por pegar fuego al mundo transmitiéndole sus ideales. Y del mundo, los primeros en recibir esta quemazón fueron sus alumnos.

Creo que Eyzaguirre amó su tarea docente porque sus clases eran al mismo tiempo fin y medio. Un fin, porque le permitían dar a conocer aquello sobre lo que había investigado tanto —eran la culminación lógica de su trabajo científico—; un medio, porque le proporcionaban la oportunidad de hacer un apostolado de buena cepa. Y en esto no perdía oportunidad. ¡A cuántos alumnos se acercó dándoles un encargo de investigación para terminar conversando con ellos sobre verdades eternas! Siempre promovió la vinculación directa con sus alumnos. Por ejemplo, aunque no era obligatoria la interrogación oral —sobre todo si se considera que los cursos de Eyzaguirre eran numerosísimos— siempre se dio tiempo para tomar por lo menos una en esa forma. Para ello dividía el curso en grupos a los que asignaba una determinada fecha. De este modo conocía personalmente a cada uno de sus alumnos, lo que eventualmente era ocasión para una confidencia iluminadora. Terminadas las clases, se dirigía al centro caminando, rumbo a la librería *El Árbol*, en la que tenía alguna participación. Invariablemente lo acompañaban varios alumnos —recuerdo a Juan Esteban Correa, Carlos Aldunate, Sergio Cruz, yo mismo—. Se explayaba entonces en lo que había sido su clase, dando ejemplos, contan-

do anécdotas, aprovechando siempre la oportunidad de dar buena doctrina. No pocos terminamos asistiendo alguna vez a las reuniones que los días miércoles hacía en Seminario 40, su casa, donde rodeado de sus libros y tantos recuerdos de familia, explicaba amorosamente el Evangelio.

En esta tarea de enseñanza, la historia del derecho tenía una importancia grande. Eyzaguirre era historiador, jurista e historiador del derecho (en lo que se combinan ambas vertientes), si bien esta última calidad la controvirtió respecto de sí mismo. Aunque privilegió la historia, nunca dejó de estar presente en su actuar la formación jurídica. Esta característica suya la avizoró con singular agudeza Eugenio Pereira: "Sus estudios jurídicos —alianza frecuente en los historiadores chilenos— clarifican su visión histórica por los métodos de la interpretación, la construcción y la sistemática, etapas conceptuales de esta ciencia en el pensamiento de Radbruch. Hay en toda su obra constantes referencias a estas categorías jurídicas, y la noción de derecho, de ley emergiendo de la justicia, es punto céntrico de su pensamiento"[2]. La lógica de que hace gala Eyzaguirre en sus obras puede ser derivada de ese ordenamiento cerebral que brinda la carrera jurídica. Si miramos, por ejemplo, su *Historia de Chile. Génesis de una nacionalidad* (Santiago, 1965), podremos advertir esa lógica distribución de las materias en que, desde una aproximación inicial que da los grandes lineamientos del período, pasa a referirse a la estructura social, las formas económicas, la Iglesia y sus relaciones con el Estado, la vida cultural y la vida habitual, utilizando el mismo esquema para todas las etapas a que se refiere. Desperdigadas aquí y acullá se encuentran conceptualizaciones jurídicas como encomienda, dobla, merced, hueste, patronato, capitulaciones, explicación publicista de las vinculaciones entre Castilla e Indias, organización político-administrativa indiana, etc. En realidad, un libro de historia indiana es inconcebible sin referencia a los fenómenos jurídicos. En efecto, todo se materializaba en Indias a través de formas jurídicas. ¿Acaso no gobernaban los reyes a través de reales cédulas, provisiones, órdenes, decretos que son precisamente plasmaciones legales? ¿Acaso los virreyes y gobernadores no exteriorizaban su voluntad por medio de bandos y ordenanzas? ¿Acaso no manifestaban los obispos su sentir común mediante cánones conciliares que debían seguir un cauce jurídico para ser puestos en vigencia? Eyzaguirre, que conocía espléndidamente toda esta fenomenología, no podía desprenderse del derecho a la hora de escribir una historia general. Y con ello se aproximó a una situación muchas veces repetida: la de que historiadores del derecho dieran a luz excelentes historias generales, como fueron en España los casos de Manuel Torres López, Rafael Altamira y Luis García de Valdeavellano. Hubo, por otra parte, un historiador del derecho español que iluminó grandemente los estudios de Eyzaguirre: Manuel Giménez Fernández, experto en derecho canónico histórico, al cual debe algunas de las ideas que expresa en *Los presupuestos jurídicos y doctrinarios de la independencia de Chile*[3] y que desarrollara más tarde en *Ideario y ruta de la emancipación chilena*[4].

Dice Fernando Silva Vargas en la semblanza que hizo de Eyzaguirre al incorporarse como miembro de número en la Academia Chilena de la Historia, que éste nunca se consideró historiador del derecho: "...jamás se consideró un historiador del derecho. Frecuentemente conversamos sobre este punto y su opinión la daba con franqueza y modestia: era, a lo más, un profesor que explicaba un curso de historia del derecho"[5]. Que hubiera sentido preferencia por los temas de historia general no excluye que haya hecho aportaciones de interés a la historia del derecho, constituyéndose en un cultor de ella *malgré lui*.

Le debe la historiografía jurídica chilena el importante servicio de haber distinguido entre la historia de las normas jurídicas mismas —a la que se dio el nombre de historia del derecho, propiamente dicha— y la historia de las instituciones. Distingo éste que hacía Alfonso García-Gallo, para el cual las instituciones son "las situaciones, relaciones y ordenaciones básicas y fundamentales en la vida de la sociedad"[6] —como municipio, matrimonio, contrato, etc.— en que se encuentran tres elementos: situaciones de hecho, valoración y regulación, que es lo propiamente jurídico de la institución. O sea, el derecho es un elemento integrante de la institución y quien la estudie no podrá desentenderse de él; exponiéndose, si lo hace, a dejar trunca su investigación. Quiéralo o no, hará historia jurídica, aunque ponga el acento en otros aspectos[7]. Ello llevó a que en 1966 la cátedra que se llamaba Historia Constitucional de Chile, de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, pasara a denominarse Historia de las Instituciones Políticas y Sociales de Chile, continuando con el nombre de Historia del Derecho, la que existía desde 1902. Las monografías que el propio Eyzaguirre y sus discípulos publicaran en los dos números que tuvo "Estudios de Historia de las Instituciones Políticas y Sociales" inciden en el derecho y lo iluminan[8]. La realidad de la dedicación de esas cátedras a la historia jurídica hizo que, con posterioridad al fallecimiento de Eyzaguirre, se les diera a ambas la misma denominación: Derecho Histórico.

Al estudio de la historia del derecho se dedicó nuestro homenajeado desde 1932, en que fue designado ayudante de tal cátedra, regentada en la Universidad Católica por Alberto Cumming, autor de una meritoria investigación sobre la génesis y aplicación del reglamento constitucional de 1812[9]. Se enseñaba ahí historia del derecho, al igual que en la Universidad de Chile, desde 1902, habiéndose desempeñado como catedrático por espacio de treinta años Carlos Silva Cotapos, ese gran estudioso de la Iglesia chilena. Dos años más tarde era ya profesor auxiliar y en 1938, titular. Por esos años inicia su vinculación con el Seminario de Derecho Público de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile —fáciles, por lo demás, por la dependencia de la pontificia respecto de la estatal—. Reinaba ahí la egregia figura de Aníbal Bascuñán Valdés. Éste, tras brillantes estudios de doctorado en Madrid, donde había sido discípulo de Rafael Altamira, Galo Sánchez y Román Riaza, se había hecho cargo en 1932 de la cátedra de Historia del Derecho en la Universidad de

Chile, iniciando así lo que la posteridad llamaría la Escuela Chilena de Historiadores del Derecho. Las evidentes cualidades intelectuales de Eyzaguirre y su hombría de bien le abrieron las puertas de la institución laica. Bascuñán, de temperamento escéptico en lo religioso, pero profundamente tolerante de todas las ideas, acogió cariñosamente al católico Eyzaguirre. En el "Boletín del Seminario de Derecho Público", Nº 6, correspondiente al segundo semestre de 1935, publicó Eyzaguirre sus "Notas para la crónica social de la Colonia. El gremio de zapateros de la ciudad de Santiago". En 1937, en el Nº 9 del mismo "Boletín" aparece "un documento inédito sobre la centralización administrativa en la Colonia". Su preocupación apostólica lo incita a clavar una pica en Flandes al dar a luz en el "Boletín" Nº 10 de 1938 "El mundo social del hombre primitivo", en que se traslucen los conocimientos antropológico-culturales que le fueran transmitidos por los profesores del Liceo Alemán, integrantes de la escuela del *Kulturkreise* o Escuela Antropológica de Viena. Esta corriente antropológica difusionista, uno de cuyos grandes exponentes fue Martín Gusinde, tan vinculado a Eyzaguirre, contradecía a la escuela evolucionista en que militaron Tylor, Frazer, Marx y tantos más, procurando demostrar la falsedad del postulado de éstos sobre la evolución unilineal de las sociedades. En 1940, un nuevo estudio tendiente a abrir horizontes espirituales en la universidad laica es publicado en el Nº 14 del referido "Boletín": *Moisés y la religión monoteísta de Sigmund Freud*. Habrá que esperar hasta 1951 para verlo incorporado en la Universidad de Chile como profesor extraordinario de Historia Constitucional de Chile, siéndolo desde 1953 de Historia del Derecho.

Sin perjuicio de la directa contribución que hace Eyzaguirre al conocimiento de la Historia del Derecho a través de la mayor parte de sus obras[10], hay que destacar el esfuerzo de síntesis que hiciera para poner al alcance de sus alumnos unos textos apropiados para el estudio. Nacieron así *Fuentes para la historia del derecho chileno* I (Santiago, 1952), colección miscelánea de documentos sobre enseñanza del derecho, alcaldes de Santiago y contratos de trabajo; *Historia del derecho* (Santiago, 1959), con numerosas ediciones, que desde 1967 vienen extraordinariamente recortadas[11]; *Historia Constitucional de Chile* (Santiago, 1952) y su sucesora, *Historia de las instituciones políticas y sociales de Chile* (Santiago, 1966).

En la Universidad Católica, además de la cátedra señalada, se ha de dedicar desde 1941 a impartir Historia Constitucional de Chile, disciplina que, al fusionarse en 1954 con la de Historia del Derecho, pasó a denominarse Historia del Derecho Chileno. Será en esta universidad donde, a mi juicio, lleve adelante Eyzaguirre su mayor aportación a la historia jurídica nacional. Lo hará promoviendo el estudio de campos que nadie antes había explorado. Y así nacerán vocaciones próceres para la historia del derecho o para la historia general. En 1952 aparece *El derecho de asilo eclesiástico en el reino de Chile*, de Mario del Valle Muñoz, que viene a complementar las memorias que sobre derecho procesal, penal y procesal penal se habían

hecho en la Universidad de Chile. En 1953 hallamos *Régimen legal del ejército en el reino de Chile. Notas para su estudio*, de Roberto Oñat y Carlos Roa, que inaugura la serie de *Estudios de historia del derecho chileno* que la Universidad Católica publicó aprovechando su independencia respecto de la de Chile. Con ella se completan aspectos no tratados en la memoria sobre derecho procesal penal indiano que realizara en la Universidad de Chile, Pedro Toledo Sánchez. En 1954 hace su estreno *Los estudios jurídicos y la abogacía en el reino de Chile*, maciza, insuperada e insuperable obra de Javier González Echenique. De 1955 es *La justicia comercial en el reino de Chile. Notas para su estudio*, de Sergio Riveaux Villalobos, en que se hace un adelanto en el conocimiento del consulado chileno. A 1956 pertenece *Ensayo sobre las causas constitucionales de la Revolución de 1891*, de Patricio Figueroa Serrano. 1957 aporta dos memorias: *Notas sobre la condición legal del extranjero en el reino de Chile*, de Tulio Vivanco Sepúlveda, donde se aborda un tema virgen en nuestro medio, y *El africano en el reino de Chile. Ensayo histórico-jurídico*, con que se lanzaba a estos estudios quien llegaría a ser el más diestro historiador del período posterior a 1891, Gonzalo Vial Correa. Otro brillante historiador nace bajo la cercanía intelectual de Eyzaguirre: Fernando Silva Vargas, con *Tierras y pueblos de indios en el reino de Chile. Esquema histórico-jurídico* (Santiago, 1962). De más está magnificar su importancia, de todos conocida. Esta memoria y la de Ágata Gligo Viel, *La tasa de Gamboa* (Santiago, 1961) fueron galardonadas con el premio Ricardo Levene, que

una severa comisión discernió en 1965. El 28 de mayo de ese año, Fernando Silva Vargas, al agradecer a nombre de Gligo y suyo este premio, dijo: "Lo que en verdad es importante, lo que en realidad ha sido distinguido con este premio, no es tanto nuestra labor cuanto la realizada por un instituto que, por la calidad y dedicación de sus integrantes, constituye un centro de atracción para quienes han sido tocados por inquietudes de esta índole. El Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, órgano coordinador e impulsor de todos los trabajos que sobre el tema se efectúan en esa casa de estudios, es la obra del profesor Jaime Eyzaguirre"[12]. Se enriquecerá la bibliografía histórico-jurídica con otras obras en 1966: *La Encomienda indígena en Chile durante el siglo* XVIII, de María Isabel González Pomés, publicada en "Historia" Nº 4 (Santiago, 1966), en que se clarifica el período terminal de esa institución indiana y *El juicio de residencia en Chile durante el siglo* XVIII, de Emilio Jarpa Díaz de Valdés.

Puede apreciarse, pues, que en los catorce años que corren entre 1952 y 1966, bajo la dirección de Eyzaguirre, que señalaba derroteros promisorios, se van acumulando trabajos macizos y, lo que sea quizá más importante, configurándose serias vocaciones históricas. Esto es lo que produce un verdadero maestro. He examinado cuidadosamente los informes de Eyzaguirre recaídos en estas tesis con el objeto de obtener algunas pautas sobre su criterio al respecto. Llama la atención, primeramente, el cuidado por la elección de los temas; éstos debían ser novedosos, como efectivamente lo son en la mayor parte de los casos. Si

hubiera algún precedente, era de rigor acabar con lugares comunes triviales y repetitivos. Por ello es que se imponía un estado de la cuestión en que se analizara cabalmente lo que se había dicho sobre el tema, y lo que debía ser sometido a crítica desmistificadora. El método de la investigación, en seguida, contaba enormemente: el autor había de recorrer cuantos manuscritos hubiera en relación al tema en el Archivo Nacional, Fondo Medina y otros repositorios. A esta fundamentación documental debía ir unida una apreciación sagaz de los documentos y los acontecimientos en ellos involucrados. Documentos éditos e inéditos debían llevar glosa juiciosa que los esclareciera, ubicándolos en el lugar que criteriosamente les correspondiera. Sin caer en extremismos preciosistas, la bibliografía era de rigor fuera consignada con la precisión pertinente. De todo ello debía derivar una reconstrucción adecuada del pasado jurídico. No el legalista, pues tanto por la experiencia de los estudios de la Universidad de Chile como por los de la Católica se había concluido que solía haber un cierto divorcio entre la ley y la realidad. Hay preocupación por las demás fuentes del derecho como la costumbre y la jurisprudencia, haciéndose algunos escarceos —como en la memoria de González Echenique— en la literatura jurídica. La vinculación genética de las instituciones indianas con las españolas debía ser sometida a análisis, siendo muy necesaria la debida comprensión de la interacción entre unas y otras normas. Valores como relaciones humanas adecuadas, espíritu caballeresco, desprendimiento, exaltación de la fe cristiana, justicia y otros

que eran caros al maestro resultan debidamente aquilatados en estas obras. La forma, por último, era tomada en cuenta instrumentalmente, prefiriéndose la concisa sencillez de la expresión al ripio barroco. Un ejemplo, en suma, de metodología histórico-jurídica a la que no debe ser ajena la formación germánica debida a temprana edad. Ante ello, ¿puede creerse que Eyzaguirre no haya sido un consumado historiador del derecho?

El mundo jurídico es el mundo de la contradicción entre el ser y el deber ser. Esta contradicción, que es ínsita al ser humano, se hace tanto más acuciante en el fenómeno del derecho. Hay una norma y se produce, casi por determinismo, su violación. Por eso dice el refrán popular: "Hecha la ley, hecha la trampa". Esta angustia existencial que produce el derecho se corresponde con aquella angustia a la que tantas veces se refiriera magistralmente Eyzaguirre en sus clases: la del barroco. El hombre del barroco —prototipo en muchos aspectos de todo ser humano, incluido el de hoy— conocía muy bien lo que debía hacer; pero el peso de la carne, las miserias propias de la naturaleza caída lo llevaban a la violación de lo debido, a la ruptura del mandamiento produciendo en él una angustia que, sin embargo, no era aplastante, ya que presentía la salvación a través del Verbo encarnado. Leemos en la *Historia* de Eyzaguirre: "En la obra clásica todo aparece sereno, definitivo; en la barroca, agitado, inconcluso. En la primera pesan el triunfo de la inteligencia y la seguridad del poder omnisciente del hombre; en la segunda se advierte el contraste del suceder humano, que se abre traba-

joso camino entre el bien y el mal, que no encuentra término y sosiego en la tierra, pero que busca en esta brega dramática ganar el cielo. La razón y la vida, la esencia y la existencia se dan en semejante actitud estrecha cita"[13]. Quien tales palabras escribiera caló hondo en uno de los más medulares problemas a que se ve enfrentado el estudioso del devenir jurídico: determinar la norma vigente en un momento dado y su real aplicación en un medio en que luchan dialécticamente bien y mal, ser y deber ser. En pocas disciplinas —como en la Historia del Derecho— se halla investido el investigador del poder de apreciar con tintes tan dramáticos, el entrechoque de elevados sentimientos y mezquinos intereses. Por eso puede decirse con propiedad que Eyzaguirre y sus seguidores abrieron amplio surco para la debida apreciación de uno de los misterios más insondables del ser humano: el de su libertad.

NOTAS

1. En "Revista Chilena de Historia del Derecho", nº 6 (Santiago, 1970), pp. 39 y 42.
2. PEREIRA SALAS, EUGENIO, *Jaime Eyzaguirre, perfil de un historiador*, en "Boletín de la Academia Chilena de la Historia", nº 80 (Santiago, 1968), p. 43.
3. En *Historiografía Chilena*, separado del número extraordinario de la revista "Atenea" publicada por la Universidad de Concepción, con motivo de sus 25 años de vida. (Santiago, 1949), pp. 182-238. De él cita *Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España* (Sevilla, 1948) —en la p. 188— y en la nota 18, en p. 209 dice: "El afloramiento de las doctrinas políticas de la escolástica española en las horas iniciales de la revolución americana, ha sido subrayado por el profesor de la Universidad de Sevilla don Manuel Giménez Fernández, en un magnífico e interesante estudio titulado: "Las doctrinas populistas en la independencia de Hispano-América" (Escuela de Estudios Hispano-Americanos), que nos ha guiado certeramente en la confección de nuestro trabajo".
4. En la 3ª edición de 1972 pueden consultarse las citas 8, de p. 21; 15, de p. 27; 16, de p. 28; y 85 de p. 105.
5. SILVA VARGAS, FERNANDO, *I. Semblanza de Jaime Eyzaguirre. II. El motín de las alcabalas. Discurso de incorporación del académico de número D.* (...), en "Boletín de la Academia Chilena de la Historia", nº 86 (Santiago, 1972), p. 18.
6. GARCÍA-GALLO, ALFONSO, *Manual de historia del derecho español*, 2ª ed. (Madrid, 1964), T. I, pp. 1-2; 3ª edición (Madrid, 1967), T. I, p. 1.
7. Sobre el tema puede consultarse Tau Anzoátegui, Víctor, *Instituciones indianas y derecho indiano. Pautas para la enseñanza de la historia del derecho indiano*, en "Revista Chilena de Historia del Derecho", nº 6 (Santiago, 1970), pp. 49-62.
8. Así, el de Carlos Ugarte, *El Cabildo de Santiago y el comercio exterior del reino de Chile durante el siglo XVIII* trata de la regulación que el municipio santiaguino hace respecto de dicho comercio; el de Fernando Silva, *Los ferrocarriles salitreros de Tarapacá durante el gobierno de Santa María* versa sobre privilegios peruanos, caducidad, interpelaciones par-

lamentarias al efecto, intervención del Consejo de Estado, etc., que son temas jurídicos. Largo sería referirse a todos los estudios en los cuales el tema jurídico es estelar.

9. Cumming, Alberto, *El reglamento constitucional de 1812*, en "Revista Chilena de Historia y Geografía", nº 9 (Santiago, 1913), pp. 214 y ss.
10. Puede verse la bibliografía que publicara su discípulo Horacio Aránguiz Donoso: *Jaime Eyzaguirre, maestro*, en "Boletín de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile", Cuarta Época, vol. viii, nº 8 (Santiago, 1968), pp. 91 y ss. Entre otras aportaciones al campo histórico-jurídico no deben ser dejadas en la sombra las muchas que versaron sobre historia del derecho internacional público, las que desde *Privilegios diplomáticos. Síntesis histórica y de legislación comparada* (Santiago, 1932) aparecen periódicamente en la creación del maestro.
11. De 297 páginas que tenía la edición de 1966 pasa a tener sólo 203 en la de 1967.
12. En "Revista Chilena de Historia del Derecho", nº 4 (Santiago, 1965), pp. 338-339.
13. Pp. 143-144.

Jaime Eyzaguirre, historiografía chilena y conciencia nacional en el siglo XX

Es un honor para mí haber sido invitado a tomar la palabra con ocasión del vigésimo quinto aniversario de la muerte de este ilustre historiador. Muchas personas más autorizadas que yo podrían ocuparse de su personalidad y de sus obras. Desde luego sus discípulos, porque Jaime Eyzaguirre es uno de los escasos historiadores chilenos que dejó buen número de ellos y no pocos brillantes. Algunos tan destacados como Gonzalo Vial o Javier González, Fernando Silva o José Armando de Ramón, Horacio Aránguiz o Patricio Estellé[1].

Personalmente no tuve la fortuna de contarme entre sus discípulos. Fui uno más entre los numerosos asistentes a sus conferencias, que de ordinario atraían un nutrido auditorio. Más aún, recuerdo una ocasión en que, sin pertenecer a su curso, entré a una de sus clases y tuve el privilegio de escucharlo. Por muchas razones no he olvidado el tema de que trató: el ideal político de San Martín. Toda la exposición parecía dirigida a quien en la actualidad, a la vista de la historia posterior de América, compartiera en gran medida ese mismo sentir.

Contacto más personal con él tuve en diversas ocasiones en que hablamos de distintos temas. Era un gran conversador, casi tanto como profesor o conferenciante. Algunas veces nos encontramos casualmente en la librería *El Árbol*, situada en la calle Moneda, junto a la iglesia de las Agustinas. Allí, alrededor del mediodía, solían juntarse en amena charla algunos de sus amigos y conocidos. En otras ocasiones sostuvimos animados diálogos, caminando por la Alameda en dirección a su casa, a la entrada de la calle Seminario, los que tendían a derivar naturalmente en monólogo debido a lo disparejo de los interlocutores. Incluso tuve el honor de ser recibido en el seno de su hogar, en calidad de amigo de sus hijos. Claro que ésas no eran ocasiones para enfrascarnos en una conversación.

De él recibí, no recuerdo en qué oportunidad, un consejo que en ese momento no supe apreciar en absoluto, pero que, a la postre, se ha revelado visionario. Me dijo: "Preocúpese de enseñar las *Siete Partidas*. Yo no he podido hacerlo, pero es indispensable tratar a fondo ese tema en un curso de Historia del Derecho". Ha transcurrido no sé si un cuarto de siglo o más. Su prematura muerte dio lugar a que, previo el concurso del caso, le sucediera en su cátedra de Historia del Derecho en la facultad correspondiente de la Universidad de Chile; y a estas alturas he podido ver cómo precisamente el estudio del Derecho Común en el Viejo y el Nuevo Mundo, ha pasado a primer plano a uno y otro lado del Atlántico. El nexo natural entre ambos aspectos son las *Partidas*, obra cumbre del

Derecho Común europeo que tuvo en Hispanoamérica dilatada vigencia, tanto en el espacio como en el tiempo. Personalmente creo que esta sugerencia está, de algún modo, en el origen de un libro publicado dos décadas después de su muerte, *Derecho común y derecho propio en el Nuevo Mundo* (Santiago, 1989). Pero tal vez lo más impresionante es que en la actualidad nuestra Facultad de Derecho es conocida en América y en Europa, ante todo por el cultivo de ese Derecho Común, sin el cual es imposible entender la codificación en el siglo pasado, y en el siglo actual la descodificación. En este sentido, no puede negarse que la sugerencia fue clarividente.

Si el hecho de no ser discípulo suyo me quita autoridad para hablar del maestro, esta deuda y la circunstancia de servir actualmente la que fuera su cátedra, me animan para hablar al menos de su obra: de la significación de Eyzaguirre dentro de la historiografía chilena y de su aporte al fortalecimiento de la conciencia nacional.

I. OBRA HISTORIOGRÁFICA

Los estudios históricos de Jaime Eyzaguirre abarcan cronológicamente una secuencia que se extiende desde el siglo XVI hasta el XX. Se centran en Chile, al que más de una vez llamó *patria chica*, pero tienen en todo momento como trasfondo a Hispanoamérica, a la que mira como *patria grande*[2].

La serie se abre con *Ventura de Pedro de Valdivia*, publicada en 1942[3] con ocasión del IV Centenario de la Fundación de

Santiago, y se cierra con *Chile en el siglo xx. 1901-1965*, aparecido en "El Sur" de Concepción en 1966[4].

En términos generales su bibliografía, estudiada por Horacio Aránguiz[5], comprende, aparte de nueve libros, numerosos estudios y artículos publicados entre 1929 y 1968, que representan una parte muy substancial de su obra. Valdría la pena reeditar estos escritos dispersos, como primer paso para publicar sus obras completas. En forma póstuma apareció en 1974 la segunda parte de su *Historia de Chile*.

Un rápido repaso cronológico de sus libros nos permite reconstruir, en cierto modo, su itinerario como redescubridor del pasado de Chile e Hispanoamérica.

Después de la biografía de Valdivia, el fundador, vino en 1946 la de *O'Higgins*, el libertador[6]. Entre una y otra publicó el pequeño opúsculo *Hispanoamérica del dolor*[7], que viene a ser una fisonomía histórica de esta América morena que, en palabras de Rubén Darío, "aún reza a Jesucristo y aún habla en español"[8]. Allí se ocupa del nexo que enlaza ambos temas, la Conquista y la Independencia. La primera se remite al origen común, a lo que une entre sí a los pueblos iberoamericanos. La Independencia, en cambio, "fue ante todo la etapa culminante de un hondo proceso de desintegración cultural"[9], como lo atestigua la imitación de modelos extranjeros y la desunión entre estos pueblos que comparten un mismo origen y un mismo patrimonio cultural.

A continuación publicó en México, *Fisonomía Histórica de Chile*[10] y otros dos libros dedicados a la Independencia, *El Conde de la Conquista*[11], a través de cuya estirpe vuelve a unir la época fundacional con la de emancipación y una obra laboriosamente trabajada a lo largo de varios años, pues un primer anticipo de ella apareció ya en 1949 en "Atenea"[12]: *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, que vio la luz en 1957[13]. Allí analiza la Independencia a la luz de los textos y actuaciones de sus protagonistas en un intento de determinar cómo sucedieron realmente las cosas, al margen de interpretaciones, mezcla de mito y realidad, que hasta entonces circulaban como moneda corriente. Eyzaguirre pone a la luz el curso de los hechos, que muestra un deslizamiento del autonomismo al separatismo.

El mismo año se imprimió el volumen, dedicado a la presidencia de Errázurriz Echaurren 1896-1901, que marcó un hito en la historiografía chilena[14]. Hasta ese momento, por una de esas convenciones tácitas, se consideraba que la historia de Chile sólo podía hacerse hasta 1891. En esa fecha se había detenido Encina[15] y se consideraba que no había perspectiva ni distancia suficiente para ir más adelante. Eyzaguirre fue el primero en saltar la valla con una obra histórica de mayor alcance que simples estudios o artículos. Entre éstos contaba con un precedente tan notable como los publicados por Alberto Edwards, en "El Mercurio" en 1927, reunidos el año siguiente en un volumen bajo el título de *La fronda aristocrática*[16]. La biografía de Errázurriz Echaurren, más que el retrato del Presidente, es un intento de pintar al Chile del *fin de "siècle"*.

La siguen algunos escritos relativos a la familia Eyzaguirre. En 1960, *Archivo Epistolar de la familia Eyzaguirre, 1747-1854*[17], colección documental hecha con paciencia, rigor y piedad hacia sus ancestros, muy útil para la historia de Chile en la centuria que corre entre mediados del XVIII y mediados del XIX. El año siguiente apareció *El alcalde del año diez*, fina semblanza de Agustín de Eyzaguirre[18].

Como broche de sus biografías y de sus numerosos estudios monográficos menores, vino una obra de síntesis, la ya mencionada *Historia de Chile*, que pasó a ser como su testamento espiritual. El primer volumen apareció en 1965 y el segundo y último, como se dijo, póstumamente en 1974.

II. EL HISTORIADOR

Esta rica obra historiográfica muestra a Eyzaguirre como un historiador. Uno de sus discípulos, Fernando Silva Vargas, ha dicho que el propio Jaime le confesó que "jamás se consideró un historiador del derecho"[19]. En realidad, se consideró un historiador a secas. Aun como tal, agrega el mismo Silva Vargas, "no era un historiador profesional"[20]. Esto hay que entenderlo bien. No como una negación de que Eyzaguirre haya hecho del estudio de la historia su profesión, pues su cultivo fue la gran tarea de su vida, sino más bien como una manera de destacar que fue un autodidacto. Él, que dejó tantos discípulos, no tuvo maestro. Se abrió camino por sí mismo en el estudio del pasado, al

igual, por lo demás, que la mayoría de los historiadores chilenos.

Eyzaguirre no se formó en la escuela de ningún otro investigador, pero él mismo dejó tras de sí una suerte de escuela, cuyos integrantes han seguido sus huellas y que continúa viva a través de sus discípulos directos y de los discípulos de éstos. En todo caso, entre ellos no hay más que cierta afinidad intelectual, sin que se sientan en modo alguno atados a las posiciones o métodos de quien reconocen como su maestro. De todas formas, esta descendencia intelectual de Eyzaguirre, más bien que escuela, es, por el número y calidad de las obras producidas, la mayor que hasta ahora se conoce en la historiografía chilena. En este sentido, Eyzaguirre ha llegado a ser una figura clave de ella. Como tal ha sido y es, a veces, discutido, lo que, por otra vía, recalca su vigencia actual.

En cuanto investigador, no se interesó mayormente por la historia mundial. Pero siempre la tuvo en cuenta como trasfondo de la historia nacional y de la historia americana. Para decirlo con sus propias palabras, "sólo liberando la visión del pasado de un hermético provincianismo y ensimismamiento, e integrándola en el plano de la cultura de Occidente, se ilumina la visión del suceder colectivo y se le introduce en el cauce de la historia universal"[21]. Un ejemplo de aplicación de este criterio son los apartados introductorios de cada parte en su *Historia de Chile*, dedicados al espíritu de la época. El centro de sus afanes como estudioso del pasado fue Chile, pero encuadrado dentro

del marco hispanoamericano, en una palabra, la historia de Chile y la historia de América.

III. HISTORIADOR EN UN PAÍS DE HISTORIADORES

Como historiador en un país de historiadores, Eyzaguirre se inserta dentro de una larga tradición. Dentro de ella asume una posición revisionista, a menudo polémica. Por eso, para situar debidamente su obra dentro de la historiografía chilena, es menester una rápida alusión a las grandes etapas de esta última. Este recuento resulta indispensable porque nuestro autor rompió con la visión histórica prevaleciente en su tiempo y, en cierto modo, volvió a entroncar con otras anteriores.

En términos generales, cabe distinguir cinco etapas. La serie se abre con la historiografía barroca en los siglos XVII y XVIII. Le siguen la erudita en la época de la Ilustración y la europeizante, a partir de la segunda mitad del siglo XIX. A continuación, desde la década de 1920 se abre paso el revisionismo, dentro de la cual se sitúa Eyzaguirre. Con posterioridad parece discernirse otra etapa reciente a la que podríamos llamar nacional.

Las más tempranas manifestaciones de una historiografía chilena provienen de la época del barroco. Entonces se escriben las primeras historias de Chile. Los autores se preocupan más que nada de la tierra, de la gente y de sus hazañas, principalmente guerreras. Como máximo representante de este modo de hacer la historia puede señalarse a Diego de Rosales[22]. La misma preocupación patria anima la historiografía erudita de fines del siglo XVIII y principios del XIX, pero ello tiene mayor sentido crítico de la base documental del relato. Sus principales exponentes son Pérez García y Carvallo y Goyeneche[23].

En contraste con las anteriores surge en Hispanoamérica, después de la Independencia, una historiografía europeizante[24]. Lo distintivo de ella no es tanto el rigor documental como el modo de trabajar los testimonios. Parte por atribuir un sentido fundacional a la emancipación y, en consecuencia, por descartar en bloque todo lo anterior, los tres siglos que corren desde el descubrimiento hasta la Independencia. De ahí que presente la historia patria dividida en dos épocas de signo contrario. Antes de la Independencia, Hispanoamérica fue mantenida en la ignorancia, la opresión y el retraso. Con la Independencia ha triunfado la razón, la libertad y el progreso.

Tal vez nada refleje mejor esta visión en blanco y negro que la aplicación de los términos *colonia* y *colonial* a los países iberoamericanos antes de la Independencia y, en general, a toda su cultura en esa época[25]. La leyenda negra antiespañola, muy difundida entonces, vino a dar una apariencia científica a esta calificación del período indiano como colonial, y, por lo mismo, obscurantista, represivo y retrógrado. Sobre España se hace caer una doble condena, por tiranía en lo político —trescientos años de opresión de los pueblos americanos— y por fanatismo en lo cultural, a causa de la defensa y difusión de la fe católi-

ca[26]. La conocida frase *progresar es despañolizarse*[27] sintetiza muy bien la actitud descalificadora del propio pasado de la historiografía europeizante. Trasunta una crisis de identidad que hace del chileno, y en general del hispanoamericano, un hombre inseguro, carente de confianza en sí mismo y, por ende, volcado hacia afuera, necesitado de modelos extranjeros que imitar. En una palabra, el progreso de la patria se cifra en dejar de ser lo que uno es, para ser lo que otros son, vale decir, lo que son las potencias a las que entonces se tenía por modelo, Inglaterra, Francia y, después de la guerra de 1870, Alemania.

IV. HISTORIOGRAFÍA EUROPEIZANTE

Entre los principales representantes de esta historiografía en Chile, está Diego Barros Arana. Unos párrafos de una carta suya a Miguel Luis Amunátegui nos dispensan de mayores explicaciones acerca de su criterio como historiador. Allí es él mismo quien habla. Transcribe el siguiente pasaje de otra carta de 6 de diciembre de 1873, que ha recibido de Courcelle Seneuil:

> "En realidad este vicio de mentir por sistema es más antiguo que los jesuitas, que lo han perfeccionado. Es un hábito cristiano, confesado por el primer historiador de la Iglesia, Eusebio de Cesarea. Se ha pretendido que el cristianismo habría purificado las costumbres, abolido la esclavitud, etc., y todo esto

> nos lo han hecho creer sin examen ni discusión. Pero todo ello no es más que una simple broma. Todo lo que veo de nuevo en el mundo, después del cristianismo, es más arte y aplicación en la mentira, más amargura y aspereza en el odio, un refinamiento más exaltado en el egoísmo. Se encuentra otra cosa en los evangelios y en las actas de los apóstoles; pero también se encuentra esto; y es esto lo que ha prevalecido, como lo enseña la historia. La moral cristiana, que no es por cierto la última palabra de la perfección, existía toda entera antes del cristianismo. ¿Para qué ha servido entonces esta institución? Simplemente para presentar a los salvajes, que acababan de destruir la civilización grecorromana, leyendas apropiadas a su estado intelectual, para domarlos un poco, esperando que ellos se hiciesen capaces de llegar a esa civilización, más allá de la cual el cristianismo les impide elevarse ahora.
>
> "Éste es el modo como yo entiendo la historia. ¿Estoy equivocado? Sé que actualmente sería peligroso publicarlo; pero creo que será indispensable enseñarlo antes de mucho tiempo".

Hasta aquí las palabras del economista francés. Por su parte, Barros Arana declara estar plenamente identificado con esta manera de ver la historia que responde a su propio sentir. Así lo confiesa a Amunátegui, después de copiar el pasaje de Courcelle Seneuil: "Te transcribo estas líneas —le dice— porque he tenido un verdadero placer en

hallar formuladas con tanta precisión y seguridad las ideas que el estudio de los hechos me había hecho concebir, pero a los cuales no había podido dar una forma tan concisa y clara"[28].

Tal era el criterio histórico de la escuela europeizante. El cristianismo y España no valían nada. Por tanto, tampoco la obra civilizadora del Nuevo Mundo. Las propias creencias y el propio pasado no eran más que un lastre del que había que liberarse lo más a prisa posible, para alcanzar así el progreso tal como se entendía en los países a los que se miraba como más avanzados. Bajo este prisma escribió Barros Arana su monumental *Historia general de Chile*, en dieciséis volúmenes, de los cuales el primero apareció una década después, así como su *Historia de América* y, en general, toda su obra.

De más está decir que este enfoque característico de toda una etapa historiográfica, dista de ser unánime. Junto a sus sostenedores encontramos no pocos historiadores ajenos a él —como Crescente Errázuriz (1839-1931) en Chile[29]— o decididamente opuestos, que lo combaten denodadamente, como Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912). Este autor se dio a la gran tarea de reivindicar el papel de España en la historia, particularmente durante la Edad Moderna, como defensora de la fe frente al protestantismo en Europa y misionera en ultramar. Su monumental *Historia de los heterodoxos españoles*, en tres volúmenes (1880-1882), le convierte en uno de los iniciadores de esa autoafirmación de los pueblos hispánicos[30].

V. REVISIONISMO HISTÓRICO

Dentro de este clima en el que las críticas contra la historiografía europeizante comenzaban a cobrar cada vez más cuerpo, inició Eyzaguirre su labor. De este modo, cuando sus primeros pasos como investigador le condujeron a hallar puntos flacos en la visión europeizante, no le fue difícil dar con autores y obras que le mostraran el camino para hallar la explicación de tantas incongruencias. Así, no tardó en caer en la cuenta de que no bastaba con acopiar y utilizar un rico material documental si no se lo sabía manejar, si en lugar de entenderlo a la luz de los supuestos de su propia época, el historiador proyectaba hacia atrás esquemas mentales de la suya. Así habían procedido quienes erigieron el ideario decimonónico en regla y medida del pasado, haciendo violencia a los textos y a los hechos.

En esta actitud crítica, rigurosa, respetuosa del dato y del documento, Eyzaguirre no está solo. Se encuentra acompañado por una corriente historiográfica hispanoamericana, por entonces ya bastante perfilada, que sometía a revisión los métodos y resultados de la historiografía europeizante. Se la ha llamado precisamente *revisionismo histórico*[31]. En Chile viene a ser una cuarta etapa dentro de la historiografía nacional.

Entre sus representantes anteriores a Eyzaguirre, se encuentran figuras tan disímiles como los mexicanos Toribio Esquivel Obregón (1864-1945) y Carlos Pereyra (1871-1942); el brasileño Alberto Torres (1865-1917); el francés

Marius André (1868-1927); los venezolanos Laureano Valenilla Lanz (1870-1936) y Rufino Blanco Fombona (1874-1946); el español Julián Juderías (1870-1918); el uruguayo Luis Alberto Herrera (1873-1959); el chileno Alberto Edwards (1874-1932); y, más próximos en el tiempo, el mexicano José Vasconcelos (1882-1959); el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946); los argentinos Rómulo Carbia (1885-1944), Ricardo Levene (1885-1969) y Roberto Levillier (1886-1963); los peruanos Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966), José de la Riva Agüero (1885-1944) y Rubén Vargas Ugarte (1886-1975), y el portugués Antonio Sardinha (1887-1925).

Formado en Marx y en Maurras, Pereyra fue un historiador apegado a los hechos, los datos, los documentos, rigor que es, en cierto modo, la antítesis de la tendencia a aventurarse en arriesgadas interpretaciones librescas, a que eran tan proclives los historiadores de la corriente europeizante[32]. A través del escrutinio de las fuentes y de la bibliografía fue descubriendo, sin proponérselo, paso a paso, los puntos débiles de esa historiografía: "Por vías indirectas y revisando informaciones antiespañolas de historiadores a quienes consideraba en posesión de la verdad, se le fueron despertando los sentimientos de admiración por la colosal obra española realizada en América. La duda le acompañó siempre e hizo que su esfuerzo tuviera toda la desinteresada fuerza de su origen intelectual[33].

Frutos de este revisionismo fueron obras tales como *El mito de Monroe* publicado en 1916[34] y la *Obra de España en América*, aparecida en 1920, cuya reimpresión en Chile

por Editorial Difusión fue promovida por Jaime Eyzaguirre[35]. La deuda suya para con el historiador mexicano es patente a través de sus escritos, como por ejemplo *Hispanoamérica del dolor*[36]. Unas veces lo cita y otras lo sigue sin nombrar, como ocurre en este caso, ya que se trata de un estudio aparecido en una revista no especializada. Esta despreocupación por indicar las fuentes que maneja no significa desconocer la relevancia del aparato crítico que, lejos de ser un adorno erudito, es un medio de mantener el diálogo entre los diversos investigadores de un mismo tema, incluso separados en el tiempo y en el espacio.

No obstante, es fácil reconocer los vínculos suyos con otros historiadores revisionistas. Tal es el caso de *El fin del imperio español en América*, de Marius André[37], cuya versión española aparece por los mismos años que *La obra de España en América* de Pereyra. El momento es significativo porque coincide con el ocaso de los grandes paradigmas europeos, supremo ideal de la historiografía europeizante. Este ocaso se abre por 1920 con el derrumbe del liberalismo y culmina por 1990 con el derrumbe del socialismo.

No menos claro es el nexo de Eyzaguirre con el chileno Alberto Edwards, cuyos *Apuntes sobre la organización política de Chile*, aparecidos originalmente en 1913 y 1914 en la "Revista Chilena de Historia y Geografía", Eyzaguirre los hizo republicar por la mencionada Editorial Difusión chilena en 1943[38]. Edwards fue en Chile un verdadero iniciador del revisionismo histórico. En esos apuntes había roto con el mito de que el pasado anterior a la Independencia no valía nada. Sostuvo, por el contrario, que el

modelo del presidente de la República estaba en los presidentes chilenos de la época indiana, como Manso de Velasco, Amat o el gran O'Higgins, padre del libertador. Más aún, buscó la explicación de esa estabilidad política que distingue a Chile bajo la República entre los demás países de América española, en sus instituciones bajo la monarquía[39]. Ya mencionamos su principal obra, *La fronda aristocrática*, publicada en 1928, de la que se sirvió Eyzaguirre para internarse en la historia institucional de Chile independiente.

Otros libros aparecidos por la misma época contribuyen a abrir el surco dentro del cual desarrolló su labor. Prácticamente todos fueron conocidos por él, algunos muy tempranamente. En 1913 aparece *La Leyenda Negra*, de Juderías[40]; por 1920, *El conquistador español del siglo XVI*, de Blanco Fombona[41], y la *Introducción a la historia del derecho indiano*, de Levene[42]; en 1925, *La raza cósmica*, de Vasconcelos[43], y la *Constitución de Nueva España*, de Esquivel Obregón[44]; en 1929, *Libertad y despotismo en América Latina*, del estadounidense Cecil B. Jane (1879-1932)[45], y *O Brasil na America*, del brasileño Manuel Bonfim (1869-1932)[46]; en 1934, *Defensa de la hispanidad*, de Ramiro de Maeztu (1874-1936)[47], y *Bolivarismo y monroísmo*, de Vasconcelos[48], al que siguen varios trabajos del mexicano Silvio Zavala (n. 1909)[49], de los argentinos Roberto Levillier[50] y José Torre Revello (1893-1964)[51]; del alemán Ernst Schäfer[52], del estadounidense Lewis Hanke (n. 1905)[53], del chileno Alamiro de Ávila Martel (1918-1990)[54], de los españoles Manuel Giménez Fernández[55], Juan Manzano (n. 1911)[56] y Alfonso García-Gallo (1911-1992)[57] y del austríaco Viktor Frankl[58]. En este ambiente, alcanzó gran resonancia al mediar el siglo el opúsculo de Levene, *Las Indias no eran colonias*[59]. Aclaró en forma terminante que la aplicación de la noción de *colonia* a la América hispana antes de su independencia, no tenía el menor asidero ni documental ni de hecho. La palabra no aparece en los textos de la época, que hablan en cambio de reinos de Indias o de provincias, y el régimen político de ellas nada tuvo que ver con el de colonias, como las establecidas en América del Norte, África o Asia por ingleses, franceses u holandeses.

VI. REDESCUBRIMIENTO DE LA AMÉRICA INDIANA

En síntesis, los revisionistas descubrieron poco a poco entre los escombros de la historiografía europeizante ese pasado de Hispanoamérica del que ésta se avergonzaba y, por lo mismo, consideraba necesario sepultar para siempre a fin de hacer lugar a modelos foráneos. Este vuelco de la dependencia mental del extranjero a la afirmación de lo propio, culmina en una especie de segundo descubrimiento de América[60].

Esta vez se trata no del hallazgo del continente indígena o prehispánico, sino de la América indiana o hispánica, que comparte una misma cultura desde California hasta Chiloé, desde Florida hasta el Río de la Plata. Paso a paso bajo este nuevo prisma salen a relucir la conquista, el

mestizaje, el barroco, la ilustración católica, en una palabra, el mundo *indiano*. Tal es la denominación que, a partir de ahora, se abre paso para substituir a la de *colonial*. Estamos ante un término redescubierto, usado en la época al que se aplicó, no inventado *a posteriori*, válido para la cultura y la historia de Hispanoamérica en los siglos que van desde el Descubrimiento hasta la Independencia. Se habla así de América indiana, de época indiana y, en fin, de orbe indiano, como se hace últimamente, rescatando una expresión del siglo XVI en la traducción de la obra del inglés Brading[61]. El término colonial se bate en retirada, primero entre los especialistas, luego entre la gente cultivada y, finalmente, también entre el grueso público. Aun los que no entienden, sospechan más o menos difusamente que es impropio para designar a la América hispana en los siglos XVI, XVII y XVIII.

El cambio terminológico es reflejo del replanteamiento de los temas ejes de la historia hispanoamericana, provocado por esos dos libros fundamentales aparecidos por 1920, de los que ya hemos hecho mención: *La obra de España en América*, de Pereyra, y *El fin del imperio español*, de André.

El revisionismo está estrechamente relacionado con la afirmación nacional y colectiva que se advierte en toda Hispanoamérica, precisamente a partir de la década de 1920[62]. En rigor, no es sino su expresión en el campo de la historiografía. Después de los primeros pasos, los más difíciles, madura ahora lo que bien podría calificarse como segunda promoción dentro de esa corriente historiográfica. A ella pertenece Eyzaguirre y un selecto número de historiadores.

VII. AFIRMACIÓN NACIONAL

Entre éstos ocupa lugar destacado una serie de argentinos, tales como Julio Irazusta (1889-19?), Vicente D. Sierra (1893-19?) y Ernesto Palacio (n. 1900), quien opone la historia nacional a la historia falsificada. Palacio no vacila en desmitificar las construcciones de la historiografía europeizante: "A semejanza de los liberales españoles —escribe— nosotros quisimos ser también cualquier cosa menos españoles. Pero entonces, ¿qué seríamos? Como no podíamos declararnos hijos de nadie, nuestro orgullo nos llevó a componernos una genealogía fabulosa, aunque vacía de la realidad substancial que anima las leyendas de Cadmo y de Eneas. Según el mito descendíamos de una hembra autóctona, que había sido fecundada por un dios extranjero, el genio de la Revolución Francesa, dando luz a un pueblo heterogéneo, pero dueño del porvenir"[63].

Para esta nueva generación revisionista, 1944 es en cierto modo lo que 1920 fue para la anterior con las obras de Pereyra y de André. Ese año vieron la luz tres obras debidas a otros tantos jóvenes historiadores: el venezolano Picón Salas (1901-1965), el argentino Rómulo Carbia y el chileno Jaime Eyzaguirre. Coinciden en estar dedicadas a esos tres siglos de la historia de América, que corren desde el descubrimiento hasta la emancipación, tenidos hasta

entonces como una especie de gran siesta, durante la cual no pasó nada ni se hizo nada que merezca recordarse, y coinciden también en ofrecer, desde ángulos distintos, una visión renovadora de esta época: cultural en el caso de Picón, apologética en el de Carbia e histórica en el de Eyzaguirre.

Picón había permanecido en Chile más de una década, desde 1923 hasta 1936, durante la cual había publicado *Hispanoamérica, posición crítica e intuición de Chile*; su nuevo libro lo tituló *De la Conquista a la Independencia* y puso por subtítulo la inscripción desafiante "Tres siglos de historia cultural hispanoamericana", toda una refutación del cuadro denigratorio trazado por la historiografía europeizante[64]. Por su parte, Carbia intenta desmontar uno a uno, documentalmente, los cargos de crueldad, tiranía y obscurantismo que se hacían a la América indiana[65]. Eyzaguirre coincide con ambos en mostrar el rico panorama de la América mestiza, que genera desde temprano una cultura propia —indiana— por la cual el Nuevo Mundo se define frente al Viejo, pero además se ocupa de la Independencia y de sus proyecciones ulteriores.

Muchos otros autores completan esta promoción. Entre ellos anotemos los peruanos Jorge Basadre (1903-1980) y Guillermo Lohman Villena (n. 1915), al uruguayo Juan E. Pivel Devoto (n. 1911), a los nicaragüenses Pablo Antonio Cuadra (n. 1912) y Julio Ycaza Tigerino (n. 1919), y a los chilenos Fernando Campos Harriet (n. 1911), Manuel Salvat (n. 1913), Mario Góngora (1915-1985) y Alamiro de Ávila (1918-1990).

No es fácil sintetizar en qué consistió la contribución de Eyzaguirre a este redescubrimiento de Hispanoamérica a través de su pasado, ni su aporte a la reafirmación nacional y colectiva. Sírvanos de introducción unas indicaciones de Silva Vargas: "A partir de 1930 comienzan a aparecer sucesivos trabajos centrados en la Independencia. El autor ha cumplido apenas los veintiún años. A lo largo de una década enfrentará el desafío desde diversos ángulos. Pero faltaba el elemento que le permitiera construir una síntesis inteligible, un intento de explicación total del período. Un pequeño libro le hizo vislumbrar el camino que habría de seguir. Según nos confesó, la obra de Marius André, *El fin del Imperio Español en América* fue, junto con las perspectivas abiertas por Manuel Giménez Fernández, determinante en su concepción del proceso. En 1949 publicaría su estudio *Los presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia de Chile*. Ocho años después el tema sería tratado, con mayor acopio de antecedentes, en *Ideario y ruta de la emancipación chilena*. Esta obra, por la madura solidez de sus conclusiones y el rigor y penetración del análisis, es ya un clásico del cual nadie puede prescindir"[66].

Según sabemos, aparte de la Independencia, la otra veta explorada por nuestro historiador fue "la gesta de la conquista y del establecimiento de España en Indias", cuyo estudio resultaba indispensable para entender aquella. "Desde los primeros esbozos de la figura de Pedro de Valdivia —*Croquis del fundador* se llama el artículo que le dedicó en uno de los números de la revista "Estudios" de

1941— hasta las páginas de síntesis maestra de su *Historia de Chile*, late la preocupación amorosa por el nacimiento y los primeros pasos de la nación"[67].

VIII. LAS DOS AMÉRICAS Y SU INDEPENDENCIA

Sobre la Independencia escribe, a los 36 años, un párrafo macizo en *Hispanoamérica del dolor*, que conviene leer con atención aunque la cita sea un poco extensa. Contrapone dos fenómenos diferentes a los que se da el nombre de independencia, la de las colonias anglosajonas, fruto de un frío cálculo mercantil, y la de los miembros de una comunidad hispánica, fruto de la pérdida de un ideal unitario.

> "Cuando el monarca, símbolo exterior de la unidad, desaparece con la invasión napoleónica, las fuerzas de la dispersión regionalista representadas por los cabildos, antes cohibidas y superadas, ven ahora rotas todas las trabas que detenían su poder. El sentido de cohesión unilateral universal desaparece para siempre y el particularismo se enraíza con tal violencia que ya no será posible recomponer en un todo los fragmentos del antiguo imperio español, día a día más divergentes.
>
> "Aquí es donde puede apreciarse con más fuerza el absurdo de los que pretenden colocar en el mismo plano el movimiento de emancipación de las colonias anglosajonas y el de las provincias hispanoamericanas. No hay afinidad ni en los antecedentes históricos ni en la postura vital de los héroes de ambas revoluciones. Es increíble hasta dónde, en hechos y hombres de apariencias similares, supo cada raza mantener su sello inconfundible y marcar el abismo de la diferenciación".

Pasa a analizar esta contraposición entre la independencia de las colonias que formaron los Estados Unidos, a la de reinos iberoamericanos, que se transformaron en Estados sucesores de la monarquía española:

> "Mientras la independencia de Hispanoamérica fue ante todo la etapa culminante de un hondo proceso de disgregación cultural, alentado, eso sí, desde fuera por la obra de las potencias rivales de la metrópoli, la emancipación de las colonias inglesas brotó como el fruto maduro de un crecimiento robusto que las facultaba plenamente para autodirigirse"[68].

El parangón no puede ser más neto. Mientras la independencia hispanoamericana es una manifestación de disgregación, de pérdida de la unidad existente hasta entonces, la de las colonias inglesas, en cambio, es manifestación de su maduración, que hace que no soporten más tiempo la dominación de una metrópoli y se unan entre sí.

IX. CONQUISTA ESPAÑOLA Y COLONIZACIÓN INGLESA

Pero hay más, Eyzaguirre se remite a la Conquista, y relaciona a la Independencia con la época fundacional de los países iberoamericanos. "Es curioso advertir —anota— cómo en ambas pareció resucitar la idiosincrasia que cada pueblo reveló en la etapa primordial de la Conquista". Podríamos decir, genio y figura hasta la sepultura.

> "La quiebra de la comunidad iberoamericana, con ser paso de decadencia cultural, no dejó de revestir un signo de grandeza similar al que había presidido el momento de su generación. Porque si hay una epopeya de la Conquista, también hay una epopeya de la crisis libertadora. Y junto al esplendor magnífico y al valor sin tacha de un Cortés y de un Valdivia, de un Pizarro y un Alvarado, de un Quezada y un Mendoza, caben sin mengua de altura la intuición creadora de un Bolívar, el genio militar de un San Martín, la pureza de un Sucre y el heroísmo de un O'Higgins. La emancipación fue la crisis de una forma cultural determinada, pero nunca importó la muerte de las posibilidades de la raza. Se dirá que ella buscó soluciones por otros caminos, extraviados sin duda en muchos aspectos y hasta infieles a su destino histórico, pero no que hubiera cesado de latir su pulso vital. El primitivo ideal de cultura pareció tornarse ineficaz y por eso se buscó otro

> nuevo. Pudo escogerse erróneamente, pero no es posible negar la generosidad del impulso. Y en esta generosidad está precisamente el parentesco de la Conquista y de la emancipación. La raza dio en ambos estadios de su historia un mismo testimonio de fervoroso idealismo. Y no es poco conservar idealismo en momentos de hondo desconcierto".

Volvamos ahora la vista a la independencia de los Estados Unidos:

> "Muy otro es el camino seguido por las colonias inglesas. Aquí la emancipación no se hace porque se haya perdido la fe en un ideal, puesto que jamás se tuvo alguno. Es el frío realismo de las contabilidades puritanas el que aconseja excluir a Inglaterra de la explotación de las tierras que van del Atlántico a los Apalaches y reservar la renta exclusiva a sus moradores. La etapa de una conquista de puro tipo económico alcanza así su natural plenitud. En vano se buscarían aquí figuras caballerescas, enteramente de más en el campo de las operaciones financieras. Los esfuerzos que la historia oficial ha hecho más adelante para crearlas, resultan demasiado pueriles para tomarlos en cuenta. Es indudable que puestos en paralelo Bolívar y Washington, con criterio puritano, el último resulta en extremo favorecido, puesto que para él brilló el triunfo económico. Pero, mirado desde el ángulo hispano-católico, la cosa tiene

otra dimensión. Bolívar, aristócrata, pleno de generosidad, muere empobrecido en la persecución quijotesca de un ideal que huye de sus manos y ante el cual ha hecho derroche de genio y heroísmo. Washington, burgués ponderado y militar sin éxito, muere rebosante de dinero, gracias a sus diestras especulaciones de tierras y a su acertado matrimonio con una viuda rica. Entre uno y otro media la diferencia de un artista de la gloria y un *bussinessman*".

El texto es doblemente expresivo. Revela un verdadero redescubrimiento de lo que fue la Independencia y al mismo tiempo un coraje para romper con los convencionalismos dominantes en el ambiente, antes de la época. Es cierto que ya había indicios de revisión como lo muestra el hecho de que Domingo Amunátegui hiciera publicar en castellano una obra como la de Gaylord Bourne(1860-1901) sobre la acción de España en América[69]. Pero, a fin de cuentas, se trataba de un extranjero. Otra cosa era que hablara en estos términos un joven historiador hispanoamericano.

X. EL HIDALGO Y EL *GENTLEMAN*

A esta fisonomía histórica de Iberoamérica que es *Hispanoamérica del dolor*, de la cual hemos tomado los párrafos transcritos, sigue *Fisonomía histórica de Chile*, donde Eyzaguirre perfila con mayor nitidez el contraste, mejor dicho

el abismo, que separa a un hispanoamericano de un anglosajón.

En una página magistral hace un contrapunto entre el hidalgo y el *gentleman*;

"Hidalgo es el hombre que sueña la aventura del bien y que tiene el honor muy a flor de piel, aunque apenas cubra a ésta con harapos. Hidalgo es el que no vacila en la defensa de la verdad, aunque le vaya en ello la hacienda o la vida. Hidalgo es el que tiene un ideal al que ajusta su existencia sin que las transacciones interesadas o el temor le reduzcan el propósito. Hidalgo, en fin, no es el que habla al exterior con ademanes fingidos y atildados, sino el que vuelca hasta afuera el hondo contenido del alma.

"Y es que en el hidalgo, expresión suprema de la raza, guarda ésta toda su filosofía de la vida, su conciencia de la igualdad esencial y alta dignidad de la especie humana. Para ella, el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. Sus actividades pueden ser diversas, su posición económica varia, su color de piel distinto, pero en todo hombre late un contenido sustancial idéntico y un mismo derecho a alcanzar la bienaventuranza eterna como meta suprema. De esta suerte, como el honor es una cualidad inherente a la naturaleza humana, la expresión visible de su dignidad intrínseca, de él participan todos, nobles o plebeyos, ricos o miserables. El honor, desprendido de oropeles caducos y formas

insustanciales, queda así como un valor recio e intemporal, como patrimonio del alma que se debe sólo a Dios, en la definición de Calderón"[70].

Vuelve entonces los ojos al otro personaje:

"Pronto la historia enfrentaría al hidalgo con un tipo humano de marcado contraste. El trasplante que el puritanismo hace en el alma inglesa de los viejos postulados rabínicos, exaltadores de un mesianismo económico, y la proclamación por uno de sus más representativos filósofos, Jeremías Bentham, del placer como única meta de la vida, acabaría con la moral objetiva, sustituyéndola por una norma utilitaria. Y el *gentleman*, como arquetipo de la nueva cultura, tendría que poner en la posesión de la materia toda la fuerza de sus sentidos. Para él, que vive hacia afuera, el distintivo supremo es la buena exterioridad, los finos modales. Es el hombre que sabe triunfar en la vida, que juega en ella con acierto tras un buen dividendo. Para ser *gentleman* hay que saber ganar, no importa al precio de qué recursos, con tal que éstos —cuando moralmente vedados— permanezcan ocultos. Y acaso sea aquí donde se estrellen con más fuerza, a través del hidalgo y del *gentleman*, los dos conceptos opuestos de la vida que representan la Edad Media y los Tiempos Modernos; pues mientras para el primero, póstumo rezago de la caballería medieval, las grandes batallas

no se dan por interés sino por convicción, para el segundo, engendro de la edad capitalista, la lucha es por el acicate de la utilidad. En uno queda perdurando el carácter secundario de los bienes temporales frente a los supremos valores del espíritu. En el otro hay una búsqueda anhelante de la posesión especuladora de esas riquezas, que le darán más prestancia y bienestar. Por eso el *gentleman*, a pesar de todos su estudiados modales, es en el fondo un mercader; mientras el hidalgo, no obstante su raída exterioridad, es un señor. Porque propio del mercader es el saber ganar; y propio, en cambio, del señor, el saber perder"[71].

Estas palabras muestran que el contraste entre una y otra América, no es tan sólo un problema de independencia mental o de imitación extranjera; es mucho más radical. Cada América tiene sus propias raíces, su propio talante, su propio modo de ser.

Hemos partido de la Independencia e insensiblemente nos hemos visto reconducidos hasta los orígenes de los pueblos americanos. Esto no es casual. Es una confirmación más de que la época fundacional está en la conquista, no en la desmembración política de los pueblos nacidos de ella, a principios del siglo XIX.

XI. CONTINUIDAD HISTÓRICA Y AFIRMACIÓN NACIONAL

Demasiado a menudo se identifica, sin mayor examen, independencia y libertad. Así, a los caudillos de la emancipación se los suele denominar libertadores. Pero esto es confundir las hojas con la raíz. El sentido hispanoamericano de las libertades concretas, de cada uno en la vida práctica, es varios siglos más antiguo. Arranca de la conquista y tiene un objeto muy diferente al de esa otra libertad abstracta, de que hablan las constituciones y que, en el hecho, no pasa de constituir una mera aspiración toda vez que, al ser igual para todos, deja indefensos a los más débiles frente a los más poderosos:

> "La conquista no fue obra de la Corona, sino del pueblo, y éste, muy consciente del valor de su tarea, se halla resuelto más que nunca a afianzar sus franquicias y libertades. Y así ocurre que, mientras en la Península el Rey gana en poder a costa del debilitamiento de la vida municipal, en el Nuevo Mundo la soberanía social, como en desquite, se esfuerza en resarcirse de los atributos que va perdiendo en la metrópoli"[72].

Por eso, dice Eyzaguirre, no cabe mutilar la historia hispanoamericana, dejando fuera la época indiana, en que cada pueblo encuentra su origen y todos el fundamento de su unidad.

> "Iniciar automáticamente la existencia de estos pueblos con el año 1810 y poner en voluntario olvido 300 años de vida social en que se forjaron las bases culturales de todo el continente, es dejar sin significación el curso de los hechos, esconder el punto de convergencia familiar y entregar, como consecuencia, una visión incompleta y adulterada de la historia"[73].

Aquí está en germen el plan de su *Historia de Chile*, articulada en dos partes: génesis de la nacionalidad y la definición del Estado y la integración de la sociedad. Esta dicotomía la había ya anunciado en un opúsculo de 1960, *Chile en el tiempo*: "Así como Valdivia fue el constructor de la nacionalidad, Portales lo fue del Estado"[74].

En este sentido, como lo reconocía Ricardo Krebs en 1985, el aporte de Eyzaguirre ha sido decisivo: "Una de las principales enseñanzas dejadas por este historiador es que no puede aspirarse a la comprensión de Chile (ni de América) dejando de lado la tradición española, como pretendían los historiadores liberales decimonónicos. 300 años de completa y rica vida, así como de unidad, no pueden ser dejados de considerar —menos aún si son los primeros 300 años— sin grave perjuicio para el conocimiento verdadero de los hechos del pasado y del presente, y de su dirección. Es España quien une a Hispanoamérica"[75].

En Eyzaguirre y en general en los historiadores revisionistas, esta afirmación nacional no es *hispanismo*. Frecuen-

temente se lo califica así, tal vez en atención al calor con que no pocas veces polemizaron en favor de la grandeza de la obra de España, sistemáticamente falseada por la *leyenda negra*, según sabemos ahora. Pero el propio Eyzaguirre hizo ver en más de una ocasión lo ridículo de este apelativo. Hispanistas son, explicó, aquellos extranjeros —alemanes, franceses, estadounidenses— que estudian la cultura hispánica. Pero no puede ser hispanista quien estudia su propia cultura y sus propios orígenes, como es caso de nosotros los hispanoamericanos. Por eso decía que "él no era hispanista sino *hispano*. Ser *hispanista* es actitud de extraño que admira desde fuera los rasgos de la cultura ibérica. Ser *hispano*, para el chileno, es signo de filiación, no postura servil o imitativa"[76].

En todo caso, a estas alturas, las cosas han cambiado. Si los revisionistas hicieron de la defensa de la acción civilizadora de España una causa nacional, para la historiografía posterior lo que está en juego no es tanto el buen nombre y la obra de España en el Nuevo Mundo, como los orígenes de la propia nacionalidad. Una cosa es la madre patria y otra la patria. En los conquistadores se ve más al fundador que al español o al portugués, ya que ambos dejaron atrás a la península y a sus compatriotas de allá, para forjar una nueva patria a este lado del Atlántico. Del mismo modo, en la cultura indiana se ve más la expresión de pueblos mestizos, con vida propia, que la obra de unas potencias ibéricas.

XII. EL MAGISTERIO DE EYZAGUIRRE

Como historiador Eyzaguirre ejerció un magisterio nacional. No fue un estudioso recluido entre los legajos del archivo o los libros de su biblioteca. Tuvo una innata capacidad para llegar al público, ya sea de viva voz en las aulas o en conferencias, ya sea por escrito, a través de artículos y libros que encontraron creciente número de lectores a lo largo y a lo ancho del país. Reeditados una y otra vez, sus libros siguen prolongando su enseñanza hasta las actuales generaciones. Sin hipérbole puede decirse que Eyzaguirre es, al presente, uno de los historiadores más conocidos y también más comentados, sin dejar de ser incluso, en ocasiones, combatido. Todo lo cual refleja su vigencia.

Semejante arrastre, tras un cuarto de siglo de su muerte, requiere sin duda una explicación. Hasta ahora no se la ha intentado. A falta de ella, cabe adelantar, a título de hipótesis, que se debe ante todo a dos factores: a los temas que trató y a la forma en que lo hizo.

Parodiando la frase de Feijoó, puede decirse que a Eyzaguirre *le dolía* Chile, le dolía una "Iberoamérica, continente de comparsa", como la llamó una vez en 1942[77]. Él mismo lo reconoció, en una de las últimas páginas que salió de su pluma: "Nos duele Chile, la patria chica. Nos duele Hispanoamérica, la patria grande. Y callar parecería consentir en una muerte que rechazamos"[78]. Como el asturiano, quería un Chile y una Hispanoamérica grandes, con la grandeza de quien es fiel a su propio genio, auténtico,

consciente de la propia valía y del papel que ella le autoriza a jugar dentro del concierto mundial: caudillo, de primera o de segunda fila —no importa—, pero con una posición propia; no comparsa. Por eso, no podía menos que hacer notar el contrasentido que entraña el hecho de que maestros insuperados de la lengua castellana, como los poetas Lucila Godoy o Neftalí Reyes, abandonaran sus genuinos y chilenísimos nombres para circular por el mundo con otros, tomados en préstamo de vates europeos: *Gabriel* D'Annunzio y Fréderic *Mistral*, *Paul* Valéry y Jan *Neruda*[79].

Su gran tema es nada menos que la suerte de Hispanoamérica y de Chile, su destino, su papel dentro del concierto mundial. Su tono es, a veces, impersonal. Otras, se vuelve patético, como por ejemplo cuando escribe sin ambages a propósito de la situación de estos países tras un siglo largo de independencia:

> "No cortamos los lazos con la madre para recibir, en cambio, cadenas de galeotes. Y ésta es la verdad. Hoy como los condenados de otros tiempos, debemos remar en galeras extrañas y remontar aguas ajenas, dando el sudor y la vida de nuestro pueblo en aras de un capitalismo internacional cínico y despiadado que nos persigue con el corazón seco de un Shylock y el látigo humillador de un negrero"[80].

No se anda con rodeos. Derechamente pretende abrir los ojos a los hispanoamericanos para que se den cuenta, de

una vez por todas, de que las potencias industriales, lejos de ser un modelo, eran un peligro, más aún, un enemigo implacable.

XIII. REBELDÍA CON ESTILO

Su propósito es eminentemente positivo, estimulante. Quiere sacar a Iberoamérica de su alienación, removerla para que "se mostrase libre de la incondicional idolatría hacia lo foráneo"[81]. Lejos de caer en el recurso banal de echarle a otros la culpa de los propios fracasos y errores —al imperialismo, por ejemplo—, hace ver que el mal está dentro, en "nuestra estúpida América de la apostasía"; no en esos extranjeros, a los que nos había dado por imitar sin el menor sentido crítico; esa América de mala ralea, la que "vio en el federalismo yanki, el jacobinismo francés y el parlamentarismo británico, otros tantos talismanes que la sacarían sin esfuerzo de su notoria ruindad. Y apenas logró robar la burda costra exterior sin llegar al alma de esos pueblos, que mientras tanto seguían fieles a su propia y legítima evolución"[82]. La raíz última de la posición desmedrada de nuestros pueblos está en nosotros mismos: "Iberoamérica agoniza oprimida por un inmenso complejo de inferioridad"[83].

Ante esta situación es preciso, más aún, es en extremo urgente, rebelarse y reafirmar la propia identidad. "Contra un indigenismo romántico y marxista, contra un panamericanismo imperialista y sin alma, cabe, pues, oponer la

confiada afirmación del patriotismo hispanoamericano"[84]. En otra oportunidad relaciona esta autoafirmación con el recobramiento de la propia independencia. Habla de "un instinto que está llamado a abrir las puertas a la verdadera independencia"[85].

En ocasiones esta cuestión clave le arranca expresiones desgarradoras. Así sucede en dos pasajes candentes de *Hispanoamérica del dolor* y al final de *Fisonomía histórica de Chile*. A los treinta y seis años exclama: "Hemos llegado a la hora más crítica de nuestro destino y está en nuestras manos el definirnos por la existencia o el irremediable desaparecimiento", o sea, estamos en el "instante de la definición o de la muerte"[86]. Poco después, bajo el epígrafe *ser o no ser*, habla del "oscilar dramático entre el abismo y la cúspide, entre ser y no ser, en el que se debate el inconsciente Chile y de cuya definición penderá el destino final de la Historia"[87]. Y sus postreras palabras son, como sabemos, "callar parecería consentir en una muerte que rechazamos"[88].

En suma, le dolía el complejo de inferioridad del hispanoamericano, fruto de la visión depresiva de su propio pasado suministrada por la historiografía europeizante. De ahí que se enfrentara sin vacilaciones a ella. Eyzaguirre es literalmente un rebelde, un inconformista, que no teme ir contra corriente, romper esquemas, derribar mitos. Pero no lo hace por el gusto de disentir, de llamar la atención, de lograr nombradía, sino con un propósito muy definido de desenmascarar la falsificación del propio pasado, que lleva a renegar de él, y de devolver así al chileno la

confianza en sí mismo. En suma, su ambición es servir a la patria y, en último término, a Dios, de quien una historiografía antirreligiosa había pretendido alejar a estos pueblos en nombre del progreso.

De ahí su estilo tan propio, su modo de enfrentar posiciones antagónicas sin herir, su altura para disentir, su elegancia para rectificar, su gentileza para alternar con los demás. Es que no le mueve el resentimiento, la amargura, el afán de notoriedad. Le mueve —repitámoslo— su amor a la patria chica y a la patria grande, la pasión por su grandeza. Por eso su modo de polemizar es positivo, estimulante y la forma de expresarse, suelta, rebosante de ingenio, no exenta de mordacidad, llegado el caso, pero templada por su buen gusto de caballero y su rectitud de cristiano.

XIV. HISTORIOGRAFÍA Y CONCIENCIA NACIONAL

En el caso de Eyzaguirre su significación en la historiografía chilena y su aporte al fortalecimiento de la conciencia nacional van estrechamente unidos.

La razón es muy clara. No es posible construir una personalidad pujante sobre la base de la negación del propio pasado, de una especie de inútil huida de sí mismo. Hay, pues, una inescindible conexión entre la forma cómo se concibe el propio pasado y la actitud que se tiene frente al porvenir. Si miro mi pasado como algo negro, repugnante, de lo cual hay que alejarse, no me queda más

remedio que volcarme hacia afuera, que buscar algún modelo extranjero, que convertirme en seguidor de otro menos vacilante, que por lo menos tenga personalidad propia. Si, por el contrario, miro mi pasado como algo noble, digno, si no grande, que merece ser llevado adelante, entonces puedo pisar firme, sustentar una posición propia en el mundo e incluso tomar y asimilar a mi propio modo de ser y según mis conveniencias, elementos tomados de otros países o culturas.

Dos grandes historiadores, treinta años mayores que él, el mencionado Alberto Edwards y Francisco Antonio Encina, autor de una monumental *Historia de Chile*[89] sumamente leída, que, en cierto modo, desplazó a la de Barros Arana, habían precedido a Eyzaguirre en la tarea de redescubrir el pasado chileno, tal como fue, con sus grandezas y miserias, sin denigrarlo ni idealizarlo. Ambos dejaron atrás la visión deprimente de la historia de Chile y ofrecieron otra renovada, afirmativa y estimulante. Con ello contribuyeron a devolver a la conciencia nacional el aplomo y empuje, inhibido, en gran medida, por la visión europeizante.

En cuanto a Eyzaguirre, su mayor logro fue, sin duda, rectificar la imagen que los chilenos tenían de la Conquista y la Independencia. Es decir, de los pilares sobre los que se asienta la conciencia nacional en Hispanoamérica. Si la Conquista representa lo común con Europa y lo que une entre sí a los iberoamericanos, la Independencia es expresión de la diferenciación del Nuevo Mundo frente al Viejo.

En este sentido, Eyzaguirre es la figura cumbre del revisionismo histórico en Chile. Sus obras relegaron a otra época las conclusiones de los historiadores europeizantes. Por sus repercusiones en la conciencia nacional, este tránsito de una a otra etapa historiográfica fue decisiva para la suerte de Chile mismo en la segunda mitad del siglo xx.

XV. EPÍLOGO: UN CUARTO DE SIGLO DESPUÉS

Pero esto Eyzaguirre no pudo verlo. Cuando murió en 1968, su patria, al igual que el resto de Hispanoamérica seguían todavía a la deriva, al parecer, a punto de precipitarse en el abismo.

En muchos sectores se hablaba de revolución, como algo inevitable, a lo que más pronto o más tarde debía llegarse, pues no había otra salida para los problemas de estos países. En expresión del boliviano Jorge Siles: "el mito del progreso indefinido (había sido) suplantado por el mito de la revolución"[90]. Se condenaba el reformismo por burgués y se aclamaba la oportunidad histórica de partir de cero, de rehacer al país desde el gobierno, conforme a la propia ideología[91]. Si desde Cuba se promovía en todo el continente una revolución marxista, bajo la tutela de la Unión Soviética, desde los Estados Unidos se impulsaba otra, con la pretensión, tan candorosa como destructora, de ganarle la delantera[92]. En tales momentos, por lo menos en Chile hubo alguien suficientemente lúcido

como para advertir que, de seguir así las cosas, no quedaría espacio más que para los comunistas o para los militares[93].

Un detalle puede dar idea de lo que fueron para Eyzaguirre estos años de la década de 1960, los últimos de su vida. Todo parecía indicar que el panorama se ensombrecía cada vez más, y que, según su expresión en *Fisonomía histórica de Chile*, Hispanoamérica rodaba por *pendiente ilimitada*[94]. En estas condiciones comentó alguna vez que él era optimista en sus escritos, aunque no lo fuera íntimamente. En su interior luchaban dos tendencias contrapuestas, un instintivo pesimismo ante el rumbo de los acontecimientos y una esperanza teologal, como tal inconmovible, por estar fundada en Dios y no en el giro de las cosas humanas. Ese optimismo que trasuntan sus escritos, es, pues, fruto de una reacción deliberada, de un vencimiento de sí, que le permitía sobreponerse al desánimo.

Ha transcurrido un cuarto de siglo. A él le tocaron los años duros, del resbalar cuesta abajo. A nosotros, en cambio, nos ha sido dado ver y vivir el desenlace del siglo xx: la caída del marxismo en Chile en 1973 y en la Unión Soviética en 1991. Con este derrumbe del socialismo se completa el agotamiento de la modernidad racionalista, iniciado por 1920 con el derrumbe del liberalismo. Estamos ante el ocaso de los "ismos" y en particular de las ideologías, esos sucedáneos de la religión[95]. Todo lo cual importa nada menos que el fin del racionalismo moderno y, con él, de la propia Edad Moderna. La modernidad

racionalista agoniza ante nuestros ojos y deja paso a una postmodernidad, cuyo alborear es tan claro, como difusos aún sus contornos[96].

Este vuelco representa para Hispanoamérica una liberación. Con la caída de esos modelos extranjeros, a los que hasta ayer mismo se tenía aun ingenuamente por más avanzados, pierde todo sentido esa carrera imitativa que Eyzaguirre fustigó por estúpida y paralizante. No se corre tras un tren que llegó a la estación terminal. El rezago de Hispanoamérica en asimilarlos, se convierte ahora en su ventaja para enfrentar la Edad que alborea[97].

Esto mismo incita a volver los ojos a lo propio, a desarrollar las potencialidades encerradas allí, a construir sobre ese fundamento, como insistiera el mismo Eyzaguirre tantas veces.

Pero ahora ha quedado, además, en evidencia algo que ni él mismo llegó a suponer: este genio propio de Hispanoamérica, es más potente y más vital de lo que parecía en los tiempos turbios de auge de la imitación extranjera. A estas alturas, sabemos que ella fracasó irremediablemente en todas sus formas. Hispanoamérica es el lugar donde mueren las teorías e ideologías alumbradas por el racionalismo europeo[98]. Según hace ver el alemán Steger, desde 1930 todos los intentos de aclimatarlas han abortado: "América Latina ha demostrado ser el 'hoyo negro' donde las religiones seculares e ideológicas europeas desaparecieron sin dejar rastro. Debemos preguntarnos qué se hizo allí de Adam Smith, Karl Marx, John Maynard Keynes, de las ideas del Concilio Vaticano II, de la geopolítica

europea-norteamericana y Goethe. No cabe duda de que dejaron algunas huellas, aunque éstas muestran distorsiones a veces grotescas. Aquí la investigación debe emplear el método hermenéutico, es decir, distinguir el símbolo y cosa, a fin de descifrar manifestaciones de la autenticidad latinoamericana"[99].

En esta nueva coyuntura bajo la cual termina el siglo XX, y en una joven universidad, como ésta, parece muy pertinente volver a leer unas líneas escritas por Eyzaguirre en 1941 y preguntarse por su vigencia y actualidad:

> "Yo veo que la juventud actual se halla sola, sin maestros, ante el fracaso de la cultura individualista e inhumana. Lo que nos hablan nuestros maestros viene de la época moribunda del individualismo —lo cual vale para sus dos vertientes, liberal y socialista. Ellos permanecen todavía en lo que nosotros vemos fracasar— lo que bien podría explicarse a quienes hoy se autocalifican de *renovados*. De esta suerte, a los que pretenden, tras la hecatombe, diseñar los contornos de una nueva época, no les queda otro maestro que la historia misma de este fracaso".

¡Ojalá en esta hora grandiosa del derrumbe de los modelos racionalistas, que nos ha tocado vivir, sepamos extraer de este fracaso con el que se cierra toda una época de la historia, la lección de afirmación nacional, chilena e hispanoamericana, de Eyzaguirre: sólo así podremos contarnos entre los forjadores de esa otra Edad que despunta, a

la que, a falta de mejor denominación, se designa con el nombre de postmodernidad.

ABREVIATURAS

BACH "Boletín de la Academia Chilena de la Historia", Santiago.

RCHHD "Revista Chilena de Historia del Derecho", Santiago.

NOTAS

1. Varios de ellos han escrito sobre el maestro. También lo han hecho otros autores. Krebs Wilckens, Ricardo, *Algunos aspectos de la visión histórica de Jaime Eyzaguirre*, en "Historia" 7, Santiago, 1968. Aránguiz Donoso, Horacio, *Jaime Eyzaguirre, maestro*, en "Anales de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad de Chile", 4ª serie 8, Santiago, 1968; incluye una bibliografía del historiador. Él mismo, *Semblanza de Jaime Eyzaguirre*, en "Revista de Historia del Derecho, Ricardo Levene", 20, Buenos Aires, 1969. Zegers Ariztía, Cristián, *Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre*, en "Mapocho" 19, Santiago, 1969. Scarpa, Roque Esteban, *J. Eyzaguirre y la revista*, "Estudios", en "El Mercurio", Santiago, 17 de mayo de 1970. Hanisch Espíndola, Walter, *Retrato hablado de Jaime Eyzaguirre*, en "Mapocho", Santiago, 1970. Silva Vargas, Fernando, *Semblanza de Jaime Eyzaguirre*, en BACH 86, 1972. Él mismo, *Presencia de Jaime Eyzaguirre*, en "Portada" 34, Santiago, 1972.

2. Eyzaguirre, Jaime, *Nota preliminar* a su *Hispanoamérica del dolor*, Santiago, 1969. Originalmente este opúsculo apareció en "Estudios", 133-134, Santiago, 1944; fue reeditado en forma de libro, Madrid, 1947 y en "Estudios", 255, 1957.
3. Eyzaguirre, Jaime, *Ventura de Pedro de Valdivia*, Santiago, 1942.
4. Eyzaguirre, Jaime, *El siglo xx*, en suplemento de "El Sur", Concepción, 15 de noviembre de 1967, ahora bajo el título *Chile 1901-1965*, en "Estudios Políticos", 1, Buenos Aires, 1977.
5. Aránguiz, nota 1.
6. Eyzaguirre, Jaime, *O'Higgins*, Santiago, 1946.
7. Ver nota 2.
8. Darío, Rubén, "A Roosevelt", en *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, 1907. Ahora en *Poesías completas*, 2 vols., Madrid, 1967.
9. Ver nota 8.
10. Eyzaguirre, Jaime, *Fisonomía histórica de Chile*, México, 1948.
11. Eyzaguirre, Jaime, *El Conde de la Conquista*, Santiago, 1951.
12. Eyzaguirre, Jaime, *Presupuestos jurídicos y doctrinarios de la Independencia de Chile*, en "Atenea", 291-292, Concepción, 1949.
13. Eyzaguirre, Jaime, *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago, 1957.
14. Eyzaguirre, Jaime, *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren 1896-1901*, Santiago, 1957.
15. Encina Armanet, Francisco Antonio, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, 20 vols., Santiago, 1940-1952.

16. Edwards Vives, Alberto, *La fronda aristocrática*, Santiago, 1928.
17. Eyzaguirre, Jaime, *Archivo epistolar de la familia Eyzaguirre 1747-1854*, Buenos Aires, 1960.
18. Eyzaguirre, Jaime, *El alcalde del año diez*, Santiago, 1961.
19. Eyzaguirre, Jaime, *Historia de Chile*, 2 vols., Santiago, 1965 y 1974.
20. Silva Vargas, *Semblanza*..., nota 1.
21. *Historia de Chile*, notas 1, 14, 19.
22. Encina Armanet, Francisco Antonio, *Breve bosquejo de la literatura histórica chilena*, en "Atenea", 291-292, Concepción, 1949. Esteve Barba, Francisco, *Historiografía Indiana*, Madrid, 1964. Bravo Lira, Bernardino, *La historiografía chilena en el barroco y las primeras historias de Chile*, en BACH 97, 1987. Rosales, Diego de, *Historia General del Reino de Chile, Flandes Indiano*, 2 vols., Santiago, 1989.
23. Encina, nota 22. Esteve Barba, nota 22. Feliú Cruz, Guillermo, *Historiografía colonial de Chile*, vol. 1 (único aparecido), Santiago, 1957. Inexplicablemente olvida la historiografía del barroco.
24. Falta un estudio de conjunto sobre esta historiografía europeizante. Sumamente crítico, Encina, nota 22.
25. Frente a esta falsificación histórica, se mantiene viva entre los conocedores del derecho indiano la conciencia de que dentro de la monarquía española las Indias eran reinos o provincias, pertenecían a la Corona, no a España. Por tanto, mal puede calificárselas de colonias de España. Cf. Cood, Enrique, *Antecedentes legislativos y trabajos preparatorios del Código Civil de Chile*, vol. 1 (único aparecido), Santiago,

1883. Prefacio "Los virreinatos y sus subdivisiones, las capitanías jenerales y las audiencias no eran, por consiguiente, colonias de España, sino dependencias de la Corona de Castilla". Debo esta referencia a una gentileza del Prof. Javier González Echenique. Cf. notas 56 y 59.

26. Juderías, Julián, *La Leyenda Negra*, Madrid, 1913. Carbia, Rómulo, *Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Madrid, 1944. Sverker, Arnoldsson, *La Leyenda Negra. Estudios sobre sus orígenes*, Goteborg, 1960. Molina Martínez, Miguel, *La leyenda Negra*, Madrid, 1991.

27. Bilbao, Francisco, *El Evangelio americano*, Buenos Aires, 1844. Él mismo, *Despañolización*, Carta a Emilio Castelar. Él mismo, *Obras completas*, 2 vols., Santiago, 1898, 2, 315 y ss. Textualmente dice "del cual (atraso) vamos saliendo a medida que nos desespañolizamos". Bravo Lira, Bernardino, *El otro descubrimiento de América*, En "La Rioja", 77, Santiago, 1988.

28. Barros Arana, Diego, *Carta a Miguel Luis Amunátegui*, Santiago, 20 de enero de 1874, en Amunátegui Solar, Domingo, *Cartas de don Diego Barros Arana a don Miguel Luis Amunátegui*, en RCHHG 70, Santiago, 1930, pp. 71 ss. Debo esta referencia a una gentileza del profesor Javier González Echenique. Barros Arana es autor de una *Historia general de Chile*, 16 vols., Santiago, 1874-1902, y de un Manual de *Historia de América*, 2 vols., Santiago, 1865.

29. Errázuriz, Crescente, *Los orígenes de la Iglesia chilena 1540-1603*, Santiago, 1873. Él mismo, *Seis años de Historia de Chile*, Santiago, 1908. Él mismo, *Historia de Chile durante los gobiernos de García Ramón, Merlo de la Fuente y Jaraquemada*,

2 vols., Santiago, 1908. Él mismo, *Historia de Chile. Pedro de Valdivia*, 2 vols., Santiago, 1911-1912. Él mismo, *Don García Hurtado de Mendoza*, Santiago, 1914.

30. Menéndez y Pelayo, Marcelino, *Historia de los heterodoxos españoles*, 3 vols., Madrid, 1880-1882.

31. Desde hace algún tiempo esta denominación es frecuente sobre todo en la bibliografía rioplatense. En ella convienen representantes de esta corriente como Ortiz, Roberto F., *Políticos e historiadores revisionistas*, Buenos Aires, 1955. D'Atri, Norberto (n. 1929), *El revisionismo histórico. Su historiografía*, también en Jauretche, Arturo (n. 1901), *Política nacional y revisionismo histórico* (1959), Buenos Aires, 1970; o Rosa, José María (n. 1906), *Historia del revisionismo y otros ensayos*, Buenos Aires, 1968, así como autores reticentes frente a dicha corriente como Halperin Donghi, Tulio (n. 1925), *El revisionismo histórico argentino*, Buenos Aires, 1970, o Rama, Carlos M. (n. 1921), *Nacionalismo e historiografía en América Latina*, Madrid, 1981. Cf. Coutolo, Vicente Osvaldo, *Historiadores argentinos y americanos (1963-1965)*, Buenos Aires, 1966.

32. Irazusta, Julio, *La obra de Pereyra*, en "Estudios Americanos", 17, Sevilla, 1953. Acevedo, Edberto Óscar, *Carlos Pereyra, historiador de América*, Sevilla, 1986.

33. González Ramírez, Manuel, "Prólogo" a Pereyra, Carlos, *Antología de sus obras*, México, 1944, p. XII.

34. Pereyra, Carlos, *El mito de Monroe (1763-1860)*, Madrid, 1916; hay otra edición en Buenos Aires, 1969. Es una versión ampliada de *La doctrina de Monroe*, publicada en 1908.

35. Pereyra, Carlos, *La obra de España en América*, Madrid,

1920; edición chilena, Santiago, 1944. La nota de presentación en la contratapa parece provenir de la pluma de Jaime Eyzaguirre. También se publicó en Chile del mismo Pereyra *Breve Historia de América*, 2 vols., Santiago, 1938.

36. Ver nota 2.
37. ANDRÉ, MARIUS, *El fin del imperio español en América*, Barcelona, 1922, Madrid, 1939.
38. EDWARDS VIVES, ALBERTO, *Apuntes para el estudio de la organización política de Chile*, en "Revista Chilena de Historia y Geografía", 9, 12 y 14, Santiago, 1913 y 1914, ahora reimpreso bajo el título *La organización política de Chile*, Santiago, 1943.
39. Íd. especialmente pp. 37 y 153.
40. Ver nota 26.
41. BLANCO FOMBONA, RUFINO, *El conquistador español del siglo XVI*, Madrid, 1922.
42. LEVENE, RICARDO, *Introducción a la historia del derecho indiano*, Buenos Aires, 1945-1958. Él mismo, *Investigaciones sobre historia económica del Virreinato*, 2 vols., Buenos Aires, 1927-1928. Él mismo, *Historia del Derecho Argentino*, 11 vols., Buenos Aires, 1945-1958.
43. VASCONCELOS, JOSÉ, *Raza cósmica*, Barcelona, 1925.
44. ESQUIVEL OBREGÓN, TORIBIO, *La constitución de Nueva España y la primera constitución de México independiente*, México, 1925. Él mismo, *La raza española como elemento componente del pueblo mexicano*, México, 1926. Él mismo, *Apuntes para la historia del derecho en México*, 4 vols., México, 1936-1948, nueva edición México, 1984. Él mismo, *Hernán Cortés y el derecho internacional en el siglo XVI*, México, 1985. Diego Fernández, Rafael, *Toribio Esquivel Obregón. Tiempo, vida y obra*, en "Revista de Investigaciones Jurídicas", 11, México, 1987.

45. JANE, CECIL B., *Liberty and despotism in Spanish America*, Nueva York, 1929; traducción castellana, Madrid, 1931. Eyzaguirre probablemente manejó la edición hecha en Buenos Aires, que es de 1942.
46. BONFIM, MANUEL, *O Brasil na America, caracterizacao da formação brasileira*, Río de Janeiro, 1929. También es autor de *O Brasil nação. Realidade da soberania*, Río de Janeiro, 1935.
47. MAEZTU, RAMIRO DE, *Defensa de la hispanidad*, Madrid, 1934. Marrero, Vicente, *Maeztu*, Madrid, 1955.
48. VASCONCELOS, JOSÉ, *Bolivarismo y monroísmo*, Santiago, 1934.
49. ZAVALA, SILVIO, *Instituciones jurídicas de la conquista de América*, Madrid, 1935; México, 1971, ampliada. Él mismo, *La encomienda indiana*, Madrid, 1935; México, 1971, ampliada. Él mismo, *Ensayos sobre la colonización española en América*, Buenos Aires, 1944.
50. LEVILLIER, ROBERTO, *Don Francisco de Toledo, organizador del Perú*, 3 vols., Madrid-Buenos Aires, 1936-1942.
51. TORRE REVELLO, JOSÉ, *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, Buenos Aires, 1940; hay edición facsimilar, México, 1991.
52. SCHAEFER, ERNST, *El Consejo Real y Supremo de las Indias*, 2 vols., Sevilla, 1935 y 1947.
53. HANKE, LEWIS, *First social experiments in America*, Harward, 1935. Él mismo, *The Spanish Struggle for Justice in the Con-*

quest of America, Filadelfia, 1949; traducción castellana, Buenos Aires, 1949, Madrid, 1959, que alcanzó extraordinaria difusión.

54. ÁVILA MARTEL, ALAMIRO, *Esquema del derecho penal indiano*, Santiago, 1941.
55. GIMÉNEZ FERNÁNDEZ, MANUEL, *Las doctrinas populistas en la independencia de Hispanoamérica*, en "Anuario de Estudios Americanos", 3, Sevilla, 1946.
56. MANZANO MANZANO, JUAN, *La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla*, Madrid, 1949. Él mismo, *Historia de las recopilaciones de leyes de Indias*, 2 vols., Madrid, 1950-1956, reimpreso, Málaga, 1981.
57. GARCÍA-GALLO, ALFONSO, *La ley como fuente del derecho en Indias en el siglo XVI*, en "Anuario de Historia del derecho español", 21, 1951. Él mismo, *Estudios de historia del derecho indiano*, Madrid, 1972. Para su caudalosa bibliografía posterior ver ese volumen y él mismo, *Los orígenes españoles de las instituciones americanas*, Madrid, 1987.
58. FRANKL, VIKTOR, *Ideas del imperio español y el problema jurídico-lógico de los Estados misiones en Paraguay*, en "Estudios de Historia de América", México, 1948. Él mismo, *Espíritu y camino de Hispanoamérica*, vol. 1 (único aparecido), Bogotá, 1953.
59. LEVENE, RICARDO, *Las Indias no eran colonias*, Buenos Aires, 1951. Treinta años antes, André al comenzar su obra cit. nota 37, p. 47, advertía "Decimos *reino* y no *colonia* porque la América española no era colonia. Durante el período de tres siglos impropiamente llamado colonial, se decía y escribía en todos los documentos oficiales: *reino* (en singular y en plural), *dominios*, *provincias*, *repúblicas*, que eran frecuentemente sinónimos. Decimos *Corona de Castilla* y no *de España*, por las razones que más adelante se verá (Las Indias pertenecían como reinos al monarca y no a España)". Ver Cood cit., nota 25.

60. BRAVO LIRA, nota 2. Él mismo, *Iberoamérica 1892-1992. Del IV al V Centenario*, en "Temas de derecho", 7, Santiago, 1993.
61. BRADING, DAVID, *The first America: the spanish monarchy, creole patriots and the liberal State, 1492-1867*, Cambridge, 1991; trad. castellana *Orbe indiano. De la monarquía católica a la república criolla 1492-1867*, México, 1991.
62. BRAVO LIRA, BERNARDINO, *América en la historia mundial. Su lugar en el mundo moderno unificado bajo la preponderancia europea*, en BACH 100, Santiago, 1989.
63. PALACIO, ERNESTO, *Orígenes y destino* (1939); también en él mismo, *La historia falsificada*, Buenos Aires, 1939, p. 53 ss.
64. PICÓN SALAS, MARIANO, *De la conquista a la independencia*, México, 1944. En Chile publicó *Hispanoamérica, posición crítica*, Santiago, 1931. Él mismo, *Intuición de Chile y otros ensayos*, Santiago, 1935. Sobre su estada en Chile, Grases, Pedro, *Mariano Picón Salas o la inquietud hispanoamericana*; también en él mismo, *Investigaciones bibliográficas*, 2 vols., Caracas, 1968, 2, pp. 173 ss.
65. CARBIA, RÓMULO, *La leyenda negra hispanoamericana*, Madrid, 1944; hay una edición anterior, Buenos Aires, 1943. Cuccorese, Horacio J., *Rómulo D. Carbia. Ensayo biobibliográfico*, Buenos Aires, 1962.
66. SILVA VARGAS, *Semblanza...*, nota 1.

67. Íd.
68. EYZAGUIRRE, nota 2, pp. 32 ss.
69. BOURNE, EDWARD GAYLORD, *Spain in America (1450-1580)*, Nueva York, 1904; trad. castellana, Santiago, 1916.
70. EYZAGUIRRE, nota 10, p. 16.
71. Íd., p. 17.
72. Íd., p. 59.
73. Íd., p. 7.
74. EYZAGUIRRE, JAIME, *Chile en el tiempo*, en "Finis Terrae", 28, Santiago, 1940, también en el volumen *Chile en el tiempo*, Santiago, s/f.
75. KREBS WILCKENS, RICARDO, *Pensamiento histórico de Jaime Eyzaguirre*, Conferencia, 3 octubre 1985, Cf. "El Mercurio", 6 octubre 1985.
76. VIAL CORREA, GONZALO, prólogo a Maeztu, Ramiro de, *Defensa de la hispanidad*, Santiago, 1975, p. 9.
77. EYZAGUIRRE, JAIME, *Hispanoamérica continente de comparsa*, en "Estudios", 109, Santiago, 1942; también en él mismo, *Chile en el tiempo*, Santiago, s/f.
78. Ver nota 2. "Nota preliminar" fechada en agosto de 1968. Su autor falleció de esta vida el 17 de septiembre siguiente.
79. EYZAGUIRRE, JAIME, *Por la fidelidad a la esperanza*, en "Finis Terrae", 53, Santiago, 1966.
80. Ver nota 79.
81. EYZAGUIRRE, nota 8.
82. Íd.
83. EYZAGUIRRE, nota 77, p. 9.
84. EYZAGUIRRE, JAIME, *Prolegómenos a una cultura hispanoamericana*, en él mismo, nota 77, p. 79.

85. EYZAGUIRRE, nota 2.
86. Íd.
87. EYZAGUIRRE, nota 110.
88. "Nota preliminar", ver nota 2.
89. Ver nota 15.
90. SILES SALINAS, JORGE, *Las dos fuentes de la revolución contemporánea*, en "Finis Terrae", 35, Santiago, 1962, p. 9.
91. Sobre la revolución, Silva Vargas, Fernando, *Un contrapunto de medio siglo: democracia liberal y estatismo burocrático 1924-1970*, en Villalobos Rivera, Sergio y otros, *Historia de Chile*, 4 vols., Santiago, 1974-1976, especialmente p. 972 y ss. "Mensaje", 115, número especial dedicado a la Revolución en América Latina, Santiago, 1962. Castillo Velasco, Jaime; Chonchol, Jacques y Silva Solar, Julio, *Concepto de revolución en libertad*, informe aprobado en el II Congreso Nacional del Partido Demócrata Cristiano, en "El Mercurio", 28 de agosto de 1966. Sobre la revolución cubana y la reacción de los Estados Unidos en Hispanoamérica. Últimamente, Aldunate Herman, Eduardo, *El Ejército de Chile 1603-1970. Actor y no espectador de la vida nacional*, Santiago, 1993, especialmente pp. 74 ss.
92. SILES, nota 90, p. 9.
93. VIAL LARRAÍN, JUAN DE DIOS, *Militares, aventureros y políticos*, en "Dilemas", 1, Santiago, 1966.
94. EYZAGUIRRE, nota 10.
95. BRUNNER, OTTO, *Das Zeitalter des Ideologien, Anfang und Ende*, también en él mismo *Neue Wege der Verfassungs- und Sozialgeschichte*, Gotinga, 1956. Mannheim, Karl, *Ideologie und Utopie*, 1929-1931, traducción castellana, Madrid,

1956. Voegelin, Erik, *Die Politische Religionen*, Estocolmo, 1929. Él mismo, *Religionersatz. Die gnostische Massenbewegungen unser Zeit*, en "Wort und Wahrheit", 15, 1960, traducción castellana, Madrid, 1966. Él mismo, *Politische Messianismus. Die romantische Phase*, Opladen, 1963; traducción castellana, Madrid, 1966. Bracher, Dietrich, *Zeit der Ideologien. Eine Geschichte des politischen Denkens im 20. Jahrhundert*, Stuttgart, 1982. Moreno Valencia, Fernando, *Utopía, ideologías y totalitarismo*, Santiago, 1989.

96. Lyotard, Jean François, *La Condition Postmoderne*, París, 1979; traducción castellana, Madrid, 1984. Intenta aunar tres corrientes derivadas de la Ilustración representadas por Saint-Simon, Nietzsche y Marx. Baudrillard, Jean; Rutschky, Michael; Sonnemann, Ulrich y Hesse, Heidrun (cf.), *Tod der Moderne: Eien Diskussion*, Tubinga, 1983. *Modernity and Modernism, Posmodernity and Posmodernism*, en "Culturale Critique", 5, 1986-87. Vattimo, Gianni, *La fine della Modernitá*, Turín, 1985; traducción castellana, Barcelona, 1986. Él mismo y otros, *En torno a la Postmodernidad*, Barcelona, 1990. Foster, Hal (ed.), *La condición postmoderna*; traducción castellana, Barcelona, 1985. Wellmer, A., *Zur Dialetik von Moderne und Postmoderne*, Francfort, 1985. Huyssen, Andreas y Scherpe, Klaus, *Postmoderne. Zeichen eines kulturellen Wandels*, Reinbek-Hamburgo, 1986. Koslowski, Peter, Spaemann, Robert, Löw, R. (eds.), *Moderne oder Postmoderne*, Weinheim, 1986. Huyssen, Andreas, *After the great divide: Modernism, mass culture, posmodernism*, Indiana, 1987. Kamper, D., Van Reigen, W., *Die unvollendete Vernunft. Moderne versus Postmoderne*, Francfort, 1987. Koslowski, Peter, *Die Postmoderne Kultur*, Munich, 1988. Ballesteros, J., *Postmodernidad, decadencia o resistencia*, Madrid, 1989. Casullo, Nicolás (comp.), *El debate modernidad-postmodernidad*, Buenos Aires, 1989. Follari, Roberto A., *Modernidad y postmodernidad: una óptica desde América latina*, Buenos Aires, 1990. Innenarity, Daniel, *Dialéctica de la modernidad*, Madrid, 1990.

97 Bravo Lira, Bernardino, *América y la modernidad: de la modernidad barroca e ilustrada a la postmodernidad*, en "Jahrbuch f. Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas", 30, Colonia-Weimar-Viena, 1993.

98. Íd.

99. Steger, Hans-Albert, *América Latina*, en "Encuentros", 1, Caracas, 1987.

La tradición

Mi primera palabra será para agradecer muy de corazón, a los organizadores del presente homenaje a Jaime Eyzaguirre, el haberme invitado a cooperar en su celebración. Me unió a Jaime una amistad entrañable que se prolongó a lo largo de más de treinta años, incluso prescindiendo de distancias, y que sólo la muerte pudo interrumpir. Siempre se mantuvo entre nosotros una fundamental concordancia relativa a nuestros modos de pensar y de opinar sobre aquellos grandes problemas que atañen a lo que Unamuno llamaba *el hondón de nuestra alma*. Ni siquiera pudo influir en este punto la circunstancia de haber estado físicamente separados durante más de doce años. Porque según puedo recordar perfectamente, al vernos de nuevo en Madrid, en el aeropuerto de Barajas, tras siete años de no haber cruzado, los dos, ni una palabra, todo ocurrió como si nos hubiéramos separado tan sólo la víspera. Todo, sí, excepto el abrazo que nos unió a su llegada. Esta concordancia sobre las cuestiones fundamentales de la vida terrena no constituía, por cierto, obstáculo alguno para que, conservando cada uno de nosotros una personalidad bien definida, pudiéramos discutir, llegado el momento, sobre problemas de menor importancia. Al fin

y al cabo, éramos, ambos, personas y no simples engranajes de una maquinaria cualquiera.

Pues bien, dada la personalidad de aquel cuyo pensamiento conmemoramos ahora, he creído muy conveniente formular algunas reflexiones sobre un tema de capital importancia, y que, tanto a él como a mí, nos entusiasmaba hasta el fondo del alma: la tradición. ¡Cuántas veces conversábamos durante horas enteras sobre este problema, juzgado de manera tan cicatera y mezquina por la mayoría de las mentalidades actuales! Los dos coincidíamos plenamente sobre su necesidad e importancia en pro de una vida política que mereciera el calificativo de tal. Los dos también coincidíamos en que, sin tradición, no pueda darse la historia, y que, a su vez, sin historia, tampoco podrá concebirse, en el estricto sentido del término, una sociedad civil, una nación hecha y derecha. En lo que diferíamos, no obstante, era en el modo de abordar y tratar el problema. Él, en su calidad de historiador fino y sagaz, la concretaba en función de nosotros, los hispanoamericanos, en relación con nuestra raigambre española, aquella en virtud de la cual pertenecemos al mundo civilizado y católico. Yo, en mi calidad de profesor de filosofía tomista, procuraba enfocarla como esa especie de cuarta dimensión que debe afectar a toda *entidad sucesiva* que se llame y que sea nación. Sin embargo, como se ve fácilmente, ambos aspectos se hallaban lejos de oponerse entre sí. Antes bien, se presentaban, de veras, como las dos caras de una sola y misma medalla. Por este motivo, y en vista de que podemos hoy día apreciar, a través de sus obras, el carácter

hispánico de nuestra tradición nacional, quiero ahora destacar por mi parte su aspecto ontológico. Aspecto que, si bien no fue formulado expresamente por Jaime, fue vivido y cultivado por él.

Porque ocurre actualmente, en efecto, un curioso fenómeno —si es que, en verdad, puede estimarse curioso— que sólo se explica en función de esa inconsecuencia o falta de lógica que aqueja, entonteciéndolas, las mentes de hoy día. Lo que quiero expresar es que la tradición se considera actualmente como un mero sentimiento romántico de dudoso valor efectivo en la vida de individuos y pueblos, y que sólo se limita a evocar, o, si se quiere, a soñar, las glorias de un pasado que ya no ha de volver. Vendría así a ocurrir con la tradición lo que sucede cada año con el 12 de octubre, ese mal llamado *Día de la raza*, que debería llamarse de *la hispanidad*, desde que España, en feliz y aguda expresión de Eugenio Montes, *no es zoo sino que es espíritu*. Pues bien, con ocasión de ese día, todos nosotros nos volvemos hijos de España, para dejar de serlo, sin que queden recuerdos, como por arte de magia, al amanecer del día siguiente. Es cierto que todo acontece de tan absurda manera. Sin embargo, no es menos cierto que aquello no debería ocurrir. El negarle a la tradición todo valor, es una actitud que, además de constituir un error garrafal, resulta peligrosa en extremo; porque, bajo su influjo funesto, cada una de las naciones modernas se ha convertido en un conjunto de estratos sociales que han venido sucediéndose unos a otros en el correr de los tiempos sin la menor relación entre ellos. La generación

presente y actual ignora todas las que la han precedido, sin ocurrírsele siquiera pensar que proviene de ellas, y que no sólo proviene de ellas sino que son estas mismas las únicas que pueden dar razón de su actual existencia. De esta suerte, pareciera que el estrato político actual de cada nación es el único que la representa de veras; el único que influye en su vida; el único, en fin, a quien corresponde dirigir su marcha presente y proyectar su futuro. Los otros, los que pasaron, los que se han convertido en pretérito, no tienen, en consecuencia, nada que hacer. De manera que, si extremamos las cosas, podremos decir que la generación actualmente vigente en cada nación podría considerarse como el resultado de un simple e incierto juego de azar, sin saber para qué ni por qué está en esta tierra.

Tal vez se crea que estoy extremando las tintas. Sin embargo, no hay nada de eso. Lo que ocurre es que, como vengo diciéndolo desde hace ya largo tiempo, las naciones cristianas no pueden sustituirse unas a otras, porque cada una de ellas está llamada a realizar, en el tiempo, los decretos que Dios ha otorgado desde la eternidad. En este sentido, ni en muchos otros tampoco, el punto de vista católico para investigar las rutas en que se desarrolla la historia no podrá coincidir jamás con el punto de vista pagano que es el que rige actualmente en las esferas políticas. Y conste que, al hablar de paganos, les estoy sumando los actuales agnósticos. Y es éste un aspecto que no se considera jamás cuando se habla de historia. Por eso he dicho también que las naciones cristianas, de suyo, no deben ni pueden dejar de existir; aunque, por supuesto,

para lograrlo, deberán mantenerse ceñidas a las funciones que les haya, Dios, señalado.

Tal vez estas afirmaciones suenen a extraño. Así, podría ocurrir, en efecto. Pero ello se debería, sin duda, a que se piensa y se medita muy poco, a mi juicio, en una verdad que Santo Tomás destaca magníficamente: que las sociedades civiles se ordenan, de suyo, al desarrollo normal, en el mundo presente, del *homo politicus*. En cierto sentido, pero nada más que en cierto sentido, las sociedades civiles están referidas al hombre y no viceversa. Pero es evidente que, desde este momento y por esta razón decisiva, han de reproducir en sí mismas el *modus essendi* de ese individual y personal *homo politicus*. Ahora bien, según alguna vez se le ha definido, el individuo humano es el único que, en este bajo mundo terreno, no procede *sustituyendo* sino *acumulando*. Dicho de modo más claro y directo, en el momento presente de cada cual, persiste, de alguna manera, el pasado. En caso contrario, le sería absolutamente imposible avanzar, progresar, ascender. Todo se reduciría a una sucesión potencialmente interminable de instantes exasperantemente iguales unos a otros. Nuestra vida se mostraría así de una horizontalidad sofocante. Y conste que no estoy ahora pensando para nada en la dosis de experiencia que cada cual pueda acumular en virtud de lo que suele llamarse *progreso*. No. Me estoy refiriendo a otro problema más hondo todavía y de indudable sabor metafísico. La acumulación referida nos permite intensificar nuestra *actualidad metafísica*. Nos hace ser más actuales. Y ya sabemos que, al ser más actuales, nos estamos en cierta

manera excediendo a lo que podríamos haber sido en caso de no progresar.

Es en este proceso de persistencia y acumulación verdaderamente inefables donde se funden nuestras ansias profundas de ser, cada vez, *más personas*.

En este sentido, como en tantísimos otros, nos procura un ejemplo decisivo e incomparablemene eficaz, nuestra Santa Madre, la Iglesia romana. Para nadie, en efecto, constituye un secreto que la tradición adquiere en su ambiente la categoría de una auténtica norma de fe, cuyo testimonio lo debemos admitir sin reservas si queremos ser, y continuar siendo, sus hijos. La tradición significa para ella un testimonio de idéntica altura al que le proporcionan las páginas de los libros sagrados. Es el mismo San Pablo quien lo expresa muy a las claras, cuando, escribiéndoles a los de Tesalónica los exhorta: *guardad las tradiciones que recibisteis, ya de palabra, ya por nuestra carta* (2, Ts., 2, 15). Y yo creo que esta actitud constante de nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica, puede servirnos de ejemplo elocuente e incalculablemente benéfico, que no debemos, de ningún modo, echar en olvido. Urgiendo aún más el asunto, creo conveniente llamar ahora la atención hacia una circunstancia digna de ser meditada: que la tradición apostólica resulta más antigua todavía que los escritos del Nuevo Testamento. Basta considerar que estos escritos, uno de los cuales acabo de citar, se inician allá por los años cincuenta de la Era Cristiana, mientras que Cristo muere en la cruz por todos nosotros el año veintinueve de esa Era. Resulta entonces —y quiero insistir en este punto impor-

tante— que los veinte primeros años de la Era Cristiana, los discípulos de Cristo vivieron de la palabra oral y no de la escrita. Incluso hasta hoy día, las tesis teológicas se demuestran por medio de dos clases de pruebas: una fundada en la Sagrada Escritura, y la otra en la Tradición.

Volviendo ahora de nuevo nuestras miradas hacia el orden político, la tradición ha adquirido allí tal importancia que el propio Vázquez de Mella la califica como *el sufragio universal de los siglos*. Por supuesto que debo insistir en que este sufragio universal, secular y no momentáneo tan sólo, no tiene absolutamente nada que ver con el que se conoce de ordinario bajo tal remoquete. Es que, en realidad, se abre entre ambos sufragios la misma insondable distancia que media entre un simple instante del tiempo —el *nunc temporis* de que nos habla Santo Tomás comentando a Aristóteles— y el correr de los siglos. Vemos ahora, en efecto, cómo cada nación, a semejanza de cada individuo de número del género humano, vive exclusivamente *en su día*, sin evocación del pasado ni proyección al futuro. No es que yo exija que seamos *profetas*, pero sí por lo menos, que seamos *prudentes*. Y es por vivir exclusivamente en la exigüidad del instante por lo que las generaciones actuales ignoran incluso el pasado que les es inmediato. Y no se medita poco ni mucho en que esta actitud de ignorancia supina ha de afectar asimismo a la propia generación que todavía es presente. Porque con semejante postura cae por su peso que estaríamos necesariamente condenados a comenzar desde cero. Y, en situación semejante, tengo derecho a preguntarme si vivir

intramuros de una nación vale para algo... si no sería más conveniente y benéfico vivir absolutamente extramuros. Porque, en esta última hipótesis, quedaría el consuelo, a lo menos, de que cada cual podría hacer, de su capa, un sayo. Por desgracia, es esto precisamente lo que está sucediendo en las naciones modernas. Difícil sería, en efecto, descubrir una sola de entre ellas que pueda procurar a quienes la integran, los beneficios que, de suyo, está llamada a ofrecer.

Como se ve fácilmente, la tradición posee en sí misma un doble valor: el valor individual y el valor colectivo. Porque es un hecho innegable, en efecto, que ninguna persona puede desarrollar su existencia en situación de aislamiento completo. De algún modo u otro, no tendrá más remedio que desarrollar cierto grado de vida social. Pues es eso lo que ocurre con toda tradición que lo sea de veras. También deberá ofrecer, a su vez, esta doble dimensión de que acabo de hablar: individual y social. Sería, en verdad, de extrañar lo contrario. Porque, en tal tesitura, tanto valdría sostener la posibilidad de poder vivir, cada cual, en soledad absoluta. Y conste que, al rechazar la posibilidad de éste hipotético modo de vida, lo estoy haciendo desde una perspectiva que no es solamente moral sino también predominantemente ontológica. En consecuencia y para reducirme a los límites que me impone la lógica, no me quedaría, en tal caso, sino sostener que una situación de carácter normal sería precisamente la que carece de normas. No obstante y a pesar de lo que vengo diciendo, queda en pie mi afirmación anterior de que es imposible separar, una de otra, las dos dimensiones que

ofrece de suyo toda tradición que merezca el calificativo de tal. Lo que debemos hacer no es *separarlas* sino *distinguirlas*. Porque así como resulta imposible separar la persona humana respecto de todo organismo social, aunque es de obligación imperiosa distinguirla de aquel en que se halla incluida, así debemos también proceder frente a lo que verdaderamente es tradición. Lo que ocurre, a mi juicio, es que se debe destacar, en todo momento, una verdad capital: la de que toda tradición que pretenda calificarse de auténtica, ha de comenzar por ser personal antes de adquirir dimensión colectiva o social.

La persona individual, en efecto, no puede prescindir poco ni mucho de lo que es tradición. Si así procediera, no podría simplemente desarrollar ninguna norma de vida de matiz racional, sino que se vería reducida a una vida puramente animal. Es que cada uno de nosotros resulta en verdad, con relación a su presente individual, algo así como el fruto —más o menos lozano, más o menos en agraz— del conjunto de sus experiencias pasadas. No quiero decir, por supuesto, que se haya de negar, ni poner en duda siquiera, nuestro libre albedrío. De ninguna manera. Lo que sí quiero decir claramente es que el pasado afecta al momento presente con una intensidad que nadie ni nada puede negar, aunque nos quede amplio margen para someterlo a las exigencias de nuestro ya mencionado libre albedrío. Desde luego, el pasado nos brinda una serie multiforme de elementos de juicio que pueden ampliar incalculablemente nuestro campo visual. A ese tipo de elementos que nos van procurando los acontecimientos

presentes, y con los cuales debemos, de todos modos, contar, vienen a sumarse aquellos que sólo conocemos de oídas, pero que, al fin y al cabo, conocemos de veras. Lo que ocurre es que es necesario insistir en una situación que, dada la carencia alarmante de conceptos en que se debate nuestra inteligencia acerca de lo que las cosas son en sí mismas —porque sólo preocupan, hoy, los fenómenos— situación que viene, en resumidas cuentas, a resultar un misterio: me refiero al proceso inefable en cuya virtud el sujeto cognoscente se convierte en la realidad conocida, la cual, a su vez y también en virtud de este hecho, pasa a formar parte integrante del sujeto que la está conociendo. Resulta así que, por el solo hecho de que lleguemos a conocer el pasado, o sea aquello que ha dejado de perdurar actualmente, dilatamos —como ya lo hemos dicho— nuestro propio campo visual. Pero también —y aquí viene lo más importante desde un punto de vista ontológico— dilatamos así, ennobleciéndola, nuestra propia personalidad racional.

Ahora bien, para establecer la conclusión precedente, no he hecho sino ajustarme estrictamente a la doctrina tomista acerca de lo que es la actividad cognoscitiva contemplada en sí misma, prescindiendo de cualesquier elementos que puedan contraerla a alguna o algunas de las diversas especies en que se resuelve de hecho. A este propósito viene de perlas recordar la diferencia que establece el Angélico entre los entes cognoscentes y los no cognoscentes. Los primeros poseen, además de la forma que les es esencial y en cuya virtud son *aquello que son*, toda

la serie multitudinaria de las formas que les son adjetivas, que les sobrevienen de fuera e inciden en ellos, y que modifican y matizan a esa forma, sin llegar a alterarla, no obstante, en su fisonomía esencial. Los no cognoscentes, en cambio, sólo poseen su forma esencial, aquella que les hace, precisamente y sin más, ser lo que son. Esta diferencia insondable a la vez que fecunda es la que querrían suprimir, a mi juicio, todos aquellos que rehúsan obstinadamente conocer el pasado, so pretexto —pretexto ridículo— de que ese pasado ha dejado ya de existir. El hecho de ser no solamente uno mismo sino, en cierta manera, también todas las cosas, nos procura, a todas luces, una perfección inefable, y, también en cierta manera, nos hace coincidir con el mundo en su cabal amplitud. En cierto modo, por fin, nos hace salir de nosotros, evadiéndonos de nuestra limitación corporal, e introduciéndonos así, aunque sea en calidad de *convidados de piedra*, en el universo de los puros espíritus. Son todas estas incalculables ventajas —e insistimos, una vez más, en el tema—, las que rechazan, sin saber por supuesto lo que hacen, todos aquellos que se manifiestan muy satisfechos con el conocimiento exclusivo del momento presente. Y conste, contra lo que podría parecer a más de alguien, que en esta ocasión no estoy de ninguna manera forzando las notas. Estoy exprimiendo, eso sí, en la medida en que me ha sido posible, las extraordinarias riquezas implícitas en los principios gnoseológicos establecidos sólidamente por un incomparable maestro que sabía perfectamente lo que se traía entre manos.

Esta dimensión individual de toda tradición verdadera resulta, a mi juicio, esencial en el estricto sentido del término. Como lo he dicho hace sólo algunos momentos, es absolutamente imposible, para una persona humana cualquiera, carecer por completo de aquello que, de veras, es tradición. Y este carácter individual de toda tradición verdadera es lo que ofrece fundamento y motivo para que veamos en ella un factor necesario en la estructura adecuada de una sociedad civil o nación. A pesar de todo, debo llamar la atención hacia una circunstancia que no es conveniente ignorar, porque su conocimiento resulta indispensable para poder apreciar lo que es el carácter tradicional contemplado en sí mismo. Esta circunstancia es la siguiente: los valores tradicionales que lo son de verdad actúan, en una nación, de modo comparativamente más entrañado y profundo, que en la persona individual. La razón de tal diferencia es sencilla, y proviene de otra diferencia anterior que se refiere al modo de existir propio de un individuo respecto del que es peculiar a una nación. Una persona individual existe en sí misma, como sustancia que es, y, en cambio, una nación no existe ni podrá jamás existir en sí misma, sino tan sólo en el conjunto de individuos que la están integrando, porque toda forma nacional es, de suyo, simplemente adjetiva, sin que pueda jamás llegar a ser sustantiva. Y justamente es aquí donde reside el error fundamental de Ortega al calificar a la persona humana como sustancialmente histórica. Lo que es sustancialmente histórico no es el hombre, sino la nación. El hombre es sustancialmente ontológico, hasta

tal punto que es éste el único modo de ser que puede permitirle conservar, a través de todas sus peripecias vitales, esa identidad consigo mismo que, a su vez, le permite recordar el pasado, incorporarlo intencionalmente al presente y poder así proyectarlo al futuro.

Es, en verdad, esta circunstancia precisa la base de la diferencia que acabo de dejar anotada, y la que, además, priva a la sentencia orteguiana de todo viso de ser verdadera. No olvidemos que los entes artificiales —esos entes que son producto del hombre y no producto directo de Dios— carecen, estrictamente hablando, de esencia, de suerte que mal podrían ser sustanciales. Por ese mismo motivo es que las naciones, por sí mismas, son sustancialmente históricas. Y es por esta trascendental y profunda razón, al contrario, o sea por su ser sustancial, que el individuo humano no puede ser sustancialmente histórico. Es que *lo sustancial y lo histórico mutuamente se excluyen*, en tanto que *lo sustancial y lo ontológico mutuamente se incluyen*. Porque toda entidad sustancial se halla situada al margen de cualquier movimiento, y, por lo mismo, fuera del tiempo, que es su medida, según lo demuestra Aristóteles. Si se medita despacio este asunto, uno comprende que el error orteguiano resulta excepcionalmente antagónico a todo cuanto, de cerca o de lejos, signifique verdad. Justamente, las personas individuales son, en sí mismas, ontológicas, mientras que aquellas multitudinarias, que son las naciones, sí que pueden justamente calificarse de cuasisustancialmente históricas. Y es también por este preciso motivo que la tradición ocupa de suyo, en el

acontecer nacional, esa posición *cuasiesencial* de que he hecho mención, lo cual no ocurre, por cierto, en el caso de las personas individuales humanas. Ahora, para resumir el problema en términos breves, es preciso sostener que lo tradicional —o, si se prefiere, la tradición— es constitutivo cuasiesencial de toda nación.

Explicando, y de paso, confirmando a la vez la proposición anterior, creo conveniente destacar una circunstancia que cada cual puede verificar por sí mismo. La identidad que cada cual guarda necesariamente consigo, se conserva al abrigo de cualquier peripecia. En otras palabras, resulta irremisiblemente indestructible. Por ello, me está permitido decir —y cada cual puede decirlo junto conmigo— que uno es *él mismo* a lo largo de toda su vida, aunque, y por otra parte, no pueda decir que siga siendo *lo mismo*. Esta es la paradoja aparentemente característica de todo ente móvil; es decir, de todo ente capaz de experimentar en sí mismo mutaciones y cambios. Por esto es posible afirmar sin error —y aquí la paradoja se nos hace visible— que sólo puede moverse aquello que, a través del movimiento, sigue siendo el mismo que era. O, en otras palabras, *sólo se mueve aquello que sigue siendo sustancialmente inmutable*. Lo que quiero decir con todo esto es que la identidad individual de que cada uno de nosotros dispone, encuentra su razón entrañada de ser no en las fuerzas o causalidades humanas, sino en el influjo creador que la está haciendo existir. Por consiguiente, la identidad de cada cual no puede hallarse de ningún modo *en vilo*, y así, por mucho que uno haga, no podrá aminorarla siquiera.

Con la nación, en cambio, ocurre otra cosa completamente diversa. Su identidad consigo misma se halla sujeta a avatares que, inclusive, la podrían llevar, dado al caso, hasta su destrucción absoluta. De estos procesos, la historia nos ofrece numerosos ejemplos que nos deberían hacer meditar. Porque lo que ocurrió en tiempos que fueron, puede muy bien ocurrir en tiempos que aún son. Uno no debe olvidar, a este respecto, que desde hace ya largo tiempo, las naciones cristianas han comenzado a dejar de ser auténticamente cristianas.

Esta circunstancia expresada nos hace ver a las claras algo sobre lo cual no se suele meditar lo bastante: que si la continuidad personal se halla al abrigo de cualquier contingencia, en el sentido de que nada ni nadie podría destruirla o aminorarla jamás, dista mucho, no obstante, de mostrarse perfecta. La prueba está en que se ve afectada por el movimiento en sus diversas especies, y, por lo mismo, sometida al correr de los tiempos. Dicho de otro modo, la identidad personal racional reviste los rasgos de una *continuidad*. Y es así como está demostrando que no es una identidad perfecta, exhaustiva, una identidad que le permita, a la persona humana, poseerse, en cada momento, plenamente a sí misma. Una entidad, para que sea perfecta, ha de mostrarse refractaria, en esa misma medida, a todo cuanto, de cerca o de lejos, ofrezca algún *dejo* o *regusto* de continuidad. Por este mismo motivo, la persona individual no es sustancialmente *continua* sino *simultánea*, de tal suerte que la continuidad la afecta sólo de modo accidental o adjetivo. Claro está que, con esto, no quiero

decir que no exista, sino simplemente que esa existencia no es absoluta o perfecta. Porque la identidad absoluta o perfecta —es decir aquella en que el individuo o persona se posee a sí propio en la exacta medida en que es— es privativa del Ser necesario o Existir subsistente. De esta suerte, la persona humana sólo es *adjetiva* o *accidentalmente* continua. Porque, *sustancialmente*, no se halla sujeta al correr de los tiempos. La prueba palmaria de lo que voy expresando está en el hecho innegable de que conservamos recuerdos de nuestra vida pasada... Porque, ¿cómo podríamos, en caso contrario, siquiera concebir lo que sea un recuerdo? Cae de maduro, por tanto, que la identidad personal, por su condición sustantiva, no se halla sujeta, en manera alguna, a peligros.

Ahora, por lo que se refiere a una nación, el problema se presenta de modo radicalmente diverso. Desde luego, es indudable que, en cuanto nación deberá poseer entidad efectiva. Pero, a diferencia de lo que ocurre con la identidad personal de que acabamos de hablar, la identidad nacional se halla *en vilo*. Y de tal modo lo está, que le es imposible no estarlo, aun cuando desarrollemos nuestros esfuerzos más ímprobos en pro de que así no suceda. Tal situación no tiene remedio. Por ello, la identidad nacional deberá así depender siempre de nuestros esfuerzos, y, en consecuencia, deberemos estar sosteniéndola de riguroso e ininterrumpido continuo. Claro está que algunos podrían objetar que es más fácil decirlo que hacerlo. ¡Evidente! Pero esto no quita de ningún modo que debamos hacerlo. Por lo demás, la identidad nacional no es un valor

cuya comprensión sea fácil. De ninguna manera. Se trata, en efecto, de una identidad rigurosamente calcada, de derecho si no de hecho, sobre la identidad personal que cada cual lleva consigo. Ahora bien, desde que la identidad individual constituye la expresión genuina de nuestro propio ser personal, la identidad nacional deberá constar de valores análogos a los de nuestra identidad personal. Pues bien, sin pretender ahora, por mi parte, entrar en mayores detalles sobre cuáles y cuántos sean aquellos, insistiré en lo que es primordial: en que todos constamos, en la medida en que somos humanos, de un organismo y un alma, y que esa continuidad personal, que es el modo cómo se verifica en nosotros nuestra identidad personal, no es efecto del cuerpo sino efecto del alma. Y que así, y de ningún otro modo, ha de ocurrir también con la identidad nacional.

Y es esta circunstancia lo que establece una semejanza innegable entre la identidad individual y la identidad nacional. Porque, en lo que se refiere a nosotros, individuos humanos, no somos, en efecto, continuos por nuestro organismo sino por nuestra alma. Porque es un hecho averiguado científicamente que nuestro cuerpo se va renovando cada cierto número de años, de suerte que el que cada uno de nosotros posee hoy en día no es el mismo que poseía hace una década. Esto quiere decir una cosa muy simple: que nuestra persistencia en el ser está asegurada —según lo acabo de recordar— no por nuestro organismo sino por nuestra alma. Pues bien, algo similar ocurre con una nación. Los individuos que la componen se han ido

renovando sin cesar en el correr de los tiempos, de lo cual deducimos que el existir nacional no perdura o persiste por esos individuos concretos, sino por cierto tipo de espíritu —*analogice dico*— que les es trascendente. Entonces, la consecuencia se impone: lo que se manifiesta en una nación como tal y como factor predominante, no son los individuos, sino que es su espíritu. Tal vez se me objete que los individuos resultan necesarios para sustentar y hacer que ese espíritu continúe y persista vigente, a lo cual responderé que, efectivamente, es así; pero que, sin embargo, algún factor debe influir en el hecho de que, mientras los individuos se van sucediendo necesariamente unos a otros, el espíritu nacional está llamado a durar. Tal vez se me objete de nuevo que, de hecho, las cosas no ocurren así y que el espíritu al cual me refiero también se va, en cierto modo, alterando. Y nuevamente tendré que responder que, efectivamente, es así. Con la restricción, sin embargo, de que, si ello ocurre de hecho, no debiera ocurrir de derecho, ya que, si debiera ocurrir de derecho, el solo luchar en pro de la identidad nacional, constituiría, por nuestra parte, un desatino. Y de sobra sabemos que no es así. Porque inclusive las naciones modernas, a pesar de hallarse profundamente desviadas de su razón de ser natural, siguen dando culto a sus prohombres y héroes, lo cual no tendría sentido de no poseer realidad eso que se llama la continuidad —o identidad— nacional.

Las reflexiones anteriores nos están haciendo ver que una tradición nacional, por el solo hecho de constituir el modo peculiar de revelarse hacia fuera de una nación, ha

de mostrarse, no de modo exclusivo pero sí predominante, dotada innegablemente de espíritu. Es el espíritu nacional, en efecto, según lo acabo de recordar, y no los individuos concretos, lo que asegura la continuidad, y, junto con ella, la identidad de *la tierra de los padres*, que eso, y no otra cosa, significa *la patria*. Pero, desde el momento en que hemos comprobado que la patria no constituye una entidad *simultánea* sino una entidad *sucesiva*, nos es absolutamente preciso conocer su pasado. En otras palabras, su historia. Por ello, la inclinación que predomina actualmente entre aquellos que se estiman y califican a sí mismos como buenos patriotas, de reducirse al conocimiento del solo presente de la nación en que viven, está demostrando con creces que *lo dicho* no se traduce en *los hechos*. Es, en efecto, absolutamente imposible poseer y estar animado de auténtico amor a la patria si se la desconoce en su vida pretérita, o, en otras palabras, si se menosprecia su historia. Desde el momento —e insisto en este punto una vez más— en que la nación no se encuentra contenida por entero en el solo momento presente, sino que se despliega a través de su vivir sucesivo, es también a lo largo de todo este vivir sucesivo cómo se irá adquiriendo acerca de ella un conocimiento que, de alguna manera, sea integral. Porque siendo el conocer una manera de poseer la realidad conocida, conforme conozcamos su historia la comprenderemos tal como es en sí misma. Y al comprenderla tal como es en sí misma, en esa exacta medida podremos apropiárnosla, y, a la vez, orientarla y dirigirla en su desarrollo presente con el fin de preparar su futuro.

Pero también debemos, además, tomar muy en cuenta una circunstancia especial.

Desde el momento, en efecto, que no hay ni puede haber dos personas iguales, ni, mucho menos, idénticas, tampoco habrá ni podrá haber jamás dos naciones iguales ni idénticas. Cada una de ellas es sola en su especie, y, por lo mismo, sola en su historia. Y creo que es muy importante insistir en este aspecto, porque de aquí podemos deducir una consecuencia que nos atañe de cerca. Hemos visto, en efecto, que cada una de las naciones ofrece, de por sí, un carácter que no es natural sino artificial, en el sentido de que su existencia no depende directamente del influjo de Dios Creador, sino de la actividad analógicamente artesana del hombre. Las naciones son fruto de la actividad racional artesana, aunque esta actividad haya de desarrollarse sobre la base de nuestra sociabilidad natural. Es la sociabilidad lo que procede de Dios, pero no su actualización efectiva. Y de aquí se deduce que, para trabajar en pro de cualquier perfección nacional, lo que importa no es buscar modelos ajenos sino, en esa nación, escudriñar con seriedad su pasado. Ahora que, para escudriñar su pasado, debemos partir de la base de que hay que aceptarlo tal como es, sin someterlo a alteraciones ningunas, ni tampoco repetirlo, sino acomodarlo a los momentos actuales. Aquí rige con rigor especial el conocido aforismo de *vetera novis augere* —aumentar, con lo nuevo, lo antiguo—. Expresado con mayores detalles, se trata de desarrollar las virtualidades que están contenidas en los momentos pretéritos de una nación y hacerlas pasar, del estado virtual

en que, por el momento, se encuentran hasta una actualidad que permita convertirlas en factores de desarrollo y progreso.

Estoy, de este modo, insinuando que nuestra tradición, por ser precisamente la nuestra, ha de ser diferente de todas las otras. Y en realidad, así debe ser. Naturalmente, esta afirmación tiene que ser matizada para no incurrir, por mi parte, en error. Ha de ser diferente, por lo pronto, de todas aquellas que son extrañas al origen hispánico, pero no de aquellas que lo manifiestan al igual que la nuestra. Es que ocurre, en realidad, en este orden, algo semejante a lo que sucede en nuestro propio género humano. Nosotros diferimos de todos los irracionales por la especie en que nos contamos y en cuya virtud poseemos los rasgos y caracteres típicos de nuestra condición racional. Pero inclusive entre los pertenecientes a nuestro mismo género humano, diferimos acusadamente unos de otros, sin que estos rasgos diferenciales lleguen a anular ni siquiera aminorar nuestra condición específica. Pues bien, semejante situación podemos aplicarla, sin mayor dificultad, al asunto que estamos tratando, para lo cual nos han de servir las leyes de la analogía. Porque nadie va a negar, en efecto, que las naciones hispánicas constituimos algo así como un género, cuyos rasgos genéricos son fáciles de precisar asaz claramente. Sin embargo, dentro de este género, que los historiadores sagaces saben fijar en sus límites, nosotros, los chilenos, poseemos ciertos rasgos que, para el caso, podemos considerar como intragenéricos y que, sin aminorar las coincidencias genéricas, nos imprimen un sello que podemos calificar como peculiarmente nuestro. Esto quiere decir, en verdad, que cada una de las naciones que España ha engendrado en estas tierras de América viene a constituir una individualidad nacional, aunque en esta expresión el sustantivo parezca pugnar contra su modificación adjetiva.

Nuestra tradición constituye así un árbol inmenso cuyo ramaje se despliega ampliamente a lo largo del tiempo y a través del espacio. Y éste es un punto que, estoy convencido, hay que estudiar y traducirlo en la práctica. Nuestras naciones hispanas —a lo menos la nuestra— están adoleciendo de cierta estrechez provinciana y aun pueblerina en la manera de contemplarse, cada cual, a sí misma, y, también, de contemplar a las otras. Desde luego, sin ir más allá, acostumbramos considerar como el momento inicial de nuestra historia los acontecimientos que nos independizaron de nuestra Metrópoli. Y no nos damos cuenta cabal —a lo menos así lo parece— de una situación muy sencilla: que, para independizarnos, tuvimos que existir previamente. Ya nos lo dice el conocido aforismo de que *la operación sigue al ser*, pero no lo precede. Pues bien, esto quiere decir claramente que existíamos desde antes. Y si la cosa es así, lo lógico es que nos preguntemos con sumo cuidado cuándo ocurrió ese momento inicial. Pues bien, la respuesta, a mi juicio, cae por su peso, ya que ese momento tiene un lugar bien preciso tanto en el tiempo como en el espacio. El árbol de la tradición española brota en el año 717 de nuestra Era Cristiana, cuando el rey Don Pelayo vence a los musulmanes intrusos en Covadonga, dando así

inicio a la gesta que se conoce en la historia bajo la denominación de la *Reconquista española.* Reconquista que debía consumarse casi ochocientos años más tarde, cuando los Reyes Católicos entran triunfalmente en la capital del reino de Granada. Circunstancia ésta, de fundamental importancia, ya que podemos considerarla como el punto de partida del descubrimiento de América. Y a medida de que va creciendo y desarrollándose, el árbol hispánico va diversificando también su ramaje frondoso y fructificando predominantemente en las naciones hispánicas de la América nuestra.

Contemplados desde este punto de vista —y éste es el único punto de vista desde el cual merecen ser contemplados—, los fenómenos de nuestra independencia respecto de España cobran un aspecto absolutamente diverso del que ofrecen a los historiadores adocenados, tendenciosos y obtusos. Desde una perspectiva ordinaria, disfrutamos tan sólo de siglo y medio de vida, cuando la realidad efectiva es la de que este siglo y medio de vida se convierte, para el que sabe mirarlo, en cuatro siglos enteros y aún algo más. De esta suerte, y sobre esta base, podremos captar mucho mejor nuestra riqueza espiritual nacional, y, al mismo tiempo, podemos comprender claramente que lo que significó la Independencia para nuestro pueblo no fue su nacimiento sino su mayoría de edad, lo que es muy distinto. Por este motivo resulta un tanto contradictoria la visión política habitual del chileno —y, tal vez, la de todos los restantes pueblos hispánicos—, llena de recelos hacia todo lo que significa influjo español. Tal actitud —y

no tengo inconveniente en decirlo, destacarlo y sostenerlo contra viento y marea— es absolutamente errónea y estúpida, porque demuestra una inepcia total para juzgar seriamente de las realidades que son serias y que no admiten, por tanto, que se las trate de superficial y ligero modo. Por esta actitud, singularmente torpe, nuestra patria deja sin aprovechar las riquezas espirituales vinculadas al hecho de haber sido junto con las naciones hermanas de América, provincias, circunscripciones o reinos de un Imperio en cuyos dominios amplísimos no se ponía el sol. Por lo demás, la Independencia americana no se hizo por sí sola ni tampoco por arte de magia. No. Quienes convirtieron toda una serie de aspiraciones vagamente específicas en una realidad hecha y derecha, fueron ciertos espíritus chilenos junto con otros de las restantes circunscripciones del Imperio, formados, desarrollados y llegados a plena madurez en medio de un ambiente y de un clima espiritual que no fue algo indeciso, vagaroso, inconsistente, sino determinada y concretamente hispánico. Es cierto que las circunstancias de ese entonces ya habían dejado de ser las que dominaron en el Imperio durante los Austrias; pero todavía poseían, no obstante, cierto regusto de lo que fue España en sus buenos días de realizaciones y glorias. Y fue ese espíritu, que, según lo he recordado más atrás, arranca de Covadonga, el que —nos guste o no nos guste— animó y vitalizó la trascendental empresa americana. Por ello, desconocerlo o rechazarlo, fuera de no alterar en lo más mínimo la naturaleza y el desarrollo de la historia, significa, por desgracia, mutilar, desfigurándolo, el espíritu nacional.

Es esto, por desgracia, lo que se lleva a cabo habitualmente, sin que se midan ni por asomo las consecuencias de semejante modo de pensar y de operar. Y eso que tales consecuencias las están llegando ahora aun a percibir los más rudos. Y conste que no me anima, al decirlo, el más mínimo espíritu de xenofobia. Ni tampoco cuando afirmo —según lo vengo haciendo desde hace ya muchos años— que es aquí donde reside la raíz de esa falta absoluta de gallardía de que adolecemos los chilenos cuando entramos en contacto con elementos extranjeros. En tales circunstancias, parecemos operar y proceder como si no tuviéramos base alguna sólida en que poder apoyarnos. De aquí resulta que nos mostramos casi vacilantes, timoratos e incluso cobardes, y, en resumen, invariablemente acomplejados. Y esta actitud lamentable, no la he notado sólo yo, puesto que, de ella, dan claro testimonio aquellos que no se limitan a ser unos puros y simples patrioteros, ni creen, por tanto, que el amor a la patria —o patriotismo— se reduzca a lanzar un ¡viva Chile! seguido de cierto apelativo incapaz de repetirse en un salón. Esta actitud chabacana, pueblerina y estúpida resulta exasperante e intolerable. Es preciso convencerlos de una vez por todas de que, según nos lo advierte el propio Santo Tomás, el patriotismo verdadero consiste en aplicar a la patria —a la tierra de los padres— la virtud teologal de la caridad. Para resumir, lo que se quiere decir con todo esto se contiene en dos proposiciones claras y sencillas. La primera, que la grandeza de la patria no se mide predominantemente de acuerdo con su prosperidad material sino conforme con su

categoría espiritual. La segunda, que el verdadero patriotismo no consiste en proclamar que la propia patria es lo mejor que hay en el mundo, sino procurar que lo sea en verdad. Y es clarísimo que, para procurarlo, no hay necesidad de gritos ni de clamores. Lo que se requiere son esfuerzos serios y que se hallen concordes con nuestra dignidad personal.

Ahora, para evitar tales errores, estoy seguro que el mejor procedimiento consiste en comprender que lo que nos ampara, apoya y protege es una tradición de trece siglos que, a pesar de los inevitables altibajos a que nos tiene acostumbrados el desarrollo de la Historia, aún perdura esencialmente, y qué esta tradición hispánica, digan lo que quieran los ignorantes y farsantes, es tan noble y excelente como la mejor.

Apoyados en esta tradición, cargada como ninguna otra de realizaciones y glorias, y que, aunque no queramos admitirlo, es absolutamente nuestra, podremos, sin lugar a dudas, enfrentarnos ventajosamente con nuestros enemigos históricos. Con esos mismos enemigos que han intentado repetidamente someternos al concepto materialista y repugnante que ellos tienen acerca de la vida humana. No es ésta, por cierto, la primera vez que lo sostengo, ni tampoco, muy probablemente, ha de ser la última: la debilidad espiritual con que reaccionamos, casi siempre, frente a sus intentos reiterados de conducirse con nosotros como si perteneciéramos a una raza inferior —ellos, ¡farsantes!, que se proclaman enemigos irreconciliables de toda especie de racismo—, proviene de que hemos renun-

ciado, por nuestra parte, al predominio del espíritu, para correr, aturdidos, tras los valores materiales. Nuestro aldeanismo liberal nos ha hecho perder completamente de vista que no luchamos solos; que no somos los únicos en mantener esta posición profundamente hispana, y que nos hallamos, al fin de cuentas, vinculados a las ramas restantes del árbol de la tradición española. Lo que ocurre ahora es que estamos asistiendo al doloroso y trágico espectáculo de la recolección de los frutos siniestros del reinado de siglo y medio de agnosticismo liberal; agnosticismo que, a su vez, constituye la etapa naturalmente previa para el reinado de la ideología marxista. No nos hagamos sobre esto ninguna ilusión. El marxismo es la etapa final y el coronamiento demoníaco del individualismo revolucionario, que tuvo por primer paladín declarado y manifiesto al fraile agustino de Wittenberg. Y tal como España —en lucha contra el resto de Europa— logró mantener alejados del individualismo religioso los dominios de su Imperio, así nos corresponde ahora a nosotros el turno de mantener alejadas nuestras naciones hispanoamericanas de los influjos letales de un agnosticismo religioso que ya ha arrojado los disfraces con que engañaba y sigue engañando todavía a los incautos y cobardes que prefieren el engaño, por mortífero que sea, al reinado de la verdad.

Bajo este aspecto, los tiempos que se anuncian y avecinan van a ser difíciles, y nos será preciso, por consiguiente, recoger y hacer acopio de las fuerzas del espíritu para desafiarlas y vencerlas. Y el estímulo para arrostrar los obstáculos que inevitablemente han de salir a nuestro

encuentro lo tenemos y podemos descubrir en un aspecto de nuestra tradición, que, por desgracia, se ha mantenido obstinadamente oculto. Este aspecto es el siguiente: el imperio hispánico ha sido la única —¡óigase bien, la única, la absolutamente única!— forma política que se constituyó y se condujo al servicio del catolicismo, o, si se quiere, al servicio de una cristiandad que se veía miserablemente abandonada por doquiera, incluso por naciones que no trepidaban en calificarse a sí mismas de católicas. Y es aquí donde me baso para decirlo y repetirlo: si nos decidimos a mantener en vigor renovado aquello que fuimos a lo largo de tres siglos y que comenzamos a dejar de ser a mediados del siglo pasado, será muy probable que triunfemos. Pero debo insistir una vez más: en que nuestra resistencia ha de nacer e incrementarse al calor de una actitud fundamentalmente católica frente a la vida. Es ésta la que nos corresponde como hijos de la única Iglesia verdadera. Y esta actitud católica trae consigo, a su vez, inevitablemente, la creencia acendrada en la existencia de una verdad de orden objetivo que no es patrimonio particular de cada cual —según se cree a pie juntillas, por desgracia— sino tesoro común de nuestra doble condición de imágenes de Dios por creación y de hijos de Dios por adopción.

Es sobre esta base inconmovible donde hemos de fundamentar nuestra vida en sus varias dimensiones. Porque pretender conservar nuestra entidad histórica sobre cualquier base diversa de la que acabo de anotar, equivaldrá necesariamente a levantar nuestro edificio nacional sobre

arena... con las consecuencias que nos indica Cristo, Señor Nuestro.

No, por cierto. No era un romanticismo más o menos vago y soñador lo que movía a nuestro común amigo Jaime Eyzaguirre a procurar ardorosamente la reviviscencia —si es posible hablar así— de nuestras tradiciones hispánicas. Era algo mucho más profundo y vital; era el sentimiento, o, más exactamente, la vivencia, de que, para nuestro ser nacional, tal reviviscencia era una cuestión de vida o muerte. Pero, a este propósito, conviene aclarar el alcance de los términos. Es preciso deslindar con gran cuidado que es *tradición* de lo que es *rutina*. La tradición, en cuanto tal, posee vida, mientras que, por su parte, la rutina significa siempre anquilosis y muerte. Y para comprender la distinción que acabo de establecer, convendría volver nuestras miradas hacia nuestra propia persona. Ninguno de nosotros, en efecto, en nuestra calidad de personas, se ha sentido frustrado en mayor o menor grado por el simple hecho de ser tradicional, o, inclusive, por ser una tradición encarnada y viviente, y, en algún grado, perdurable. Sin embargo, el pasado, por muy redivivo que lo mantenga cada cual ante las miradas de su espíritu propio, no deja, por ello, de seguir siendo pasado, porque lo que en un pasado fue la misma realidad de los hechos, lo volvemos a ser bajo otra modalidad *intencional* esta vez. Lo que no quita, por cierto, que sea efectiva. Es que cada cual asume el pasado en función del presente que vive y no en su condición de irremisible pasado. Lo hacemos, de algún modo, presente, y este proceso revivificador se hace posi-

ble sólo gracias al factor tradicional que cada cual irreversiblemente conlleva. Y es evidente que ninguno de nosotros se ha sentido rutinario a sí mismo, por el hecho de ser la expresión ambulante y racional de una tradición. En otros términos, nadie se ha sentido bajo el peso de ser rutinario por ser la expresión viviente de una tradición. Pues bien, yo me pregunto todavía, si la persona racional soporta perfectamente y aun se siente ufana por ser tradicional, ¿por qué habría de ocurrir de otra manera en el orden de los valores nacionales? ¿Por qué las naciones habrían de ser tachadas de rutinarias por el solo hecho de respetar tradiciones? Y me respondo en seguida, y de modo categórico, que no sólo es conveniente sino que es absolutamente necesario, además, que las naciones vivan de unas tradiciones verdaderas. De tradiciones, digo, y no anquilosis ni tampoco rutina.

Esto quiere decir, muy a las claras, que, al asumir como norma de vida los valores pretéritos, no lo hacemos sino para erigirlos en factores de nuestra vida presente y proyectarlos así hacia el porvenir.

Tal fue el espíritu que animó los quehaceres y desvelos políticos de Jaime Eyzaguirre. Y es este espíritu el que también debe animarnos a nosotros, que fuimos amigos y admiradores suyos. No es cuestión, como se ve, de romanticismos soñadores ni tampoco de simples añoranzas. No. Mil veces, no. Es cuestión de verdadero y genuino patriotismo en sus también verdaderas dimensiones teologales. ¡Cuántas veces le escuché decir a Jaime que, para los estratos dirigentes chilenos y demás hispanoamericanos,

era imposible separar una actitud verdaderamente patriótica, del convencimiento de que nuestras raíces nacionales están en España, y que esta actitud debía igualmente llevarnos a sentirnos ufanos y sanamente orgullosos de nuestra ascendencia histórica! Y es evidente. Porque no debe brotar en nuestro ánimo ningún otro modo de ser, si pensamos nada más un instante que somos el fruto de la empresa civilizadora y cristianizadora más trascendental que el mundo haya conocido hasta ahora. Por eso he dicho tantísimas veces y ahora, una vez más, lo repito: el axioma de que se necesitan dos puntos para fijar el sentido de una recta, no es una verdad solamente geométrica. Es, además, una verdad de orden histórico. Porque debemos saber a ciencia cierta dónde se sitúa nuestro pasado a fin de poder conjugarlo atinadamente con el momento presente para poder fijar así, con esperanzas fundadas de éxito, nuestro futuro.

¡Quiera Dios que así sea!

Jaime Eyzaguirre, visión política y corporativismo

Jaime Eyzaguirre fue un académico, agudo historiador y fructífero maestro; paralelamente llevó una profunda vida espiritual, destacándose en Chile como uno de los más influyentes intelectuales católicos del siglo XX. Es su dimensión religiosa aquella que lo representa con mayor fidelidad; su catolicismo impregna todos los aspectos de su vida: el personal y familiar, su trabajo y, ante todo, su pensamiento.

Este último y su acción responden así a una unidad; el hombre, y es él mismo quien da el ejemplo, no debiera quebrarse en planos distintos; en su opinión, no puede regirse por valores contrapuestos si pretende consecuencia.

I. POLÍTICA Y POLÍTICA DE PARTIDOS

Hecha esta consideración, la política es para él una disciplina que está íntimamente ligada a su fe.

Entendiendo su cosmovisión católica de la vida, la política pasa a ser, en Eyzaguirre, una actividad subordina-

da al logro de la salvación personal. Criticó, entonces, la tendencia contemporánea de extensión de la política a todas las actividades de la vida; no obstante, le reconoce a esta disciplina su importancia, en orden a otorgar condiciones mínimas que permitan al hombre alcanzar su finalidad.

Al comenzar los años treinta, nuestro joven historiador recogió las enseñanzas político-sociales de la Iglesia, y en especial del papa de la época, Pío XI, quien condenó el surgimiento de los totalitarismos ideológicos de nuestro siglo: al comunismo ateo como intrínsecamente perverso, en la *Divini Redemptoris*, y al racismo nazi a través del documento, también en 1937, *Mit brennender sorge*.

Distingue Eyzaguirre, siguiendo a Pío XI, la alta y gran política de la política de partidos. La primera, aquella que la Iglesia no podría ignorar, "mira al bien común y forma parte de la ética general, es decir, promueve y defiende la santidad de la familia y de la educación, los derechos de Dios y de las conciencias"[1]. Más aún, la alta política supone la preocupación por los destinos de la comunidad, asumiendo los problemas que aquejan a la sociedad y promoviendo soluciones a los mismos.

Siguiendo la doctrina social de la época, el deber de caridad social se le presenta como el motivo inicial de toda preocupación política: "El cristiano no puede salvarse solo"[2]; como dice san Pablo, "si un hombre padece, todos los miembros se compadecen; y si un miembro es honrado, todos los miembros se gozan con él" (1 Cor. 12, 26); por ello, nadie puede desentenderse del bien del prójimo: si lo

hace no sólo lo está menospreciando, sino también estará ofendiendo por omisión a Dios. La caridad como actitud para enfrentar la vida social estará presente, como veremos, en su difusión del corporativismo.

Por otra parte, tenemos la política de partidos, que es vista de modo francamente escéptico por nuestro historiador. En este aspecto se nos muestra como un declarado apolítico. La política partidista de acción diaria, aquella caracterizada por consignas fáciles y acuerdos oportunistas, la considera jerárquicamente inferior. Gonzalo Vial recuerda que ante el argumento de que "alguien tiene que hacer política", le oyó contestar a Eyzaguirre "alguien tiene que meter las manos en el agua sucia, sí, ¿pero por qué habría de ser yo?"[3]

Sergio Fernández Larraín, quien a diferencia de Eyzaguirre participó activamente en política partidista, argumentó en una ocasión: "Viendo a la Patria en el lodo, para sacarla de allí es necesario que sus hijos se ensucien los pies en el barro". Como vemos, hay argumentos para ambas posiciones; no obstante, queda claro que Eyzaguirre no confiaba en la efectividad del último esfuerzo.

Eyzaguirre se desentendió conscientemente de la política de partidos guardando distancia frente a ella, pretendiendo quizás conservar su independencia como académico.

II. EL PADRE VIVES Y LA CARTA DEL CARDENAL PACELLI

Esta actitud de prescindencia de la política de partidos puede explicarse en nuestro autor por dos significativas circunstancias: el influjo que a comienzos de la década del treinta recibe del sacerdote jesuita Fernando Vives Solar; y en relación con el anterior, su experiencia vivida como dirigente de la Liga Social.

Eyzaguirre, durante sus años universitarios, se vincula a la ANEC (Asociación Nacional de Estudiantes Católicos) que dirigía el presbítero Óscar Larson[4]; luego se hizo cargo de su revista "Rec"; en forma paralela ingresa a la Liga Social (afiliada a Acción Católica), que inspiraba el recién retornado padre Vives[5].

Vives buscaba la formación de jóvenes católicos, en orden a estudiar y promover la Doctrina Social de la Iglesia, pero de un modo independiente a la acción política de los partidos. En otras palabras, al margen del Partido Conservador y en contra de la intención de una parte de la jerarquía eclesiástica de la época, que animaba a los jóvenes católicos a la incorporación en el mencionado partido. De vuelta de España fundó la Liga Social.

Eyzaguirre tuvo en Vives a uno de sus hombres providenciales; lo recuerda como "un jefe de verdad"[6]. En la Liga participaron junto a él otros destacados jóvenes, como Julio Philippi, Alfredo Bowen, Clarence Finlayson y Clemente Pérez. Poco después, surge también de la ANEC otro importante grupo intelectual católico, el cual sin

embargo se incorporará a la juventud del Partido Conservador y allí gestará la Falange; entre sus miembros cabe mencionar a Bernardo Leighton, Manuel Garretón y Eduardo Frei.

La acción de la Liga Social no fue vista con buenos ojos. Algunos altos prelados pretendieron interferir para llevar a los jóvenes de la Liga a las filas conservadoras. Ante estas presiones, un episodio con monseñor Campillo decidió a los "ligueros" elevar sus inquietudes, por medio del nuncio, directamente a la Santa Sede. En 1934, la Liga Social recibe entusiasmada la respuesta del Vaticano. A través de una carta del cardenal Pacelli (luego Pío XII), la Santa Sede aclaró la inquietud de la Liga Social en favor de sus miembros. Es decir, reafirmó la posibilidad de realizar un catolicismo social, al margen de los partidos, desde fuera de las filas conservadoras.

Este triunfo, que podemos calificarlo como "diplomático", debió marcar la actitud del joven Eyzaguirre hacia los partidos. "Ninguno puede arrogarse la representación de todos los fieles", señaló de modo categórico la carta, tentación que no resistieron algunos eclesiásticos en relación al Partido Conservador, actitud que años después reeditarán otros hacia el Partido Demócrata Cristiano.

Los jóvenes que constituyeron la Falange, que como hemos señalado habían ingresado al Partido Conservador, compartieron con los anteriores sus inquietudes sociales. Así, tal como afirmó Gonzalo Vial, ligueros y falangistas no discreparon en materia de pensamiento social. Hay que señalar, sin embargo, un matiz diferente en su jerarquiza-

ción de intereses: los jóvenes que de la ANEC se incorporaron al Partido Conservador privilegiaron la acción política por sobre la social, aunque sin renunciar tampoco a esta última. En 1935, éstos adoptaron el nombre de Falange, para tres años después escindirse del centenario partido. Posteriormente, la Falange Nacional pasó a denominarse, en 1957, Partido Demócrata Cristiano. En el otro grupo, los jóvenes de la Liga Social hicieron valer el triunfo que representó para ellos la carta del cardenal Pacelli, y en general se dedicaron a la ación social católica, al margen de la política partidista.

El influjo de Vives y la carta del cardenal Pacelli son, pues, hitos decisivos en el consciente y perdurable apoliticismo de Jaime Eyzaguirre.

El asunto está en si el padre Vives buscaba un nuevo partido, o simplemente el alejamiento de la juventud de la influencia del Partido Conservador. Me inclino por la segunda de las hipótesis. Vives, en carta personal a otro de sus discípulos —nada menos que el padre Alberto Hurtado— describe al Partido Conservador como "un conglomerado de añejeces, ambiciones e ignorancias"[7]. No me parece, sin embargo, que pretendiera Vives un nuevo partido, al menos en ese entonces; sí, en cambio, la difusión de la Doctrina Social de la Iglesia al margen del Partido Conservador. Se ha pretendido señalar a Vives como precursor de la Democracia Cristiana; al respecto conviene recordar que no fueron sus discípulos directos los que formaron la Falange, sino precisamente los que no se incorporaron a ella. El padre Vives, como hombre de su

tiempo, criticó sin remilgos la democracia liberal y alentó un corporativismo de raíz católica. Murió en 1935; poco después desaparecía la Liga Social.

III. DIFUSIÓN DEL CORPORATIVISMO EN LOS AÑOS TREINTA

Jaime Eyzaguirre, afirmamos, veía la política bajo la luz de su creencia religiosa, de su fe católica. Difunde con su fuerte temperamento las enseñanzas sociales de la Iglesia, las cuales, en 1931, se ven animadas por uno de sus más influyentes documentos: la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pío XI. El documento llamó a formar sindicatos católicos, en defensa de la clase obrera que podía dejarse embaucar por el socialismo y el comunismo. Si alienta la organización económico-social corporativa, rechaza a su vez el corporativismo de signo estatal, es decir, el intento fascista de vertebrar, desde arriba y a la fuerza, un nuevo Estado todopoderoso.

Eyzaguirre es un católico social inmerso en los postulados de la *Quadragesimo Anno*. Si la política debía ser iluminada por la doctrina de la Iglesia, él promovió y difundió, alentado por la encíclica, el ideal corporativo.

Conviene recordar algunos acontecimientos de la época. Por de pronto, la incertidumbre del período de entreguerras es también sentida en Chile. En 1931 había caído la llamada "dictablanda" de Ibáñez; en 1932 surgió la efímera República Socialista, para luego Arturo Alessan-

dri encauzar la inestabilidad política. En el ámbito internacional el liberalismo no vivió sus mejores días: el desprestigio de la República de Weimar y la tumultuosa Segunda República española son pruebas de ineficacia ante nuevas realidades sociopolíticas. En lo económico, las repercusiones del derrumbe de la Bolsa neoyorquina de 1929 se hacían sentir con dramatismo en Europa. Son conocidas las nefastas consecuencias que provocó en Chile.

Hemos mencionado algunas condiciones sociopolíticas de comienzo de la década de los treinta, años de fermento de la idea organicista. Mientras tanto, en Europa, el movimiento corporativo alcanza un primer plano a través de la Italia fascista, que pretendió instaurar el nuevo orden corporativo de raíz estatal; y, en menor medida, en la Alemania nazi que de modo retórico, más que práctico, pretendió algo similar.

En Chile, sin embargo, fueron otros los intentos corporativos europeos que, con especial interés, observaría la juventud católica. Entre ellos, el del canciller Dollfus en Austria, las ideas del Rexismo belga, los programas de Acción Popular de José María Gil Robles; los de la Falange de José Antonio Primo de Rivera y aquellos del grupo intelectual que emerge de la revista "Acción Española"[8]. Además, particular seguimiento tuvieron los avances corporativistas de Antonio Oliveira Salazar en Portugal, y el desarrollo del catolicismo social francés que se expresó en las "Semanas Sociales", reuniones anuales de difusión e intercambio de experiencias en relación de la idea corporativa.

El ambiente de comienzos de los años treinta es de desconfianza generalizada hacia el espíritu liberal individualista, lo que explica el crecimiento del ideario corporativo. Éste busca aparecer como una renovada fórmula, especie de tercera vía, para suplantar viejos esquemas que aparecen gastados ante la nueva y compleja situación político-económica del período de entre guerras.

Nuevos movimientos florecen renovando el espectro político, tanto en Europa como en nuestro país. En Chile, durante aquellos años emergen el M.N.S., de González von Marees y Carlos Keller, la ya mencionada Falange, el Partido Agrario y otros movimientos menores, todos los cuales recogen en sus programas el auge corporativista[9]. Es más, partidos tradicionales como el Liberal, el Radical o el propio Conservador, que resisten en su interior las nuevas ideas organicistas, ven a algunas de sus figuras abogar decididamente por incorporar medidas de índole corporativa.

Así, en el Partido Conservador, la misma aparición de la encíclica *Quadragesimo Anno* causó polémica. Su convención del año 1932 acogió tímidamente la intención corporativista. Héctor Rodríguez de la Sotta, que lideraba por entonces la vertiente liberal y opuesta a los afanes corporativos, propuso un sufragio restringido que recuerda la intención elitista de Ortega y Gasset[10], mientras que un grupo de jóvenes, entre los que se encontraban Enrique Wiegand y Emilio Tizzoni, estamparon una proposición disidente, insistiendo en la rápida implementación de un orden corporativo.

Los liberales, con sorpresa, debieron escuchar por su parte los proyectos corporativos que Agustín Edwards Mac-Clure presentó a la convención de su partido en 1937. Entre los radicales cabe mencionar el proyecto de representación de índole corporativa que propuso, en y para el Senado de 1940, Florencio Durán Bernales, más tarde líder del radicalismo democrático.

Es más, en el terreno del socialismo cabe mencionar el proyecto de Constitución Funcional que publicara, en 1932, Óscar Álvarez Andrews, y que tanto influyera en el joven Guillermo Izquierdo Araya[11].

Tenemos, entonces, que el corporativismo fue durante los años treinta asunto de constante debate doctrinal. El movimiento corporativo se constituyó para muchos en marea irresistible que marcaba nuevos derroteros para la actividad política.

Eyzaguirre perteneció a la generación que da sus primeros pasos intelectuales al comenzar la década del treinta, participó entonces de las inquietudes de su tiempo, y alentado por un afán de reforma social fue un intelectual promotor del corporativismo.

IV. SU CORPORATIVISMO A TRAVÉS DE "ESTUDIOS"

Esta tendencia organicista se reflejó en Eyzaguirre durante los años treinta en la revista "Estudios", destacada publicación católica de la cual fue su director. "Estudios" difundió el

movimiento corporativo, recogió diversos trabajos de esta tendencia, y comentó con entusiasmo los avances que esta idea demostraba en Europa, tanto como su posible implementación en Chile[12]. Particular seguimiento tuvieron las mencionadas ideas corporativistas de signo católico.

El corporativismo apareció entonces como una nueva vía de organización social y económica que pretendió superar las angustias de una desprestigiada libre competencia de raíz liberal, a través de una "economía dirigida". Buscó, paralelamente, una nueva plataforma sindical que contrarrestara el avance de los colectivismos marxistas. Eyzaguirre promovió una organización corporativa como nueva alternativa de justicia social, enfrentada al socialismo de Estado, creyendo como muchos, pero sin acierto, que la última gran crisis de la economía mundial marcaría el inicio del fin del régimen liberal.

Así, la libre competencia debía dejar su lugar a la disyuntiva socialismo o corporativismo. Eyzaguirre, figura a destacar entre los promotores de la última de las alternativas, divulgó la necesidad de una economía dirigida: "La libre concurrencia, aunque presente algunas ventajas encuadrada dentro de ciertos límites, no puede en manera alguna servir de exclusiva norma reguladora de la vida económica... la economía como ciencia social, al servicio del hombre, ha de buscar en la moral el principio supremo de dirección"[13].

Las normas directivas que de la moral extrae Eyzaguirre son dos: la justicia social y la caridad social. La primera tendría como objeto propio el bien común, "busca el

interés general sin destruir el interés particular". En cuanto a la caridad social la estima como complemento indispensable de la virtud anterior: "Nada se sacaría con estructurar en la forma más perfecta la vida económico-social, ajustándola en todo a las normas de la justicia, si el espíritu que anima a los asociados dista de la fraternidad y de la cooperación necesarias"[14]. Para Eyzaguirre la economía ha de ser "dirigida", por cuanto no se podía dejar que la justicia y caridad dependieran exclusivamente de la conciencia de cada uno, sino que debiera existir una autoridad encargada de mantenerla y hacerla respetar. Surgen, así, dos caminos: el socialista y el corporativista. Los relativos éxitos de economías dirigidas, no por ello socialistas en lo político, son por aquellos años un refuerzo a su reticencia liberal.

Los socialistas, entendió, hacen de la dirección estatal un mecanismo que ahoga toda iniciativa particular. Los corporativistas, en cambio, se regirían en este campo por el principio de subsidiariedad. Si bien no menciona este concepto, deja claro su contenido al afirmar: "El papel del Estado consistirá en respetar la gestión económica privada, no suplantarse a la misma, sino tan sólo suplirla cuando sea insuficiente o no exista"[15]. Sin embargo, para Eyzaguirre el Estado no sería un mero espectador sino el verdadero director, ya que debería "mantener una supervigilancia y dirección de conjunto en todo el proceso de la economía". El Estado sería la suprema autoridad temporal, pero debería reconocer que entre éste y el individuo existe una serie de comunidades naturales, cuerpos inter-

medios, que tienen su fin propio que llenar y a cuyo debido desenvolvimiento está ligado el bien común de toda la sociedad.

Así pues, y éste es el corporativismo que promueve Eyzaguirre, el Estado debería alentar la organización de estas corporaciones o gremios y establecer los marcos jurídicos dentro de los cuales los organismos corporativos tutelarían las respectivas profesiones. Nuestro autor atribuyó diversas funciones como propias de la autoridad corporativa.

El Estado debería tender a despojarse de atribuciones que no le competen y devolvérselas a las corporaciones. Sin embargo, en su calidad de "gerente del bien común" ejercerá una labor de inspección sobre todas las corporaciones en orden a que los reglamentos y decisiones corporativas no contravengan las leyes, ejerciendo también un control administrativo que vele para que los acuerdos corporativos no lesionen abiertamente el bien común, y, por último, una fiscalización al manejo financiero de las propias corporaciones.

Eyzaguirre promovió un orden corporativo que no debía surgir ni del Estado ni de los simples particulares, sino del impulso de ambos; es decir, que el libre nacimiento de sindicatos en la base estuviese acompañado de una ordenación jurídica del sistema desde la cima, a través de un Consejo de Economía Nacional o Consejo Nacional de las Corporaciones, capaz de dar impulso al movimiento corporativo.

V. SUS OPINIONES EN EL DIARIO "LA UNIÓN"

Al margen de la revista "Estudios", su pensamiento al respecto se vio también reflejado en una serie de artículos, poco conocidos, que aparecieron en 1936, bajo el seudónimo de Juan de Echezarra, en el diario "La Unión" de Valparaíso. Con posterioridad, desde el comienzo de los años cuarenta su silencio respecto al corporativismo se explica por el desprestigio que sufrió esta corriente a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial. Democracia liberal y comunismo aparecieron como los dos grandes esquemas ideológicos victoriosos después de esta guerra, y a partir de entonces cualquier mención corporativista es identificada, con razón o sin ella, con el fascismo[16].

En sus artículos de "La Unión", Eyzaguirre explicó su corporativismo como fundado en el reconocimiento de la autonomía de los cuerpos intermedios, en aquella función supletiva del Estado, como la denominó Pío XI, y que hoy conocemos como principio de subsidiariedad. Eyzaguirre definió a la corporación, siguiendo las pautas de la mencionada encíclica, como la profesión orgánicamente considerada. A ella se ingresa por el solo hecho de ejercer una misma profesión, oficio o actividad, sea de carácter económico o cultural. Consideró esta corporación como obligatoria y la equiparó con el municipio, en el sentido de que una persona es libre de escoger tanto su profesión como su residencia, pero no puede sustraerse de la autoridad pública que, "lo mismo en la profesión que en la localidad está

constituida para el provecho y servicio de todos"[17]. Y agregó: "La obligatoriedad de la profesión no excluye, sin embargo, el derecho que tienen, tanto los patrones como los obreros, de constituir separada o conjuntamente dentro de ella, asociaciones libres llamadas sindicatos"; esto supone reconocer la fórmula que inspiró a los sindicatos católicos sociales de entonces: "Sindicato libre en corporación obligatoria".

En cuanto a la actitud del Estado frente a la implementación del orden corporativo, es sugerente su advertencia de que existen dos tendencias opuestas y bien marcadas: una que estimaba que la autoridad pública ha de crear por ley los cuerpos profesionales e involucrarlos como partes integrantes del mecanismo estatal, y otra que planteaba dejar a los particulares la libre y espontánea constitución de los mismos. Las dos tendencias no son otras que la fascista y la social-católica. No obstante, puntualiza nuestro historiador, dentro de la escuela social-católica se tiende en aquellos años hacia una posición equidistante que "junto con contemplar la libre iniciativa de los particulares, concede al Estado, en su calidad de gerente del bien común, la misión de dar al orden corporativo un impulso de aliento prudente y necesario"[18]. Así, manifiesta sus simpatías hacia estas nuevas tendencias, constatando que todos los países que han entrado a la vía corporativa han debido hacerlo al impulso de un gobierno autoritario. En esta idea sigue a Azpiazu[19], quien le hace ver que el egoísmo democrático impediría el desarrollo de una legislación corporativa por iniciativa propia.

En otro revelador artículo de 1936, fustigó Eyzaguirre como anticuada la reciente Constitución de 1925, la que en su opinión "no contempló para nada, ni en los municipios, ni en las asambleas provinciales, ni en las dos ramas del Congreso, la posible representación orgánica de la producción, del trabajo y de las fuerzas culturales"[20]. Manifestó igualmente su anhelo de representación orgánica, pero no se le ocultaban las dificultades e inconvenientes de una reforma precipitada; por ello abogó, mientras se organizaban las corporaciones, por la transformación del Senado en un alto Consejo Nacional.

Este nuevo órgano lo pretendió con una estructura completamente diferente: se abandona la base política y territorial para dejar lugar a la representación de las fuerzas culturales y económicas ya organizadas. El darle a los gremios una representación en el Senado constituiría así el mejor medio de alentar el espíritu corporativo.

Cabe recordar la enorme labor gremial que en ese mismo sentido realizaba paralelamente otro antiguo discípulo del padre Vives, Jaime Larraín García-Moreno, principal promotor de la alternativa de un Consejo Económico-Social; idea recurrente a través de los años, y de la cual participó igualmente Eyzaguirre.

Conviene precisar que, conforme a los documentos de la Iglesia, y como hemos señalado, el corporativismo es en Eyzaguirre un régimen económico-social, más que político. No puede extrañar entonces que su pensamiento demuestre mayor preocupación por el mejoramiento social que por las reformas propiamente políticas. Su norte conduce a la doctrina social de la Iglesia, alejada de ideologismos liberales, socialistas o fascistas, aunque imbuida del entorno de su tiempo. Perenne en materia de principios, sus recetas se manifiestan sujetas al vaivén de las circunstancias.

Uno de sus alumnos de décadas posteriores me comentó que Jaime Eyzaguire siguió recomendando, a sus discípulos más íntimos, la lectura de la obra *El Estado Corporativo*, del jesuita español Joaquín Azpiazu.

No sabemos hasta qué punto abandonó nuestro historiador el corporativismo; lo cierto es que no lo menciona a partir del término de la Segunda Guerra Mundial. Si la idea corporativa la mantuvo a partir de entonces, lo cual es probable, en adelante pasaría a constituir no ya un proyecto a implementar, sino tan sólo un ideal pendiente de mejores días.

NOTAS

1. Carta del cardenal Pacelli a los obispos de Chile, 1 de junio de 1934. Este documento es citado por Eyzaguirre repetidamente; nos referiremos a él más adelante. *Pío XI, expresión del político cristiano*, "Estudios", 75-76, 1939, p. 39. La trascendencia del pensamiento de Pío XI, en materia política, sobre Eyzaguirre, queda ratificada al volver a publicarse este artículo en 1958, con algunas modificaciones menores. Véase *El pensamiento político de Pío XI*, en "Anales Jurídicos Sociales", U. Católica, 14, 1958, pp. 5-18.

2. *Pío XI, expresión del Político Cristiano*, p. 38.
3. VIAL CORREA, GONZALO, *El pensamiento social de Jaime Eyzaguirre*, en "Dimensión Histórica de Chile", 3, 1986, p. 103.
4. La ANEC fue fundada en 1915 por el presbítero Julio Restat. En 1928 se hizo cargo de ella Óscar Larson.
5. FERNANDO VIVES SOLAR († 1935), polémico sacerdote jesuita de profunda vocación social; fue uno de los precursores y entusiasta difusor en nuestro país del sindicalismo católico. A través de círculos de estudios, y luego mediante la Liga Social, irradia su pensamiento católico-social en sectores de la juventud chilena.

   De sus primeros círculos de estudios, a partir de 1916, destacan entre sus discípulos los nombres de Jaime Larraín García-Moreno, Pedro Lira Urquieta, Luis Pizarro Espoz, Clotario Blest, y los eclesiásticos Manuel Larraín, Alberto Hurtado y Guillermo Viviani. En 1918 es enviado fuera de Chile, en lo que Vives llamó su "segundo destierro", pues en 1912 debió también abandonar el país. En 1931 fundó la Liga Social de Chile.

   Una recopilación de algunos escritos del padre Vives se encuentra en *El humanismo de Fernando Vives*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), Santiago, 1976. Más reciente y completa es la obra recopilada por Rafael Sagredo, *Escritos del Padre Fernando Vives Solar*, Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos, Santiago, 1993.
6. JAIME EYZAGUIRRE, *Un gran carácter: El R.P. Fernando Vives*, "Estudios", 35, oct. 1935, p. 56.

7. Carta de Fernando Vives a Alberto Hurtado, fechada en Santiago el 7 de enero de 1932, facilitada gracias a la gentileza de Walter Hanisch, S.J.
8. Acerca de la relevancia del grupo de Acción Española véase Cristián Garay Vera, *El tradicionalismo y los orígenes de la guerra civil española 1927-1937*, Ed. Hernández Blanco, Santiago, 1987. Una de las figuras de este grupo fue Ramiro de Maeztu cuya obra *Defensa de la hispanidad* influyó en la tendencia hispánica de Eyzaguirre. Al respecto véase *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, obra que incluye trabajos de Cristián Gazmuri, Mariana Aylwin y Juan C. González, Ed. Aconcagua, Santiago, 1977.
9. Los estudios realizados sobre estos movimientos políticos no dejan lugar a dudas de sus aspiraciones corporativistas. Véase, de Erwin Robertson, *Las ideas nacional socialistas en Chile, 1932-1938*, en "Dimensión Histórica de Chile", 1, 1984, pp. 92-129. Sobre la Falange, Francisco Javier González Errázuriz, *Partido Demócrata Cristiano, la lucha por definirse*, Instituto de Estudios Generales, Santiago, 1989; y Jorge Cash Molina, *Bosquejo de una historia*, Santiago, 1986. Del Partido Agrario, Cristián Garay Vera, *El Partido Agrario Laborista*, Ed. Andrés Bello, Santiago, 1990.
10. ORTEGA Y GASSET recoge este liberalismo elitista del doctrinarismo francés, es decir, del grupo intelectual que inspiró la monarquía burguesa de Luis Felipe de Orleans (1830-1848). Destacaron en este grupo liberal doctrinario Royer-Collard y Guizot. Véase de José Ortega y Gasset, "Guizot y la Historia de la civilización en Europa", prólogo en F. Guizot, *Historia de la civilización en Europa*, Madrid, Alianza,

1990. También el "prólogo para franceses" de *La rebelión de las masas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.

11. Guillermo Izquierdo, más tarde senador agrario-laborista, fue destacado impulsor del corporativismo, o de la democracia funcional como él lo denominaba. En su juventud evolucionó del socialismo hacia el nacionalismo. Sus afanes funcionales se vieron reflejados en sus obras, *El gobierno representativo*, 1931, y *La racionalización de la Democracia*, 1934. En 1936 apareció su trabajo *Democracia y corporativismo*, como estudio introductorio a la obra de Luis María Acuña, *El mundo sin paz*.

12. El mismo Eyzaguirre fue principal difusor del corporativismo a través de "Estudios", prueba de ello son sus artículos *Los avances del corporativismo*, 14, enero 1934; *El régimen corporativo en el momento actual*, 32, julio 1935; *La idea corporativa en Chile*, 32, julio 1935; *La Conferencia Internacional Católica sobre orden corporativo*, 33, agosto 1935; *De la libre concurrencia a la economía dirigida*, 52, mayo, 1937.

13. Jaime Eyzaguirre, *De la libre concurrencia a la economía dirigida*, "Estudios", 52, mayo, 1937, p. 31.

14. Ídem.

15. Ibíd., p. 32.

16. Al respecto, es ilustrativa la afirmación de Gonzalo Fernández de la Mora en el sentido de que, tras la Segunda Guerra Mundial, "se efectuó un reduccionismo tan elemental como equiparar el bien político con el antifascismo, lo cual suscitó singular entusiasmo entre los comunistas. Y puesto que no se había conseguido definir el fascismo, se llegó a otros

reduccionismos ulteriores como, por ejemplo, equipararlo con el corporativismo". *Los teóricos izquierdistas de la democracia orgánica*, Barcelona, Plaza & Janés, 1985, p. 10.

17. Juan de Echezarra, *¿Qué se entiende por organización corporativa?*, en diario "La Unión", Valparaíso, 27/05/1936, p. 3.

18. Juan de Echezarra, *¿Qué se entiende por organización corporativa?*, en diario "La Unión", Valparaíso, 07/06/1936, p. 3.

19. Joaquín Azpiazu, sacerdote jesuita español, doctor en Derecho y Filosofía y Letras, fue destacado promotor del corporativismo católico a través de numerosas publicaciones.

20. Juan de Echezarra, *La reforma del Senado*, en "La Unión", Valparaíso, 08/04/1936.

Filosofía de la Historia en Jaime Eyzaguirre

Cuando se toma contacto con la obra histórica de Jaime Eyzaguirre, uno no puede menos que sorprenderse —parafraseando a Donoso Cortés—, acerca de có-mo detrás de toda cuestión histórica tropezamos con una cuestión teológica. O, lo que es lo mismo, que toda visión de la historia implica de una u otra forma una perspectiva teológica. Aunque no sea más que para negar la injerencia de Dios en la historia, como la hizo, aunque no exclusivamente, el materialismo histórico. Ésa ya es, de suyo, una toma de posición teológica.

La visión histórica de Jaime Eyzaguirre fue una teología de la historia. Su fe y su compromiso con el catolicismo significaron que quedara registrada la impronta católica en todos sus escritos. Lo anterior es particularmente claro en su visión de la historia. Ella está llena de significaciones religiosas que le dan una coherencia y un sentido. Para un hombre de la fe de Eyzaguirre, la historia no podía ser una incoherente y caótica secuencia de hechos sin destino. Desde su juventud, intuyó la mano de Dios en la secuencia del actuar humano así como la significación histórica del catolicismo y del mensaje evangélico. Para Eyzaguirre,

gran estudioso de las Sagradas Escrituras, la Biblia contenía las claves fundamentales para interpretar los hechos históricos y comprender el sentido de las diferentes etapas en la historia de la humanidad. Se puede, pues, afirmar que a partir de sus convicciones religiosas y sus estudios fue elaborando una verdadera teología de la historia.

Frente a este aniversario de su muerte, nuestro propósito es poner de relevancia algunos rasgos del influjo que en su visión de la historia produjo su fe católica. Para tal efecto, intentaremos perfilar algunos rasgos particularmente interesantes en los que esa perspectiva se manifestó. Sólo pretendemos revelar algunos aspectos que nos han parecido menos conocidos y sin embargo especialmente sugerentes.

I. LA FORMACIÓN CATÓLICA

La concepción del hombre, del mundo y de la historia se afirma, en Jaime Eyzaguirre, en una profunda fe religiosa y el cimiento de todo su ideario descansa en el catolicismo, al que adhiere vitalmente. Y ello se reflejó en su actividad docente, histórica, periodística; en sus investigaciones bíblicas y exegéticas.

La influencia del catolicismo en Eyzaguirre se remonta a sus años de estudiante en el Liceo Alemán de Santiago, época en la que influyeron poderosamente su tío el obispo monseñor Miguel León Prado y algunos sacerdotes de la congregación del Verbo Divino. A la sazón existía, en el

Liceo Alemán, una academia literaria que publicaba una memoria anual. En la de 1924 aparece una colaboración de nuestro autor, de 16 años de edad, titulada *El cristianismo y la civilización*. En ese artículo desarrolla la idea de que la historia del mundo civilizado se identifica con la historia del cristianismo. Ya en ese entonces a Eyzaguirre le asistía la convicción de los beneficios que para una sociedad significa vivir conforme a las enseñanzas del cristianismo. Al año siguiente publica un ensayo titulado *La Iglesia y el Estado*. En el año en que ambas instituciones se separaban en Chile, Eyzaguirre defendía apasionadamente los beneficios de la unidad.

En 1926, Eyzaguirre ingresa a estudiar Derecho en la Universidad Católica, donde participa activamente de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, dirigiendo durante algunos años la "Revista de Estudiantes Católicos". En esos años lee a Maeztu, Donoso Cortés, Balmes, a los precursores del corporativismo católico. Por esa época recibe fuertemente la influencia del autor católico francés León Bloy, al que nos referiremos más adelante por su influencia en su teología de la historia. En el mismo sentido, recibe también la influencia de Berdiaev, Romano Guardini y Maritain.

II. EL SENTIDO SOCIAL DE EYZAGUIRRE

El estilo de Eyzaguirre no era sin embargo el de un intelectual católico abstraído de las necesidades populares. En su juventud participó activamente en la Liga Social, grupo

de católicos dirigidos por el padre Fernando Vives que en la época parecía bastante revolucionario para la derecha, por su énfasis en el activismo social. Según "Falange", el órgano de la asociación, ésta se proponía profundizar en la doctrina social de la Iglesia y conocer "la historia en sus relaciones con la civilización, las tendencias actuales de los países europeos y americanos relativas a organizaciones sociales, la legislación obrera y los males de nuestro pueblo para remediarlos"[1]. La agrupación, en la que participaron nombres como Julio Phillippi, Clemente Pérez, Bernardino Piñera o Alfredo Bowen, organizaba cursos a obreros, daba asistencia médica y jurídica, así como cursos técnicos a sindicatos católicos, efectuaba jornadas sociales con visitadoras, charlas de formación, etcétera.

El sentido social de Eyzaguirre tuvo un origen y un perfil esencialmente confesional: era una derivación del mandato bíblico de "amarás a tu prójimo como a ti mismo". En 1940, frente a ataques de que fuera objeto el cardenal Caro al plantear puntos importantes del mensaje social de la Iglesia, Eyzaguirre defendió ardorosamente la tarea de promoción humana que correspondía a la Iglesia. "La Iglesia —decía—, construida por un pobre para los demás pobres, clama desde las montañas de Galilea a las suaves colinas romanas por la causa del oprimido"[2].

Años antes, sobre todo durante 1935, había publicado en la revista "Estudios" diversos artículos sobre el estado del pueblo chileno, proponiendo un salario mínimo[3], entregando información sobre mortalidad infantil, situación habitacional, etcétera[4].

Eyzaguirre tuvo siempre un sentido social muy realista, por cuanto siempre desconfió de las grandes propuestas o de los sentimientos de fraternidad abstractos: "La única demostración válida del amor invisible que ha de tener el hombre al prójimo desconocido y lejano es, precisamente, la misericordia que ejerza con las personas que le están más cercanas"[5].

Sin embargo, entendía que era insuficiente la simple caridad personal. En el contexto de la crítica general al liberalismo que cundió en los países europeos en la década de los 30, Eyzaguirre sostenía que el comunismo era un fruto natural del sistema liberal y que no debía ser enfrentado con represión, sino con mejoras efectivas en el ámbito económico y social que debían provenir de una nueva forma de organización social. Inspirado en las corrientes corporativas europeas del momento, Eyzaguirre escribió mucho sobre lo que denominaba una "economía ordenada"[6] y sobre los presupuestos jurídicos del corporativismo[7].

Su visión frente al fenómeno del comunismo fue distinta en más de un sentido a la perspectiva de la derecha tradicional. "El comunismo —escribía en 1933— es el castigo natural y lógico de la sociedad capitalista liberal que sustituyó la caridad por el afán de lucro y sacrificó la dignidad humana a la codicia ilimitada de raíz demoníaca..."[8]

En 1947, aludiendo a duras declaraciones del gobierno chileno frente a la URSS, Eyzaguirre decía: "El comunismo no ha crecido en Chile únicamente porque voces forasteras —al amparo de la impunidad, cuando no de la compli-

cidad de los detentadores del poder— han soplado su doctrina en el oído de nuestros obreros. El comunismo —esto es lo triste, pero a la vez lo más verdadero— ha llegado a transformarse en una necesidad de vida o muerte para el proletario abandonado por una sociedad egoísta, injusta y carente de todo sentido fraternal". Descarta pues la represión como arma para combatir el comunismo: "...la represión violenta sólo acumula rencores, prepara revanchas y diviniza a los perseguidos"... Es necesario —decía— "remedios positivos para extirpar el mal. Nuestro pueblo está envenenado, sin duda, por la prédica insidiosa del marxismo, pero si no le proporcionamos otro ideal y si ese ideal no le saca de la postración y del envilecimiento en que vegeta, haremos de los delincuentes, mártires y de los engañados, víctimas inocentes..."[9]

III. CATOLICISMO Y PROTESTANTISMO

Al referirnos a la temática religiosa como sustrato de la perspectiva histórica de Eyzaguirre, no podemos omitir algunas referencias al catolicismo y al protestantismo en relación a los sucesos en América de fines del siglo XVIII y principios del XIX.

Eyzaguirre destacó muy claramente el contraste entre el catolicismo y el protestantismo como dos maneras opuestas de ver la vida que explican, desde su punto de vista, las diferentes características de la obra misional de España en América y la labor colonizadora en los territorios ingleses

en Norteamérica. Para Eyzaguirre, la diferencia entre estas dos empresas históricas tiene una raíz teológica. La justicia del español gira en torno a la salvaguardia de la fe; en tanto que la justicia de los pueblos sajones se mueve en torno a la idea de utilidad.

Esta contraposición la entiende Eyzaguirre como una oposición entre lo hispano y lo anglosajón e incluso la explica como oposición entre arquetipos humanos: el arquetipo del caballero, el santo y el misionero, como opuesto al del hombre de negocios, el banquero o el industrial afortunado.

Para Eyzaguirre, las diferentes características de la independencia norteamericana en relación a la de Hispanoamérica, derivan asimismo de esta contraposición de valores. En relación a la primera —explica— "la emancipación no se hace porque se haya perdido la fe en un ideal, puesto que jamás se tuvo alguno. Es el frío realismo de las contabilidades puritanas el que aconseja excluir a Inglaterra de la explotación de las tierras que van del Atlántico a los Apalaches y reservar la renta exclusivamente a sus moradores"[10].

Eyzaguirre comprendió cabalmente el sentido de las raíces teológicas que explican el capitalismo en las sociedades protestantes, difundiendo una temática que en caso alguno ha sido original de él. Recogiendo en gran medida la tesis difundida por Weber, vio claro el motivo del surgimiento y éxito del capitalismo en las sociedades protestantes. "El hombre protestante —escribía Eyzaguirre en *Hispanoamérica del dolor*— al desconocer el libre albedrío

y encadenar su existencia al irreversible mandato de un determinismo fatalista, ha buscado ansioso, en medio de la pavorosa noche de su incertidumbre, un signo que le permita adivinar la línea de su destino. Y el secreto de la voluntad divina lo ha visto reflejado en el mayor o menor éxito que acompaña el curso de su vida"[11].

Para Eyzaguirre, esa raíz teológica de la sociología del protestantismo es rica en implicancias. Explica, por ejemplo, una diferente concepción acerca del desarrollo y sobre la manera de enfrentar la pobreza y la riqueza. En el mismo ensayo, *Hispanoamérica del dolor*, Eyzaguirre hace suyas las palabras de R.H. Tawney, quien en su obra *Religion and the rise of Capitalism* expresaba: "el puritano inglés del siglo XVII ve en la pobreza de aquellos que van cayendo en el camino, no un infortunio que debe compadecerse y ayudarse, sino una falla moral que debe ser condenada; y en la riqueza, no una cosa merecedora de recelo, sino las bendiciones que premian el triunfo de la energía y de la voluntad"[12].

IV. EYZAGUIRRE Y EL MILENARISMO

Por el año 1935, adquieren especial vigencia en nuestro país el pensamiento milenarista y el movimiento litúrgico. La poderosa influencia que la doctrina milenarista ejerció en Eyzaguirre no ha sido suficientemente destacada. Sin embargo, nos parece que se encuentra en el núcleo de la impronta escatológica que con el tiempo fue tomando su

perspectiva histórica. De allí que merezca a nuestro juicio un breve comentario.

Como se sabe, el milenarismo, interpretando el capítulo 20 del Apocalipsis, sostiene que entre la derrota del Anticristo y el Juicio Final habrá un espacio de tiempo en el cual se establecerá en la Tierra un reino de los Santos con Cristo. Su gran difusor en los tiempos modernos fue el jesuita chileno Manuel Lacunza, con su obra *La venida del Mesías en Gloria y Majestad*, considerada por muchos expertos como la obra chilena de más repercusión en exclusivos círculos intelectuales europeos.

Para entender la sustancia del milenarismo hay que recordar que el Apocalipsis cierra al final con la visión de las dos Jerusalén: la celestial y la terrena. Para la escuela exegética evolucionista, el reinado de Cristo de mil años es anterior a la segunda venida de Cristo. Para el milenarismo, en cambio, los mil años son posteriores a la Segunda Venida. En otras palabras, para la escuela evolucionista, el capítulo 20 del Apocalipsis debe interpretarse alegóricamente, en tanto que para el milenarismo, debe interpretarse literalmente.

El milenarismo de Eyzaguirre no fue de aquel que ha sido llamado "carnal", prohibido por la Iglesia Católica, y que apunta a la tendencia casi novelesca de los primeros siglos del cristianismo que imaginó un triunfo mundano de Cristo, al estilo del que deseaban los fariseos. Eyzaguirre creyó —aunque silenciosa y prudentemente— en el milenarismo espiritual o "mitigado" que no ha sido condenado básicamente porque, como lo puso de manifiesto en 1933

el jesuita Florentino Alcaniz en *La iglesia patrística y el milenarismo*, significaría contrariar a la mayoría de los Santos Padres de los primeros siglos del cristianismo.

Para enjuiciar la posición de Eyzaguirre en este tema vale la pena recordar que la actitud de la Iglesia Católica frente al milenarismo mitigado ha sido de cautela. En 1941, la Iglesia estableció que "no puede enseñarse con seguridad" el milenarismo de quienes entienden "que antes del Juicio Final, con previa o sin previa resurrección de justos, Cristo volvería a la Tierra a reinar corporalmente". Más tarde, en 1944, el Santo Oficio dictó otro Decreto aclaratorio que cambió la palabra *corporaliter* por *visibiliter* (extendiendo la reserva al milenarismo mitigado)[13].

El milenarismo le llegó a Eyzaguirre a través del sacerdote Juan Salas, por entonces párroco de la iglesia San Juan Evangelista, a quien Mario Góngora calificara como el sacerdote más ejemplar que le había tocado conocer[14]. Del padre Salas dice Eyzaguirre: "...Fue sin duda el más importante de los instrumentos que la Providencia puso en mi camino"[15]. ..."Fue una luz alta y tranquila, toda bañada en el misterio de las Escrituras y en el gran mensaje del Evangelio"[16].

Eyzaguirre fue profundizando en el milenarismo a medida que avanzaba en sus estudios bíblicos. Fue un gran estudioso de las Sagradas Escrituras. Hacía unos círculos bíblicos semanales en su casa, en que una judía convertida analizaba las Sagradas Escrituras. Vinculaba su amor por las Sagradas Escrituras con su gran admiración por el pueblo judío. A sus círculos bíblicos les llamaba "La Sina-

goga". Alguien que le conoció muy de cerca ha escrito: "Supongo que de Juan (Salas) sacó la idea de cierto orgullo judaico. No negaba que por su apellido Herzl le venía a él, a Jaime, la sangre del pueblo escogido. Era una frase que le oí a los amigos de Juan, que se gloriaba de ser hijo, por la sangre y por la fe, de Abraham. Juntando las promesas del Antiguo y Nuevo Testamento"[17].

El milenarismo tuvo grandes impugnadores en Chile. Al interior de la jerarquía eclesiástica, monseñor Manuel Larraín y Alejandro Huneeus. El tema alcanzó en algún momento ribetes bastante polémicos, como se desprende de algunas publicaciones de la época. En 1940, Eyzaguirre publica en la revista "Estudios" una extensa reseña bibliográfica a la obra *La iglesia patrística y el milenarismo*, donde resume el contenido de esta obra a la que ya nos hemos referido, evidenciando la positiva postura de los Padres de la Iglesia de los primeros cinco siglos del cristianismo[18]. En el número siguiente de la revista, publica un trabajo titulado "La iglesia patrística y el milenarismo", defendiendo la autoridad del padre Alcaniz y haciendo tal vez la más explícita alabanza de esta doctrina: "Se dice que aunque el milenarismo no es en sí una herejía, el profesarlo produce en sus adeptos quietismo esterilizador, espíritu de rebelión contra la jerarquía y culto protestante de la Escritura con desprecio de la Tradición. Apenas puedo comprender cómo pueden derivarse resultados tan lamentables de una doctrina que, en la negra realidad histórica en que vivimos, trae un sano impulso de acción y pone una luz de optimismo con la espera del triunfo definitivo de Cristo en

su gloriosa venida; de una doctrina que al decir de su más ilustre impugnador, San Jerónimo, ha dado muchos santos y mártires"[19].

Desafortunadamente, las opiniones de Eyzaguirre sobre el tema apenas quedaron por escrito. La polémica en que se encontraba involucrado llegó en un momento dado a convertirse en piedra de escándalo para la grey católica, por la injerencia agresiva de autoridades eclesiásticas desautorizando el milenarismo. Por eso, desde 1940, Eyzaguirre no volvería a hablar del tema en público ni a escribir sobre él. "Pero si de elevados conceptos no es posible deducir rectamente consecuencias que repugnen —escribía al referirse por última vez al tema—, no es extraño, en cambio, que se sume, aun a la causa más santa, el lastre de la personal debilidad de sus sostenedores y que se vea así ensombrecida la pureza de la doctrina con la sombra de su propia miseria. Si esto, como es posible, ha podido ocurrir de mi parte, lo deploro y desde luego, una vez más, me someto con devota voluntad de hijo al juicio de la Jerarquía, acogiendo con respeto y sumisión lo que ella ordenare, pues he venido a la Iglesia no a enseñar, sino a obedecer"[20].

V. UNA ESCATOLOGÍA DE LA HISTORIA

La visión que Eyzaguirre tiene de la historia universal es una escatología de raíz teológica. Esta visión fue madurando a lo largo de su vida. En una entrevista en 1956 no

dudaba en afirmar: "La Historia es la realización de la idea de Dios en el plano del hombre a través de su libertad. En la Historia hay dos grandes ciclos o períodos: la manifestación de la unidad de Dios a través del pueblo judío y su monoteísmo; y la manifestación de la unidad por medio de la Iglesia. La primera etapa representa la antigua alianza, celebrada entre Dios y el pueblo elegido. En este pueblo nacerá el Mesías, el salvador de la humanidad. El segundo ciclo histórico se inició con la fundación de la Iglesia. En ella, Dios Uno se abre como una esfera y se muestra en su triple aspecto, en sus tres personas, cada una de las cuales se proyecta en la Historia. Consecuentemente, en este segundo ciclo es posible distinguir tres personas: 1) el Reino del Espíritu Santo que se inicia en Pentecostés y termina con la Parusía; 2) el Reino de Cristo que se manifiesta en la segunda venida o Parusía y 3) el reino eterno del Padre"... "Vivimos hoy en la etapa del Espíritu Santo...". "Es Dios quien escribe la Historia, pero a través de la libertad humana..."[21].

Concordando este esquema con un ensayo titulado *Muerte y resurrección de Israel*[22], se desprende que Eyzaguirre divide la historia en cuatro períodos: Un primer período representado por la alianza entre Dios y el pueblo escogido. Israel traiciona la misión que Dios le confiara intentando transformar su destino de "nación sacerdotal" en uno de nación dominante en el ámbito temporal. Un segundo período comienza con la disgregación del pueblo judío y se prolonga entre el desprecio y el tormento de las demás naciones. Un tercer período es el del antiCristo en

que los mismos cristianos reniegan de Cristo, pero en cambio Israel se convierte y reconoce en Cristo al Mesías, el que triunfa en definitiva y reina terrenalmente sobre todos los justos. Es el Milenio, el Reino del Hijo, la Parusía. El último período corresponde al Reino eterno del Padre, posterior al Juicio Universal.

En esta visión de la historia universal, fuera de la influencia milenarista, centrada en la reconversión del pueblo judío, hay también otras influencias dignas de destacarse. De San Agustín pareciera provenir la idea de que la historia es obra de Dios, el hombre y el demonio. De Juan Bautista Vicco, la idea de que la historia la escribe Dios mediante la libertad del hombre. También hay alguna influencia de Joaquín De Fiore, quien dividió la historia según las personas de la Santísima Trinidad.

Para Eyzaguirre, la historia del hombre no es más que la voluntad de la Providencia, y el hombre es, en esa voluntad, un mero instrumento. Eyzaguirre era un convencido de las limitaciones de los planes temporales. Creía firmemente en que al fin y al cabo todo se desarrolla hacia un fin que es el triunfo de Dios Padre. "El hombre —escribía en 1942 interpretando la persecución nazi a los judíos, que tanto dolor le causara— no es el único actor en el teatro de la Historia. Debe respetar la operación secreta de la Providencia. Toda acción en el campo temporal que eleve al hombre a la categoría de único actor en el drama histórico, importa invadir los supremos atributos de Dios y construir un reino, no según la voluntad del Padre, sino según la pobre y limitada voluntad humana"[23].

La visión escatológica de la Historia en Eyzaguirre no se entendería, a nuestro juicio, sin considerar la enorme influencia que sobre él ejerciera, sobre todo durante su juventud, León Bloy. En 1940 le dedica un libro: *León Bloy. El peregrino de lo Absoluto*, en que junto con transcribir algunas páginas por él escogidas del gran místico francés, hace un estudio preliminar sobre los principales aspectos del pensamiento del misterioso y casi legendario escritor.

La descripción que Eyzaguirre hace de la perspectiva histórica en el pensamiento de Bloy, bien podríamos atribuirla al pensamiento íntimo del mismo Eyzaguirre. Nos parece que en los siguientes párrafos, por ejemplo, en que Eyzaguirre describe el pensamiento de Bloy, no aparece sino el pensamiento íntimo del propio Eyzaguirre: "Nada se explica sin Dios y todo se presenta carente de dimensiones y vacío de espíritu frente a ese único y poderoso Absoluto"... "Colocado en el absoluto de Dios, ve Bloy toda la historia en un solo instante como un momento eterno de la Trinidad". "Los acontecimientos —observa— no son sucesivos sino contemporáneos, de una manera absoluta. Los acontecimientos se desarrollan ante nosotros como una tela inmensa. Sólo nuestra visión es sucesiva"... "Esta inmersión del hombre en el tiempo se realiza en cumplimiento del riguroso plan providente, sin que nada de lo que acontezca pueda excluirse de este marco ni ser atribuido a la mera casualidad".

En el mismo libro, Eyzaguirre cita un sugerente texto con que Bloy comienza su obra *Historia de Francia contada a Verónica y Magdalena*, texto que con seguridad compartía muy íntimamente. "Quiero daros, mis queridas hijas —escribe Bloy—, una regla muy segura para leer la Historia con provecho. Hay que leerla con un desinterés perfecto, un desapego, un despojamiento perfecto de sí mismo, exactamente como para llegar a ser un santo. Al decir: que lástima que este acontecimiento haya ocurrido en lugar de este otro, no miramos a Dios, sino a nosotros mismos. Involuntariamente, sin percibirlo, se supone que Dios se ha equivocado"... "Así han caído los ángeles, ha caído Adán y ésta es la inclinación universal de los hombres. Por el contrario, hay que decir que todo lo que acontece es adorable, tanto en la historia de los pueblos como en la historia de los individuos y que nada puede suponerse mejor o más feliz que lo que ocurre ahora o ha ocurrido hace quinientos años, aun las más espantosas catástrofes". Describiendo la visión histórica de León Bloy, Eyzaguirre continuaba: "La Historia se presenta así como una expresión acabada del poder de la inteligencia de Dios, como un misterio para el hombre que, si bien logra percibir en ella la huella del tránsito celeste, no alcanza con sus propias fuerzas a arrancarle la totalidad de su sentido"[24].

En Eyzaguirre, como en Bloy, la visión de la historia está impregnada de las implicancias del misterio cristiano de la Comunión de los Santos y la intervención divina en los acontecimientos humanos a la manera como lo había puesto de manifiesto Bossuet. La historia es un misterio de Dios, y al hombre, aun en los momentos de crisis, no le cabe sino tener esperanza. Este contrapunto de crisis y

esperanza, es decir, de la esperanza como desesperación superada, se encuentra muy cercano a algunas ideas que prevalecieron entre los intelectuales católicos de entre guerras. Se encuentra, por ejemplo, en forma bastante explícita en algunas obras de Bernanos.

Esta manera de ver las cosas significó que la visión histórica de Eyzaguirre asumiera un tono profético que, a veinte años de su muerte, ponía de relevancia un muy conocido de él, Mauro Matthei, O.S.B., con las siguientes palabras: "Si se define al profeta como un hombre que por gracia de lo alto posee de la historia humana una clave divina y se fatiga para que en ella prevalezca la voluntad de Dios por encima de las veleidades del hombre, no parece aventurado interpretar la persona y la obra de Jaime Eyzaguirre con la categoría de lo profético"[25].

Ahora bien, ¿qué relación puede verse entre estas ideas y la perspectiva histórica concreta y la experiencia personal de Jaime Eyzaguirre? Sin duda mucha. El análisis de la evolución del pensamiento de Eyzaguirre permite llegar a una interesante conclusión: a medida que avanzan los años, sus planteamientos son cada vez menos temporales y más teocéntricos. Son planteamientos en los que asoma la idea de crisis, de una crisis muy profunda. De una crisis como la que describe Berdiaev en *Una nueva Edad Media*, que sólo puede desembocar, al decir de este último autor, en una teocracia o en una satanocracia.

Su visión de los acontecimientos se va tornando cada vez más dramática, angustiosa, pero al mismo tiempo esperanzada. Eyzaguirre ve cada vez en forma más clara la

mano de Dios en los acontecimientos históricos. Da la sensación de que preveía —aunque nunca lo dijera explícitamente— la cercanía del milenio. Por eso, su sentimiento de crisis de los últimos años —que algunos han tildado de reflejo de su constante pesimismo ante la vida— no es sino el trasfondo negativo de su gran esperanza en el advenimiento liberador de la Segunda Venida. Ese sentimiento de crisis que durante este siglo ha sido recurrente en algunos intelectuales católicos europeos y que se manifiesta como una normalmente mal comprendida mezcla de pesimismo como actitud psicológica, y esperanza como perspectiva teológica.

Como ha observado con agudeza un ensayista chileno[26], aunque la doctrina milenarista se había desarrollado en Chile especialmente entre los años 1935 y 1940, en la revista "Estudios" comienza a aparecer con mayor frecuencia a partir de 1938 e incluso después de 1940. Hasta 1940, el catolicismo de Eyzaguirre se había manifestado básicamente en proyectos políticos y en opiniones jurídicas y económicas explícitas vinculadas a la organización social corporativa. Hacia 1938, con el triunfo del Frente Popular, su pensamiento inicia un repliegue hacia lo estrictamente religioso. Ello se profundiza más aún con el término de la Segunda Guerra Mundial y la concomitancia de las democracias liberales con el comunismo soviético y la hegemonía de Estados Unidos en toda Latinoamérica.

En la última etapa de su vida, su interés se centra en la interpretación de la historia de Chile y una revalorización de los valores hispánicos. Ello se fundó en gran medida en

una profunda convicción antipolítica, que se va reflejando a partir de 1940 en la demanda de entender el mensaje evangélico más como testimonio personal que como modelo social.

En verdad, Eyzaguirre nunca había tenido demasiada confianza en el rol de los partidos políticos, pero con el tiempo esa prescindencia y escepticismo se fue volviendo en enérgico rechazo. Eyzaguirre desconfiaba en particular de los "Programas" o las "Declaraciones de Principios"[27]. Creía en la importancia del compromiso con la gran política, pero más bien como fruto —por añadidura— del testimonio personal. En esa idea encontramos una vez más su fundamento escatológico: "El trabajo oscuro e incomprendido del cristiano irá acrecentando el acervo de caridad del Cuerpo Místico, que atraerá alguna vez la plenitud del Reino de Dios"[28]. Por otra parte, Eyzaguirre abominaba de la sola idea de pretender monopolizar el mensaje evangélico mediante propuestas políticas precisas. Fue un convencido adversario de cualquier asomo de clericalismo. Así, cuando en 1933 los obispos chilenos establecieron la obligación de los católicos de militar en el Partido Conservador, Eyzaguirre, desde la Liga Social, defendió ardorosamente la independencia. Una carta del cardenal Pacelli —posteriormente Pío XII— dio finalmente la razón a Eyzaguirre[29].

Sin embargo, como hemos dicho, el apoliticismo se manifiesta abiertamente sobre todo desde la década de los cuarenta. En 1941 nuestro autor afirmaba: "Nos parece que la tarea del cristiano de nuestros días no es tanto la de

abordar la construcción de una cultura, como la de servir a cada paso, en las circunstancias de la vida diaria, de testimonio vivo a la palabra de Cristo en medio de un mundo que lo ha desechado"[30]. Eyzaguirre insistía en que la única posición que cabía a un cristiano frente a los acontecimientos históricos era la de someterse a la Providencia Divina y dar, simplemente, testimonio personal del mensaje evangélico, "porque así como el triunfo y la resurrección del Maestro nacieron de su misma muerte e inmolación, la victoria del hombre libre y puro ha de afirmarse sobre la entrega incondicional de su voluntad al plan misterioso, pero perfecto, de la Providencia de Dios"[31].

En la década de 1940, Eyzaguirre comienza a repetir una vez más la idea de que nos encontrábamos en una coyuntura crítica en la historia del hombre. Idea que sin embargo iba siempre unida al planteamiento de la Providencia Divina y, por ende, de una muy profunda esperanza. Comienza entonces a predominar en la visión histórica de Eyzaguirre la idea o el sentimiento de crisis. Una idea esencialmente escatológica y que se manifestó desde la perspectiva de las inquietudes personales de nuestro autor mediante un sentimiento mezcla de decepción y pesimismo con fe y esperanza. Editorializando los 100 números de la revista "Estudios", Eyzaguirre mostraba en 1941 su sensación personal: "No hay drama de más anudada angustia que sentir sobre los ojos como primera visión el desmoronamiento de un mundo que ha proclamado enfático la solución de todas las interrogantes y ofrecido un margen

amplio de paz y de alegría. Es cruel, sin duda, abrirse a la existencia en circunstancias de tan estrepitoso desengaño, en que lo "definitivo" se deshace y en que las fórmulas mágicas se esfuman en un completo y vergonzoso fracaso..."[32].

Esta angustia se va acentuando mucho más a partir de 1960 con el problema universitario y el rumbo que fue tomando el Concilio Vaticano II. Un testimonio de quien lo frecuentó durante sus últimos años explica: "La notoria coherencia del pensamiento de Eyzaguirre no permite albergar dudas sobre su rechazo de ciertos fenómenos post-conciliares que, bajo la bandera de la renovación, de hecho no eran más que lamentables concesiones a la tiranía de una opinión pública siempre mal informada"... "Nos consta que sentía hacia Juan XXIII una auténtica admiración..."..."Pero con una perspicacia en que excedía a todos, Jaime previó muy pronto el desenlace decepcionante de una multitud de iniciativas lanzadas en la euforia postconciliar..."[33].

Del testimonio de quienes estuvieron más cerca de él durante los últimos años ha sido posible tomar conocimiento del dolor que le produjeron estos y otros acontecimientos. Dice Fernando Silva, por ejemplo: "Más de una vez se preguntó si tanto esfuerzo había sido en vano"... "Para un hombre como Jaime Eyzaguirre, de tan extraordinaria sensibilidad, era agobiador sentir el desmoronamiento de todo, verse cada vez más aislado, más solitario"... "Lo que más hondamente le afectaba era el alejamiento de muchos que habían estado directamente

ligados a él y que sin razón válida emprendían discreta retirada, sin ruptura, sin diálogo"[34]. Según testimonio de una historiadora, Julio Phillippi, quien fue su amigo más cercano, habría escuchado decir a Eyzaguirre, la última vez que estuvieron juntos antes de su muerte, lo profundamente adolorido que se encontraba frente a la realidad, así como los síntomas que veía de que la Segunda Venida del Señor era inminente[35]. Días después moriría en un trágico accidente automovilístico.

Con la muerte de Eyzaguirre murió también en nuestro país una manera de ver al hombre y la sociedad. Dejó, sin embargo, un impacto fuerte en nuestra historiografía y ha quedado registrado como una figura controvertida, polémica, detestada por algunos con mucho rencor y admirada por otros en forma más o menos distante, aunque considerada por casi todos como una personalidad de aquéllas que sólo aparecen muy de cuando en cuando en la historia de los países.

NOTAS

1. "Falange", octubre de 1933, p. 2.
2. *Justicia Social*, en "Estudios", enero de 1940, Nº 85, p. 4.
3. *El salario mínimo*, en "Estudios", febrero de 1935, Nº 27.
4. *Acción Social*, en "Estudios", enero de 1935, Nº 26, p. 35.
5. "Estudios", Nº 89, 1940, pp. 45-47.
6. *De la libre concurrencia a la economía dirigida*, "Estudios" Nº 52, mayo de 1937, pp. 27 y 28.

7. *Las bases jurídicas de la organización corporativa*, "Estudios", Nº 55, p. 22.
8. Citado por Carlos Ruiz en el ensayo *Corporativismo e hispanismo en la obra de Jaime Eyzaguirre*, en *El pensamiento Conservador en Chile*, Ed. Universitaria, 1992, p. 73.
9. *Un destino para nuestro pueblo*, "Estudios", Nº 176, septiembre de 1947, pp. 1 y 2.
10. *Hispanoamérica del dolor*, p. 34.
11. Ibíd., p. 34.
12. Ibíd., p. 46.
13. Ver *El magisterio de la Iglesia* (Denzinger), Ed. Herder, Barcelona, 1963. Ver también de Leonardo Castellani, *Cristo ¿vuelve o no vuelve?*, 1980, Ed. Dictio, pp. 44 y ss., y *El Apocalipsis de San Juan*, Ed. Dictio, 1963, pp. 236 y ss.
14. Revista "Qué Pasa", 9 de septiembre de 1976.
15. "El Diario Ilustrado", 2 de diciembre de 1956, p. 2.
16. Citado por Walter Hanisch, S.J., en el libro de Eyzaguirre *La logia lautarina*, Ed. Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1973, p. 192.
17. Ver nota 16.
18. *Planteamiento cristiano de lo temporal*, "Estudios", 117, oct. de 1942.
19. "Estudios" Nº 89, 1940, pp. 45 y 57.
20. "Estudios" Nº 90, 1940, p. 69.
21. "El Diario Ilustrado", 2 de diciembre de 1956, p. 2
22. *Chile en el tiempo*, Ediciones Nueva Universidad, pp. 81 y ss. El ensayo data de 1938.
23. *Planteamiento cristiano de lo temporal*, "Estudios", Nº 117, pp. 4 a 9.

24. *León Bloy. El peregrino de lo absoluto*, Editorial Estudios, 1940, pp. 10 a 12.
25. Mauro Matthei, O. S. B., *Jaime Eyzaguirre, profeta*, en "El Mercurio", 18 de septiembre de 1988.
26. Citado por Carlos Ruiz en op. cit. en nota 8, pp. 69 y ss.
27. *Contornos de una nueva generación*, "Estudios", junio-julio, 1941.
28. Op. cit. nota 27.
29. *La voz de Roma*, "Falange" Nº 6, sep. 1934.
30. *Perspectivas de una nueva cultura cristiana.* en "Estudios", agosto de 1941, p. 14.
31. Lec. cit. nota 23.
32. "Estudios", abril de 1941, p. 1.
33. Op. cit. en nota 25.
34. Fernando Silva, *Semblanza de J. Eyzaguirre*, citado por Mariana Aylwin en *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre*, Ed. Aconcagua, p. 73.
35. Ibíd., p. 82.

La dimensión religiosa de Jaime Eyzaguirre

I

Uno de los rasgos más extraordinarios de Jaime Eyzaguirre fue su ilimitada capacidad de improvisación. No le venía, por cierto, del uso florido y grandilocuente de la palabra hablada o escrita con que algunos encubren su carencia de ideas, ni menos aún de la frivolidad intelectual con que otros abarcan los más variados tópicos sin más recursos que un puñado de lugares comunes y que, por desgracia, suelen producir mayor impacto en las mentes simples que una reflexión seria y profunda, aunque no brillantemente hilvanada.

El origen de esta capacidad descansaba en el rigor y coherencia de un pensamiento elaborado durante largos años de meditación, en la solidez de sus convicciones y en la matizada riqueza conceptual de los principios que inspiraron su vida. Enfrentado al argumento aparentemente demoledor del contrario, a la situación inesperada, e incluso, al improperio de algún anónimo enemigo, Jaime Eyzaguirre respondía con la celeridad del relámpago y las palabras salían casi atropelladamente de su boca —inevitable tributo al pensamiento instantáneo—, pero siempre apoyadas en razones que parecían haber estado aguardando impacientes el momento en que habrían de ser esgrimidas.

Pero así como el maestro improvisaba, y con brillantez, no me es posible hablar de él sin dar previamente ciertas explicaciones que no tienen otro objeto que anticipar mi propia carencia de recursos para abordar el tema de esta conferencia.

De Jaime Eyzaguirre no puede hablarse improvisadamente. Su riquísima personalidad, las variadas facetas de su vida intelectual y material, la enorme cantidad de actividades que desarrolló o en que participó, llevan envuelta para quien quiere abordar su estudio la tentación de abarcarlas todas de una vez, en un comprensible afán por alcanzar el conocimiento completo y global del personaje. Pero ello encierra también el grave peligro de frustrar el intento, conformándose con la exposición de un conjunto de datos, fechas y anécdotas de mucho interés y probable erudición, pero por completo insuficientes para descubrir la real identidad de Jaime Eyzaguirre.

Y grande es, sin duda, la tentación, porque este hombre profundamente vital salió por completo de lo común, desbordando los marcos habituales en que se mueven las personas, incluso las más descollantes. Su enorme poder de asombro ante la circunstancia que lo rodeaba le llevó a incursionar en los más diversos campos del saber, advirtiéndose en su obra polos de influencia, matices de pensamiento y sutilezas expositivas cuyo origen difícilmente

podría entender quien quisiera clasificarlos conforme a categorías prefiguradas. Su voz y su pluma recorrieron, penetrando de manera aguda y muchas veces audaz, el mundo de las ideas, el universo de la teología, el arte, la filosofía, la historia, el derecho, la ética, la economía, la política. Fue maestro, amigo, esposo, padre, guía espiritual; fue periodista, diplomático, polemista, escritor.

¿Qué rasgo escoger, entonces, para delinear su personalidad? ¿Cuál de estas facetas podría retratarlo más fielmente? ¿Predominó alguna de ellas sobre las demás?

No me resulta tarea fácil procurar una visión objetiva de don Jaime, porque tuve la fortuna de vivir muy cerca de él durante los últimos años de su vida y compartir muchas de sus angustias, de sus gozos, de sus triunfos y de sus derrotas, que también las tuvo y en extremo dolorosas. Recibí de él testimonio de un estilo de vida, un modelo comprensivo de la creación. Supe a través de él lo que es hacer surgir obras casi de la nada, lo que es esperar todo sin otra certeza que la que proporciona la fe, definida por San Pablo como "la firme seguridad de lo que esperamos, la convicción de lo que no vemos" (Hb. 11,1). Compartí con el maestro la responsabilidad de transmitir la palabra del Santo Padre —tantas veces incómoda e inoportuna— dentro de la Iglesia; juntos sufrimos el desaliento que provoca la penosa y a menudo infructuosa búsqueda de los recursos indispensables para financiar una publicación y la alegría casi infantil de presenciar el milagro materializado en una hoja impresa. Participé junto a él en el sacrificio eternamente renovado de la misa y comencé a comprender el sentido profundo de la liturgia. Y como si lo anterior no constituyera por sí solo un precioso legado digno de mejor heredero, quiso Dios entregarme por esposa y madre de mis hijos a quien tantas veces Jaime Eyzaguirre acunara entre sus tímidos brazos de padre.

¡Qué difícil, entonces, ser objetivo! Qué difícil tener que reducir a palabras una experiencia de vida tan vigente y cercana. Qué difícil tener que despojarse de sentimientos que aún hoy se debaten entre la aceptación gozosa y el rechazo soberbio de la voluntad divina que nos arrebató a Jaime Eyzaguirre.

Pero es preciso superar la propia incompetencia y aceptar con humildad el temor al fracaso, el miedo de no poder trasmitir fielmente la experiencia de haber compartido a Cristo con Jaime Eyzaguirre.

II

Hay quienes piensan que lo que definió a nuestro personaje fue, precisamente, su pluralidad. Esta afirmación, formalmente correcta, es sin embargo insuficiente para comprender el nudo del problema. En realidad, todos los hombres somos, a nuestra manera y alcance, plurales, multifacéticos; todos adquirimos diversas formas y matizamos nuestra humanidad frente al resto de los hombres y ante nosotros mismos. Sólo delante de Dios nos presentamos desnudos, tal como somos, y sólo Él puede conocernos instantáneamente en nuestra integridad.

Pero todos llevamos también una impronta, un sello característico que tiene el misterioso atributo de proporcionar unidad a lo que, de otra forma, no sería más que un conjunto relativamente ordenado, pero inorgánico, de caracteres yuxtapuestos. Hay, pues, en cada hombre un concierto y un orden singulares, una cierta unidad substancial que lo define y lo identifica como individuo único e irrepetible. Y existe en cada hombre, asimismo, envolviendo sutilmente su mismidad, una ruta en la que entrecruzan los caminos del bien y del mal, una huella trazada desde siempre, un destino que lo marca y es capaz de imprimirle impulso propio. "Mis acciones tus ojos las veían, todas ellas estaban en tu libro; escritos mis días, señalados, sin que ninguno de ellos existiera" (Sal. 109, 16).

¿Cómo descubrir cada uno la impronta de su destino? ¿Cómo interpretar sus rasgos, su dirección? ¿Cómo experimentar el proceso de aceptación y seguimiento del misterioso designio escrito desde siempre en el libro de la vida?

Una respuesta a estas interrogantes nos dará también la respuesta que buscamos en la personalidad de Jaime Eyzaguirre, porque lo que verdaderamente lo definió fue, a mi juicio, la total convicción de que su destino estaba trazado desde la eternidad y la completa aceptación del mismo. "Así como el triunfo y la resurrección del Maestro nacieron de su misma muerte e inmolación, la victoria del hombre libre y puro ha de afirmarse sobre la entrega incondicionada de su voluntad al plan misterioso, pero perfecto de la Providencia de Dios" (*Planteamiento cristia-*

no de lo temporal). Jaime Eyzaguirre fue, como León Bloy, peregrino de lo absoluto.

Extrañará, quizás, tan rotunda afirmación a quienes conservan el recuerdo patente de su enorme vitalidad, de esa nerviosa inquietud que le caracterizaba. ¿Cómo un hombre con tantas energías, tan decidido y lleno de iniciativa podría aceptar mansamente, con resignación, casi con derrotismo, un destino supuestamente inexorable? ¿Y cómo, dentro de una concepción cristiana, podría aceptarse esta suerte de fatalismo con que se identifican otros credos religiosos?

Pero la aceptación del sino misterioso jamás constituyó para Jaime Eyzaguirre motivo de una espera desganada de los acontecimientos, tal como él mismo se encargaba de recordar cuando leía las exhortaciones de San Pablo a la comunidad cristiana de Tesalónica. Por el contrario, siempre se sintió parte activa e indispensable de un proceso que había comenzado sin su voluntad, pero que sólo podría culminar con su personal aporte. Para entender adecuadamente este planteamiento es menester remontarse a su concepción finalista de la historia.

"La historia —dice en una de las notas que de puño y letra preparara para el último curso que dictó en la Universidad de Chile— se refiere al hombre y no a la naturaleza, que es por sí ahistórica. Por ello, no tiene valor alguno en sí, sino sólo en cuanto sirve para la vida. El verdadero sentido de la historia nace en Israel, es allí donde ella obedece a un fin. El fin o término de la historia es la venida del Mesías y hacia Él tiende todo el devenir

humano. Es en el pueblo judío donde nace la esperanza histórica de la venida mesiánica. Sin embargo, Israel se cerró sobre sí mismo para no contaminarse con los demás pueblos y con esta actitud pretendió cerrar el camino de los gentiles hacia la finalidad histórica de la humanidad".

Ahora bien, quien logra transmitir la esperanza de la venida del Mesías a todos los hombres, universalizando por consiguiente la historia, es el cristianismo. Dios, que ha sido reclamado para sí por un pueblo encerrado en su propia miopía egoísta, se hace hombre en la persona de Jesucristo, su Hijo, y participa en la historia de los hombres, enseñando su doctrina y persistiendo a través de las generaciones por medio de la Iglesia. Dios, por tanto, es ahora Uno para todos y la finalidad histórica de todos es Dios mismo, cuya presencia invisible culminará y volverá a materializarse con la segunda venida de Cristo, con la Parusía.

De lo dicho puede fácilmente inferirse que la historia no es sino la historia de la salvación humana fundada en la presencia redentora del Señor, siendo la salvación un proceso personal, aunque inserto en el curso de la comunidad universal. La historia es, entonces, la intervención salvífica de Dios en la vida de cada hombre.

Pero cabe ahora preguntarse cuáles son los elementos que conforman y dan sentido a la historia de la salvación.

Para Jaime Eyzaguirre la historia está constituida por dos elementos substanciales e inseparables, por dos hilos

que corren juntos y se entrecruzan: por una parte, la Providencia Divina que guía y vela por las creaturas; y por la otra, la libertad humana, aquella misteriosa facultad del hombre que le permite incluso volverse contra su Creador. La historia es una ecuación entre estos dos polos. La omnipotencia divina, suficiente para hacer surgir al hombre de la nada, no puede, paradojalmente, torcer el camino que éste libremente elija. "Dios, que te creó sin ti —dice San Agustín— no puede salvarte sin ti".

Dentro de la concepción cristiana, por tanto, la historia no termina en este mundo, sino que se prolonga hacia la eternidad, adquiriendo un sentido trascendente y teológico. Dios, que es el origen único de todos, es también la finalidad histórica de todos; Dios, que es infinito, se vuelve carne perecedera y desciende en medio de su obra; Dios, que es señor de la historia, principio y fin, alfa y omega, se sumerge en la frágil materialidad del mundo para convertirse en protagonista del acontecer humano; y Dios, que envía a su Hijo para que padezca y muera en un momento de la historia, retornará glorioso y triunfal al fin de los tiempos para proyectar la historia al infinito y devolver las cosas a la inmovilidad del principio.

He aquí la clave que nos permite comprender por qué, en medio de tanta diversidad de matices, se da en Jaime Eyzaguirre tan fuerte unidad de pensamiento, tanta coherencia de vida.

La historia personal de cada uno es la constante búsqueda de la Providencia operante en medio de la libertad. Lo que verdaderamente define al hombre es, en conse-

cuencia, su personal relación con el dominador del tiempo, vale decir, su libre aceptación o rechazo de la Providencia Divina.

Jaime Eyzaguirre no cree en la premisa —elevada por algunos a la categoría de verdadero dogma— de que cada uno debe forjarse su propio destino, a menos que por tal se entienda la posibilidad de rechazar el plan de Dios. Él, por el contrario, ve al hombre destinado desde siempre, pendiente de un hilo definido e inexorable que perfila el paso de cada individuo por el mundo. ¿Cómo explicar, de otro modo, el prodigioso orden del universo? ¿Cómo concebir, por ejemplo, la persistencia histórica de Israel, si no es bajo el amparo de la Providencia Divina que ha trazado desde siempre su destino de pueblo elegido, a pesar de sus infidelidades?

Pero el hombre es libre. Pese a los designios del Creador y a la mano poderosa que con meridiana claridad le enseña el camino, conserva la libertad que el mismo Dios le ha dado y puede utilizar esta misteriosa virtud incluso para apartarse del plan salvífico, para torcer el camino, para oponerse temerariamente a la Providencia. El hombre, cuya voluntad no ha podido manifestarse en el acto amoroso de la creación, no puede estar ausente en el plan redentor, siendo su presencia determinante para que éste se cumpla o se frustre.

Ésta es, en la visión del maestro, la dramática disyuntiva del ser humano y también la encrucijada del mundo y de la Iglesia: aceptar el plan salvador de Dios, contribuyendo a la adecuada marcha de la historia, o rechazarlo

cual creatura que se vuelve contra su progenitor. "Sólo Dios, escribe, puede dar sentido al rompecabeza de la vida. El hombre debe limitarse a recoger las piezas que Él le entrega y colocarlas en el sitio destinado para ello desde toda la eternidad. Muchas veces no podrá o no sabrá entender lo que construye en sociedad con Dios, y orará para que, en su misericordia, perdone sus yerros. Si el hombre se entrega a su juego divino, resultará una obra de arte en la cual forma y color, luz y sombra, hablarán de la maestría del artista, dando testimonio de su Gloria". (Citado por Cristián Zegers).

Y añadirá también: "Toda la historia de la Iglesia oscila entre un continuado esfuerzo de la levadura de la gracia por comunicar su poder vitalizador a la inconsistente harina humana; y un pugnar sistemático de esta última para impedir que en la masa prenda el fermento salvador. ¡Qué cúmulo de grandezas inefables, qué vuelo hacia cimas de divinidad, qué anticipaciones de beatífica visión! Y al lado, en cambio, ¡qué conjunto de claudicaciones y bajezas!, ¡qué carnalidad de reptil tras bajos intereses! Un día será Judas, quien entregará a su Maestro a cambio del disfrute pecuniario; otra vez será Pedro, quien le negará para eludir represalias y salvar posiciones. Y las infidelidades de que alcanza a ser objeto Jesucristo en el corto espacio de su vida terrestre se suceden y multiplican a diario en la Iglesia, humana prolongación de su cuerpo glorificado. Con razón ha podido decir el apóstol Pablo que llevamos nuestro tesoro en vasos de barro, para que la alteza sea de Dios y no de nosotros" (*La palabra de vida*).

Jaime Eyzaguirre busca ansiosamente la unidad del hombre y del mundo. Quiere encontrar la perfecta identidad entre la historia personal y la historia colectiva. La encuentra, finalmente, en el pueblo de Israel, cuyo trágico destino está representado por Caín, figura cargada del dramatismo que significa no poder cambiar jamás su destino. "Hay en los libros santos una figura trágica que en su arrastrar doloroso parece llevar prendida la faz angustiada y el quebrado destino de Israel. Sobre la conciencia de ese hombre, Caín, se dobla el peso agotador de la sangre inocente y emerge el fantasma sombrío de la injusticia que clama. Quiere librarse de su atroz tormento y entonces huye, huye sin rumbo, con locura y desesperación de salirse de sí mismo. Quiere fundirse entre los demás, perderse en la turbamulta que le desconoce. Pero también allí siente los agudos pinchazos del aguijón y ve venir a cada instante el castigo, la represalia, la muerte. La sentencia del Señor le zumba en el oído día y noche: 'La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí... errante y fugitivo vivirás en la tierra'. Y Caín, en las contorsiones de su prolongada agonía interior, gime aterrado: 'He aquí que hoy tú me arrojas de esta tierra y yo iré a esconderme de tu presencia y andaré errante y fugitivo por el mundo; por tanto, cualquiera que me halle me matará'. Pero el Señor no quiere el aniquilamiento de Caín, por el contrario, su perduración ha de servir de testimonio viviente del crimen cometido. Por eso responde al fratricida: 'No será así; antes bien, cualquiera que matare a Caín lo pagará siete veces. Y puso el Señor en Caín una señal para que ninguno que le encontrase le matase' (Gén. A, 10-15)" (*Muerte y resurrección de Israel*).

Israel representa fielmente al hombre. Es el pueblo elegido de Dios, que sin embargo le vuelve las espaldas; es la esposa amada, pero que a causa de su infidelidad permanece alejada del Esposo. Israel deambula por el mundo purgando su pecado, pero subsiste porque mantiene la esperanza del perdón. Israel, que se ha rebelado brutalmente contra su destino, habrá de cumplirlo a pesar de sí mismo. Por eso Israel es el resumen del hombre, la perfecta encarnación colectiva de los dos polos históricos entre los cuales se desenvuelve la vida de cada hombre, providencia y libertad.

"La historia de Israel, dice, es la columna vertebral de la historia humana y olvidarla equivaldría a dejar ésta huérfana de sentido y dirección. Cada trozo, cada palabra de la Biblia tiene un eco de universalidad que rebasa los límites geográficos en que fue escrita. No es sólo el transcurrir de un pueblo, con sus grandezas y sus debilidades, lo que allí se narra. Es el retrato del hombre total, de sus anhelos y pasiones, de sus momentos de elevación y caída, de su acatamiento y su repudio a los mandatos de la Divinidad.

"Nunca la figura del hombre se vio más acabadamente trazada que allí. Nunca se sintió más fuerte que en sus páginas la presencia de Dios, la tempestad abrasadora de Su cólera, el vuelo dulce de Su amor. Esta batalla incesante entre Dios y el hombre, entre el Amor y la soberbia, simbolizada en el combate entre Jacob y el ángel, es el sino

milenario de Israel, el motivo de su existencia, la razón de su misteriosa perennidad. Porque todos los pueblos pasan y él permanece firme, como la solitaria columna en pie de un templo en ruinas.

"Por eso Israel es arqueología y realidad, fragmento de arcilla y carne palpitante, viejo y desgarrado papiro y sangre ardorosa juvenil. Él es el pasado, pero sin abandonar el presente. Él es la historia, pero también la esperada eternidad sin fronteras. Él, la presentida reconciliación de la humanidad pródiga y errante, con el misericordioso Padre de los cielos..." (*Israel*).

Jaime Eyzaguirre se vio plenamente identificado con la historia del pueblo que Dios escogió para sí, porque vio en ella su historia personal. En Israel se vio a sí mismo, cayendo y levantándose, angustiado y jubiloso, fuerte y débil al mismo tiempo, eterno peregrino en busca del absoluto, creatura errante por los caminos de la redención, símbolo de la nostalgia vital que describe San Agustín: "Inquieto está mi corazón, oh Dios, hasta que no descanse en Ti".

III

¿Hay en cada hombre, como en el Saulo que enceguece camino a Damasco, un instante crucial en que el descubrimiento de su destino se convierte en aceptación plena del mismo, y la aceptación en norma de vida? Y si así fuere, ¿cómo y cuándo descubrió Jaime Eyzaguirre el destino que

Dios le tenía deparado? ¿En qué momento y lugar podría situarse su personalísimo y definitivo "sí" al llamado del Señor?

Probablemente nunca lo sabremos, aunque el somero examen de algunos hitos en la vida del maestro deja entrever cómo se fue perfilando y haciendo patente el hilo conductor de su vida, así como nítido fue para el apóstol, que declara continuar su carrera "por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús" (Fil. 3, 12).

Así, por ejemplo, si nos remontamos al lejano año 1924, veremos al joven Eyzaguirre, apenas empinado sobre los dieciséis años, completando su formación en el Liceo Alemán bajo la decisiva influencia del padre Eduardo Lüdermann. No obstante su corta edad, ya afloran las primeras manifestaciones de la penetrante y acerada vara de su inteligencia. Su ensayo *El cristianismo y la civilización* contiene palabras juveniles con sabor a absoluto: "Si echamos una ojeada hacia los pasados tiempos, si recorremos las páginas de la historia del mundo civilizado, no podremos sino decir que ésta es la historia del cristianismo. La acción bienhechora de esta doctrina se ha dejado sentir en todas las edades, en todos los pueblos y naciones. Quien escriba, pues, la historia del orbe culto, escribirá también la de la Iglesia de Cristo".

Y un año más tarde, atónito frente a esos "días lúgubres (que) se anuncian en el firmamento de nuestra patria" con motivo de la separación de la Iglesia y el Estado, exclama apasionadamente: "¡Oh catolicismo, bien sumo, verdad

pura y santa, como que eres testamento del Dios-mártir, tú no podrás ser borrado de nuestras leyes, tú no podrás ser proscrito de nuestros corazones! ¡Fidelidad te fue jurada por los padres de la Patria en los campos de batalla y esa misma fidelidad te renueva hoy la juventud que es guardia celosa de las tradiciones nacionales, la juventud que es retoño de la vida y semilla del amor!" (*La Iglesia y el Estado*).

¿Cómo no reconocer en estas frases un esbozo de la eterna dualidad, esa antinomia que amalgama la angustia del presente en la esperanza del porvenir?

Más adelante, en su época de estudiante universitario, forma parte de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos y conoce a monseñor Óscar Larson —aquel legendario sacerdote que en 1935 arrancó inauditos aplausos en la catedral de Lima con sus conferencias sobre el Cristo histórico—, asistiendo regularmente a sus profundos y originales comentarios sobre la Biblia y empapándose de la filosofía cristiana que emana de las Cartas de San Pablo.

¿Habrá imaginado, entonces, el joven intelectual que más tarde le correspondería a él mantener como hipnotizados a grupos de estudiantes que le oiríamos hablar del apóstol y de su doctrina con la propiedad de un verdadero Lucas? ¿Habrá comprendido en aquellos años que el destino le llamaba inevitablemente a enseñar la palabra de Dios sin ser predicador, a defender la dignidad eclesiástica sin ser sacerdote, a vivir en el recogimiento de la oración sin ser monje?

Y cuando, formado en la doctrina social de la Iglesia en las reuniones y actividades de la Liga Social, bajo la tuición del padre Fernando Vives, inicia la labor de difundirla en circunstancias o en momentos no siempre oportunos, ¿estaba él consciente de los dolores y frustraciones que constantemente le acompañarían, de las incomprensiones y ataques injustos que se cernían sobre su persona, por querer ser profeta en su tierra?

¿O quizás encontremos el germen de la aceptación de la voluntad de Dios cuando funda, dirige y participa en diversas publicaciones, como REC, "Falange", "Estudios", y debe sufrir diariamente los dolores de tantos partos literarios, perseverar en la adversidad material, tener que cumplir un imperativo superior, venciendo el sueño y la desazón, sobrepasando incluso las naturales necesidades de su yo para entregarse a una labor que Dios sólo exige a sus hijos predilectos?

¿O será, tal vez, cuando decide abandonar las atrayentes perspectivas de una profesión liberal, renunciando a la figuración y al dinero, para dedicarse a la modesta y socialmente mal mirada carrera de profesor secundario?

Nunca sabremos lo que para el Señor es certeza. Sólo podemos intuir que cada una de las experiencias de su relación con el Padre fueron marcando a Jaime Eyzaguirre y, lenta pero inexorablemente, le develaron e impusieron su destino.

Pero aun así faltaba algo. Este Eyzaguirre agudo y polémico, erudito propagandista y apasionado defensor de la madre Iglesia, acusaba todavía rasgos predominantemente

intelectuales. Este joven de mente brillante, madurada a la fuerza, no había madurado en la fe. Habiendo adquirido plena certeza racional de su vocación, debía ahora transformarla en vida.

Vivir en la Iglesia de Jesucristo no consiste en un puro reflexionar filosófico, ni tampoco en acción proselitista solamente. Es necesario, es indispensable nutrirse de la savia de la fe vivida y devolverla al tronco mediante un acto de amor. Ser cristiano es encarnar a Cristo mismo y dar junto con Él el paso supremo de abrazar la cruz. El Cristo doliente es el medio único e inevitable para alcanzar al Cristo triunfante; por eso, dice San Pablo que es preciso que nuestra condición humana muera con Cristo para que resucite en Él. "Vivo yo, añade el apóstol, pero no soy yo, sino Cristo quien vive en mí" (Gál. 3, 20). Y siglos después recordará San Agustín que el Señor aún debe sufrir en la tierra, pero "no en su propia carne, que ha elevado a los cielos, sino en mi carne, que sufre aquí abajo".

Hay pues, que reconvertirse a Cristo y renovar en uno mismo la pasión y muerte del Salvador; es menester suplir "en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo" para así compartir con Él la gloria eterna (Col. 1, 24).

Jaime Eyzaguirre adquiere plena conciencia de esta realidad y comienza a vivirla. Escribe: "Nada más reacio a la inclinación natural del hombre que este llamado a la cruz que va implícito en la esencia del mensaje cristiano. Aun en ciertos optimismos fáciles del triunfo de la Iglesia, suele ir escondido este rechazo de la pasión de Jesús, que se la quiere ver victoriosa y dominadora, más por propia

comodidad de sus miembros que por amor, olvidándose así que en la Esposa han de reproducirse los quebrantos y humillaciones del Esposo y que el sello supremo de la resurrección de la gloria vino para Éste después de las vejaciones del Calvario. La cruz sigue siendo al través de veinte siglos el gran escándalo del mundo, y la conciencia de cada uno de nosotros sabe con qué razón podrían repercutir en nuestros oídos miserables las terribles palabras de Jesús a Pedro, cuando éste rehusó conformarse con la pasión que le anunciaba su Maestro: 'Quítate delante de mí, Satanás, que me escandalizas, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres' (Mat. 16, 23)" (*Cuerpo de Dios*).

Un hecho decisivo en esta renovada y profunda visión religiosa es el acercamiento a la familia de la que será su esposa. En la intimidad de aquel hogar, a la luz de la lectura meditada de las Sagradas Escrituras, comprenderá más plenamente la realidad de la vida sobrenatural que se impone a la naturaleza. En sincera y agradecida unión con la familia Philippi, Jaime Eyzaguirre intensificará la vida de oración y verá con sus propios ojos el testimonio de sus prodigiosos frutos. Entrará también en contacto con dos vertientes que en él se fundirán en una sola: el milenarismo y el movimiento litúrgico.

Bastante se ha dicho sobre el milenarismo de Jaime Eyzaguirre, pero lo más probable es que no pueda aclararse cuál fue la verdadera influencia intelectual que esta doctrina tuvo en él, cosa que por lo demás carece en absoluto de importancia si se la compara con la manera como se

proyectó en su vida religiosa. Sabemos, sí, que leyó a Lacunza y repasó sus planteamientos sobre el milenio de Cristo en la Tierra en la extraordinaria síntesis que escribiera Miguel Rafael Urzúa. El reino del Mesías vuelto en gloria y majestad para derrotar al antiCristo, subyugó al maestro cuando comprendió el significado de la Parusía a través del estudio de las escrituras, bajo la guía de Juan Salas.

Si bien la incidencia del milenarismo es clave en su concepción del mundo y, por ende, de la historia, no fue la doctrina en sí, sino las consecuencias que su estudio imprimió en la espiritualidad de Jaime Eyzaguirre, las que le dejaron definitivamente marcada esa huella nítida que habría de caracterizarlo. De hecho, hay quienes creen que abandonó el milenarismo después que la Iglesia declarara que no podía enseñarse como doctrina segura; otros testimonios, sin embargo, y mi propia experiencia con don Jaime me permiten concluir que, sin dejar de creer en su fuero íntimo en la inevitable realidad del milenio, respetó humilde y cabalmente la norma disciplinar y se abstuvo de exponer públicamente sus convicciones, limitándose a transmitirla en forma privada a ciertas personas (la enseñanza privada del milenarismo nunca estuvo prohibida).

Pero lo que en verdad tiene importancia es la clara conciencia que adquirió acerca de la segunda venida de Cristo. Dios —piensa Jaime Eyzaguirre—, que fuera del tiempo y más allá del espacio dio inicio a la historia, se hizo voluntariamente partícipe de ella en la persona de su hijo Jesucristo; Éste, vencedor de la muerte y elevado a los

cielos, deja a los hombres un legado de redención y una promesa: "aparecerá en el cielo la señal del Hijo del Hombre; y entonces harán duelo todas las razas de la tierra y verán venir al Hijo del Hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y gloria. Y enviará a sus ángeles con sonora trompeta, y reunirán de los cuatro vientos a sus elegidos, desde un extremo de los cielos hasta el otro" (Mt. 24, 30-31).

Cristo, en consecuencia, es el Redentor del mundo, pero también el Señor de la historia, fiel cumplidor de su Palabra, que volverá para proyectar al hombre hacia la ansiada eternidad. Es la Providencia Divina manifestada en todo su poderío y esplendor al final de los tiempos.

Pero es necesario, para que todo adquiera su sentido, agregar el último eslabón que falta a la cadena, pues está en manos del hombre, haciendo uso de su libertad, apresurar el retorno definitivo del Mesías. El más claro ejemplo nos lo da María, la "mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de los pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas" (Ap. 12, 1). María, símbolo de la Iglesia, Madre que contempla a su Hijo y guarda insondables misterios en su corazón, es capaz de adelantar la hora del Señor. Contra Su voluntad lo obliga a manifestarse en Caná de Galilea cuando aún no ha llegado su hora.

Corresponde ahora a la Iglesia adelantar, mediante la oración, la venida final y gloriosa del Señor. "APRESURAR los tiempos del Señor, doblar Su voluntad omnipotente por el amor. Es lo que busca María al ceder para otra el mayor de los honores a que pueden aspirar las mujeres de su

pueblo: ser Madre del Mesías. María, la niña de los silencios, la pequeña desconocida de Nazareth, no ha pedido nada para sí y se ha cerrado voluntariamente el camino al mayor de los honores, ofrendando al Padre su virginidad. Y este homenaje de humilde amor ha sido capaz de precipitar los tiempos y de devolver a María centuplicado el valor de su renuncia (...) EN MARÍA se ha visto la imagen de la 'estrella de la mañana', porque su tarea es preceder a la aparición del sol, Cristo, y esfumarse enseguida ante el poder de sus luces. Después del nacimiento de Jesús apenas actúa. Habla muy raras veces y el Evangelio no nos relata un solo milagro suyo. Ella ha cedido todo el paso al Redentor y ha gustado fundirse en la obscuridad. Sólo deja en Caná una suave recomendación que todo lo envuelve: 'Haced lo que Él os dirá' (Juan 2, 5). En la segunda venida triunfal de Cristo al fin de la historia, para juzgar a vivos y muertos y establecer su reino eterno en todo el universo, también tocará a María análogo papel" (*Gratia Plena*).

He aquí el trasfondo de la vida espiritual de Jaime Eyzaguirre. Toda la creación gime por la ausencia de Cristo, pero el hombre conserva una promesa y ésta, por medio de la fe, se convierte en esperanza. Es preciso, es urgente que las creaturas apresuren el curso de la historia y oren por la pronta venida del Mesías restaurador del orden universal, con quien compartirán el Reino que no tendrá fin.

Sin embargo, correspondiendo a la Iglesia —así como tocó a la Virgen— rezar por la aceleración del regreso de Cristo, teme Jaime Eyzaguirre que ésta caiga en la infidelidad y, cediendo a las tentaciones del mundo, venda su primogenitura al igual que el bíblico Esaú (Gén. 25, 29-34). "Al perder de vista la persona de Cristo, se ha perdido a la vez el sentido de lo que es la Iglesia. Cuerpo Místico de Cristo, sociedad destinada a reunir en un solo haz a los bautizados y hacerlos participantes de las gracias divinas por la intercesión de Jesucristo, su divina cabeza, ha pasado a ser para muchos una organización burocrática, un instrumento de dominación de orden político y de sujeción de las masas en el campo social (...) Hemos perdido la fe en el poder de la gracia y despreciado por simples y necios los recursos del Evangelio, y hemos puesto, en cambio, una seguridad casi ilimitada en el poder de la voluntad del hombre (...) por huir de la fe sin obras de los protestantes, hemos caído, acaso sin advertirlo, en las obras sin fe (...) ¿Cómo pretender acelerar el triunfo de Dios sobre el mundo, si estamos llenos del espíritu del mundo, si no damos cabida dentro de nosotros al pensamiento de Dios, ni creemos en la eficacia de Cristo, que es su palabra viviente y operante? (...) A Cristo, única fuente de salud, lo debemos pues conocer en toda su pureza, libre de humanos adornos o deformaciones, a fin de que su pensamiento pase a ser nuestro pensamiento y su voluntad se cumpla en nosotros" (*La Palabra de vida*).

Grande fue la alegría de Jaime Eyzaguirre —en realidad, un verdadero estallido de júbilo y renovada esperanza— cuando se reintrodujo el canon de San Hipólito en la Santa Misa, pues con él la Iglesia entera (quizás si con completa conciencia) comenzó a orar *Ven, Señor Jesús*, la

serena pero apremiante súplica con que Juan, después de haber tenido una anticipación del absoluto, cierra su Apocalipsis y el ciclo del Nuevo Testamento. Y no podía ser de otra manera, puesto que durante tantos años el *Ven, Señor Jesús* era el llamado con que terminaba sus oraciones y la invocación con que se iniciaban y cerraban las reuniones de comentario al Evangelio de los días miércoles.

Es en el deseo de retorno del Señor donde entronca el milenarismo de Jaime Eyzaguirre con la segunda vertiente de espiritualidad, que es el movimiento litúrgico, "sereno, caudaloso, basado en el estudio y en la comprensión de los misterios de la Liturgia" (Walter Hanisch). Ésta adquiere un sentido trascendental y le hace participar a diario en la Santa Misa, renovación incesante de los misterios de Cristo que nos da nueva vida con su cuerpo y su sangre.

Para Jaime Eyzaguirre la Liturgia es mucho más que un rito, por hermoso y perfecto que éste sea. La Liturgia es la vida misma con Cristo. Participar en la celebración litúrgica es nacer con Jesús en la humildad del pesebre, es perderse con el Niño en el templo, es recorrer con el Señor los caminos de Galilea; vivir la Liturgia es orar con Cristo, sentir con Él la angustia suprema de Getsemaní, padecer y morir con Él en la cruz, resucitar y vencer con el Señor la noche de la muerte, ascender al cielo y retornar con sus ángeles y con sus santos al final de los tiempos.

La Liturgia, pues, constituyó el paso definitivo para conformar la vida espiritual, a través de la cual Jaime Eyzaguirre fue perfeccionando su relación con Dios, que se convirtió en el centro y razón de su existencia. Por eso

dejó de sentir el peso de la cruz de la pobreza, voluntariamente llevada durante toda su vida; por eso pudo aceptar con humilde fortaleza la incomprensión, la frialdad e incluso el escarnio.

Dice San Pablo que "si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, Aquel que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros" (Rom. 8, 11). Yo estoy seguro que en Jaime Eyzaguirre habitó el Espíritu del Señor. Sufrió el dolor humano que, como el fuego, purifica, pero logró sublimarlo con el poder de la oración; vio con humana angustia cómo a su alrededor se derrumbaban los valores que él siempre había defendido y sintió el peso de la soledad, pero la fortaleza del espíritu se impuso sobre la debilidad de la carne. Aceptó en silencio la retirada estratégica de amigos de ocasión; oyó la voz artera del que, tras el anonimato de la masa amorfa, gritó "muera Eyzaguirre"; derramó cristianas lágrimas cuando supo que la Catedral de Santiago había sido ocupada...

¿Para qué seguir? ¿Para qué revivir esos recuerdos que se han ido depositando en el fondo del alma, ya mitigados por el paso del tiempo? ¿Para qué recordar al maestro cansado y triste, cuando él mismo era capaz de sobreponerse exclamando, como León Bloy, "todo lo que acontece es adorable"? ¿Para qué poner el acento en la carne mortal, cuando es el Espíritu el que da vida?

IV

Jaime Eyzaguirre podría haber sido inventado por Chesterton, porque fue él mismo una paradoja. Los hombres, con el tiempo, vamos refinando el pensamiento y diversificando la conducta con crecientes complejidades, alejándonos cada vez más del niño que algún día fuimos. Y si, por descuido, cometemos el error de exhibir algún rasgo de simplicidad infantil, ahí está el severo cuerpo social para recordarnos que ya somos gente adulta y, por tanto, compleja, llena de sutilezas y dobleces. Y aceptamos que es así porque no estamos dispuestos a renunciar a nuestra condición de sabios y prudentes para recibir la revelación que el Padre tiene prometida a los pequeños (Lc. 10, 21).

Jaime Eyzaguirre siguió el proceso inverso. Nadie podría negar que sus brillantes dotes fueron perfeccionándose con el tiempo, así como se amplió el horizonte de su erudición. Sin embargo, a medida que fue madurando en la fe su vida fue haciéndose cada vez más simple, porque la subordinó a la voluntad de Dios. Así también su pensamiento, cada vez más concentrado en las cosas del Padre.

Por eso nos equivocamos cuando queremos descubrir facetas ocultas en el personaje. Nos equivocamos cuando, valiéndonos de luminosas exégesis, interpretamos los textos del maestro y hacemos acopio de argumentos que acreditan posiciones lícitas, pero que no fueron suyas.

En realidad, el Jaime Eyzaguirre maduro, el de aquella foto que muestra una cara noble y bondadosa y que preside estas conferencias, no es más que un hijo de Dios que

aguarda el retorno del Padre porque ha encontrado en su Palabra una promesa de cielos nuevos y tierras nuevas (Ap. 21, 1). Es que la esperanza del Mesías que vuelve se ha hecho completamente vital y le ha permitido superar el dolor agudo que le produce este mundo insuficiente. En diciembre de 1966, Adviento del Señor, escribe a unos amigos: "Siento en sus líneas calor de Iglesia, confiado aguarde en el retorno del Señor que es nuestra única salud. Es horrible, dramático, pero cada vez son menos los que lo aguardan. La súplica del *Padre Nuestro* parece secarse en los labios, como que viene de un corazón de piedra (...). La hora se acorta y hay que vivir alerta en el dintel de la esperanza. ¡Y Él volverá! (...) He vivido ya bastante para apreciar en perspectiva la curva recorrida. Todo ha caminado muy rápido (...) Y hemos de seguir aguardando en esta noche prolongada, sin el amparo y el consuelo de los que por su misión estaban llamados a ser nuestro apoyo y nuestro guía. Ahora comenzaremos a saber lo que es la fe: la certeza frente a la nada. Y esa certeza paradójica no puede ser tal si no la apoyamos en la gran esperanza, en la tensión y aguarde de su retorno. Es preciso que Él vuelva, que vuelva pronto, que sea presionado por nuestra súplica confiada, con nuestra íntima entrega, como fue forzado por la Santísima Virgen, con su *fiat* a encarnarse y redimirnos. Dios les avive —queridos amigos— esa nostalgia del Señor en este tiempo de contrapunto litúrgico de su primer y segundo advenimiento. Que la presión de vuestras almas se acentúe en el grito de aguarde...".

* * *

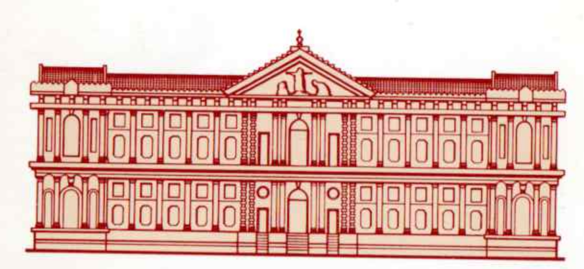
Ahora falta poco para su encuentro con el Absoluto; el duro peregrinar toca a su fin. Los que somos alumnos suyos y asistimos los días miércoles a su casa escuchamos de sus labios la explicación del Evangelio y aprendemos con su ejemplo a vivirlo. Hemos emprendido la publicación de la que será su última revista, "Documentación", en la que ¡una vez más! quiere transmitir la palabra de Dios y de su Iglesia. Vemos salir de su corazón dolido y de su pluma cansada el último artículo, esta vez en defensa de la vida humana solemnemente vuelta a proclamar por el Papa, cuando ya son pocos los que están dispuestos a luchar. Me hace recordar al viejo apóstol, cuando le escribe a Timoteo y le confiesa que "el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel Día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación" (2 Tim. 4, 6-8).

Es septiembre de 1968 y Jaime Eyzaguirre inicia una de sus últimas clases en la Facultad de Derecho. Habla de Cristo en una universidad laica. Nos asombra con sus referencias a las fuentes documentales del conocimiento de Jesús. De sus labios brotan nombres... Plinio el Joven, el emperador Adriano, Tácito, Suetonio, Flavio Josefo... Cita el Talmud, los Evangelios, las epístolas de San Pablo. Revive la figura del Salvador envuelta en el Santo Sudario... Pero son palabras, insípidas palabras que —como el mismo don Jaime confiesa al término de la clase— no logran reflejar la grandiosa luminosidad del Dios-Hombre que las inspira. Son palabras que flotan en el aula y se escapan por los pasillos, diluyéndose en el infinito. Sólo queda la realidad del Señor en medio de nosotros. Nunca olvidaré esa clase.

El dieciséis de septiembre volvemos de un paseo a la cordillera. Hemos conversado infatigablemente, hemos respirado la inmensidad de la creación, hemos hablado de Dios. Don Jaime ha bailado solitario en medio de un camino polvoriento, ha reído sin parar, ha jugado feliz. Nos miramos con extrañeza y nos preguntamos qué le ha pasado a nuestro serio y erudito profesor. ¿Cómo podíamos saber, en medio de nuestra juvenil inconciencia, que el hombre se había vuelto niño porque estaba próximo a encontrarse con el Señor?

En la puerta de mi casa nos despedimos. Me dice "que Dios lo cuide" y me hace una señal de la cruz en la frente. Después se pierde en la distancia. Al día siguiente podrá decir, igual que Jacob que ha luchado hasta el amanecer con el Ángel del Señor: "Yo he visto a Dios cara a cara y mi vida ha quedado en salvo" (Gén. 32, 30).


9 789561 111646



Nueve estudios de connotados académicos nacionales dan vida a esta obra, constituyéndola en una estupenda semblanza de quien fuera —y es— uno de los historiadores más importantes de Chile.



EDITORIAL
UNIVERSITARIA



UNIVERSIDAD
ALONSO DE OVALLE